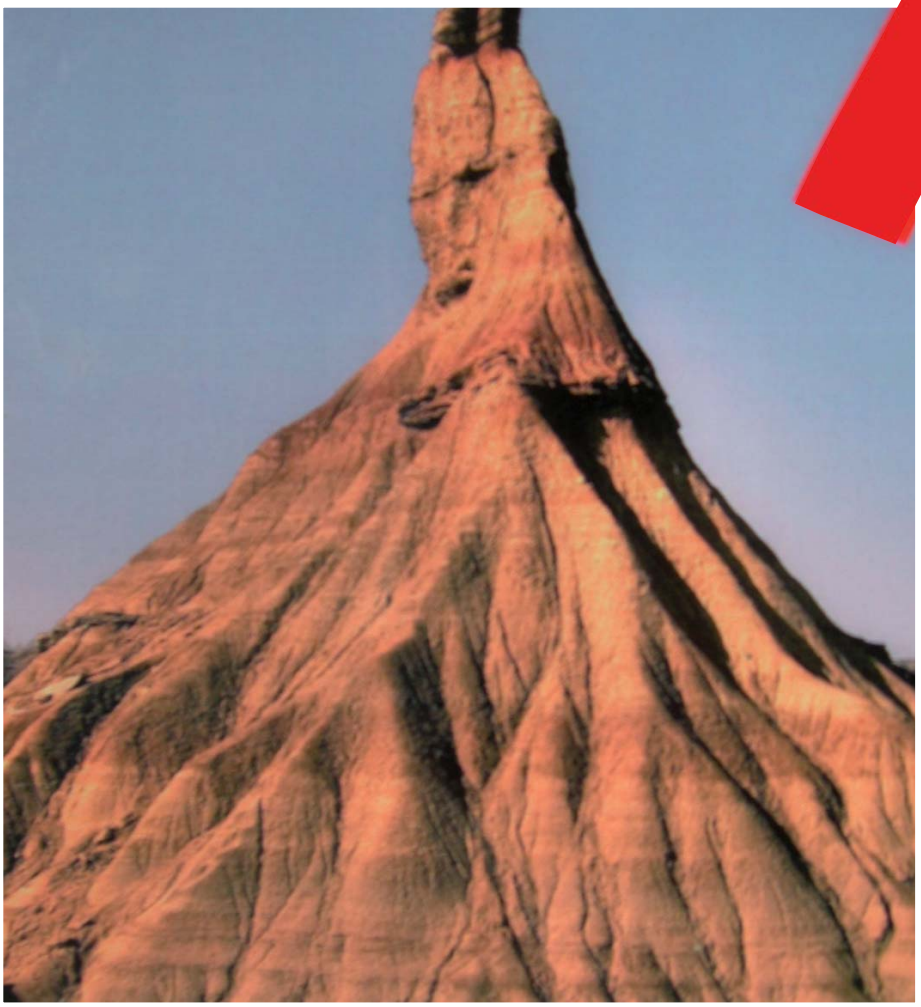
POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

XI. DE TORRALBA A LAS BARDENAS



Victor Manuel Arbeloa

POR NAVARRA

Muchos de estos artículos fueron publicados en Diario de Navarra.
Algunos de ellos han sido corregidos y aumentados.

Impreso en I.G. Castuera, S.A.
D.L. : NA 3.892 - 2008

POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

DE TORRALBA A LAS BARDENAS

XII

NOTA PRELIMINAR

Ni este volumen ni los que le sucendan llevarán prólogo alguno.

Los diez primeros contaron con prólogos de diez escritores egregios, incluido un premio Nobel, representantes reconocidos de los ámbitos de la literatura, la crítica literaria, la geografía, la historia, la etnografía, la filosofía, la antropología, la diplomacia y la política.

Todo lo necesario está ya dicho sobre estas prosas viajeras, que se honran con la presencia de tamaños (tan magnos) prologuistas.

Todos ellos seguirán prologando los volúmenes de la serie *Por Navarra* que irán apareciendo en los próximos años.

Victor Manuel Arbeloa

DE TORRALBA A LAS BARDENAS

JUAN LOBO EN TORRALBA

A Torralba del Río -torre alba o blanca sobre el río Linares- se llega, pasando por Espronceda, entre campos de cereal, viñas, olivos, almendros y cochiqueras. En seguida se echa de ver que la buena villa fronteriza y amurallada, erguida en su podio defensivo y verde, fue plaza de mucho tronío.

Lo recuerda su escudo con torre de tres almenas, sobre escalinata de tres peldaños, bajo un creciente de plata y un lucero de ocho puntas.

A Torralba se sube dando varios rodeos, entre pinos, huertas, acacias, rosales, por calles que se llaman Arrabal de Abajo, Arrabal del Cristo, Jesús, Mayor o La Fuente, hasta llegar a la iglesia de Santa María, encima de la calle-plaza del Frontón.

A los 11 y media de la mañana había salido por el pueblo *el cursor* anunciando la misa de 12.

Después de la misa solemne y la procesión de San Juan con sus roscas y rosquillas, los cofrades visitaron las casas del abad y de los dos mayordomos, que les invitaron a pan, olivas y queso, con unos tragos de vino, para quitar mayormente la fallición, porque luego venía la comida de la fiesta, servida ese año por la Hospedería de Codés.

Los cofrades ascendían a 50, mayores y jóvenes, vencida ya la crisis de los años tontos, cuando apenas si quedaban una docena.

La Cofradía de Arcabuceros de Torralba fue fundada por el Concejo de la villa el 30 de septiembre de 1375. Tenía como fin defender las casas, campos y ganados de los ladrones merodeadores, pero también vigilar las fronteras del Reino contra las irrupciones de los enemigos, mugante como era la villa con la Castilla alavesa. Todos los cofrades poseían un arma y debían acudir a la llamada del rey. Una vez concedido el Fuero de Estella a los moradores del lugar, en 1263, varios reyes, desde Teobaldo II hasta Fernando el Católico, les otorgaron o confirmaron privilegios y exenciones debido a su posición geográfica, expuesta y peligrosa.

Pero no sólo los reinos vecinos eran una amenaza. Durante el primer tercio del siglo XVI la Cofradía se las vio y deseó para contener a Juan Lobo y sus compinches que, refugiados en el castillo de Punicastro, sobre las peña de la Concepción, llevaban a cabo toda clase de desafueros en campos, rebaños, huertas y viñedos. Parece que Juan Lobo murió de una lanzada que le dio un caballero de La Berrueza, mosén Pedro de Mirafuentes, en el término de Otiñano, llamado Valdemadre, y que el *moro* de la tradición fue uno de sus capitanes. Pero ya se sabe que la tradición es concepto delicado y movedizo, abierto a cualquier posibilidad.

Fuese Juan Lobo o su capitán lo cierto es que, un día de junio de año incierto, los hombres de Torralba se juntaron en la casa del concejo y decidieron acabar con los desmanes del *moro*, darle caza y ahorcarlo. Según algunos, vivía no en el castillo sino en la *cueva del moro*, detrás de *la era del castillo*.

La noche de San Juan era fiesta en todos los pueblos de la comarca. Ardía la hoguera en la plaza de los olmos y el ayuntamiento invitaba a todos los vecinos a vino, aceitunas y queso de cabra.

El *moro* y los suyos, aprovechando las circunstancias, iban camino de los gallineros de Torralba. Nunca nadie había visto la cara del moro porque llevaba siempre la cara tapada con hierbajos. Al tomar el camino de las huertas, los arcabuceros se lanzaron contra ellos, al grito de *¡Al moro!*. La mitad de los cofrades buscaron al jefe y consiguieron apresarlo. Los demás persiguieron a sus secuaces hasta la cuesta de San Juan.

El *moro* logró escapar. La persecución fue larga y penosa, pero al fin se rindió, muerto de sed y de cansancio, en la balsa. Sus perseguidores se pusieron a bailar allí mismo, de contentos, y su alegría contagiaron a todo el pueblo al grito de *¡Viva San Juan!*

Cuando llegamos nosotros aquella tarde, cantaba una niña chica en la calle de la Fuente una lejanísima canción:

Al cochecito, leré / le dije anoche, leré...

El abad y los mayordomos de la Cofradía andaban, con el puro en la boca, repartiendo roscos a los hermanos enfermos e impedidos. El camión de la orquestina estaba junto al kiosko, en el frontón. Olía a pólvora de petardos. Desde la tormenta geológica de la sierra de Codés bajaba un cierzo airado que amenazaba con aguarnos la fiesta.

La balsa, no lejos del regacho, parecía un pequeño charcal entre la carretera y el camino de las huertas, cerca de unas casas nuevas en serie, un chalé, unos silos y la báscula municipal.

Primero bajaron unas mujeres jóvenes con niños; luego mocetes y mocetas, todos con chandal, polleando. Y depués el grueso de la gente madura y mayor, caras encendidas de mucho yantar y mucho trincar, y algunas de mucho purear.

Pasó, trotando hacia el pueblo, un caballo blanco, llevado por un muchacho con melenas y camisa blanca.

Llegaron por fin hasta la balsa los gaiteros, precedidos por el abad y los mayordomos; aquél con el banderín de la Cofradía, en forma de lanza, adornada de flores. Muchos cofrades llevaban traje negro o azul oscuro, corbata y bastón o cachava, recuerdo del arcabuz.

En esto que la gente gritó y todos se volvieron hacia las huertas, donde habían visto al *moro* cubierto de yerbas. Aparecía y desparecía su coscola entre los cebadales, entre los chopillos, en los caminos, y corrieron tras él cofrades y chiquillería. Parecieron un viaje, atraparlo en el patatal, pero se les escapó y corrió, al fin, hacia la balsa, donde la tropa cofradil le detuvo con facilidad, y, de buenas a primeras, zas, le echaron al agua.

La juerga, la más divertida que conozco en una rememoración del género, duró más de dos horas de fugas y capturas, de venganzas y contravenganzas. Al pobre moro, un joven cubierto de yedras, braguero, abarcas y calcetines de lana gris, le tiraron tantas veces a la balsa, que le dejaron hecho un pingo, un adefesio, un porcaz, un arramaco. . . Pero el cautivo aprovechaba sus muchas fugas para hacer probar el sopicaldo a cofrades que le prendían, a maromos sorprendidos, a hombricos despistados, a motilones bravucones y tolondorros. . . Corrían y gritaban las mujeres y hasta escapaban hacia el camino que sube desde la carretera, sobre todo las pitongas, que venían de punta en blanco desde Logroño, Pamplona o Estella, temiendo ser arrojadas al padul. Pero, cada vez que el galafate era reducido, sonaba la gaita melodiosa y los cofrades, comenzando por el abad, con el bastón en la mano izquierda y tocados con la boina, daban unos ligeros pasos de jota, entre saludo y saludo a las autoridades, sentadas en sillas de madera en medio del camino.

Los aplausos seguían a los gritos, que habían seguido a las carcajadas.

Por fin, más feo y destozolado que manda Dios, subieron al moro al caballo blanco y le llevaron, entre gaitas y griterío, hasta la vieja plaza de los olmos.

Es muy posible que Juan Lobo y el *Moro* no sean dos personajes sino tres, y que el símbolo principal nos lleve hasta una antiquísima fiesta de la vegetación, situada en el solsticio de verano o en las fiestas llamadas de *mayo*, de las que he hablado en otra ocasión.

En varios lugares de Europa, como Baviera, Carintia, Rusia o Inglaterra, en las fiestas de primavera aparece un mozo cubierto de

yedra o ramas, llamado a veces *Jorge verde*, que acaba también, a veces, arrojado al agua.

En Sajonia y Turingia, grupos de muchachos organizan la búsqueda del *salvaje*, vestido de hojas y escondido en el bosque, al que capturan y tiran al blanco sobre él con sus mosquetes. Motivo similar al muñeco de Carnaval o al Judas de Pascua.

Seguro que el torralbés Rafal Corres Díaz de Cerio, a quien debemos unas deliciosas páginas sobre los cuentos y las tradiciones de su pueblo, podría rastrear, más todavía, por esa larga tradición local, que se pierde sin duda muy lejos.

Según cuenta la tradición, al mediodía de la fiesta de San Juan, el pueblo de Torralba se reunió en la plaza. El juez leyó la sentencia. El moro fue ahorcado allí mismo. Después de vísperas, bajó la gente a la balsa, donde los cofrades volvieron a bailar con las armas empleadas durante la noche. El alcalde decretó fiesta para el día siguiente.

Esta tarde, a pesar de unos goterones que dejó escapar la ciercera, se ha cumplido fielmente el ritual. Han bajado al peje del caballo blanco, y esta vez le han mantenido a buen recaudo. Le han leído seguidamente desde el kiosco el romance -con muchas licencias de rima y ritmo- de sus desatinos:

Son tantas y tantas cosas/ las que se van a juzgar,
que, solamente un resumen. . . / No las voy a enumerar.

Hemos oído el clásico y pícaro repertorio de pillerías pueblerinas, sólo que achacadas oficialmente al bandido. La gente sacaba el frío riendo. Han sonado cinco tiros de escopeta -¡que tanto se parecían al de Lanz, que termina con Miel Otxin!- y el moro ha caído en brazos de cinco piadosos cofrades.

Cuando comenzaba el *Baile de la Balsa*, arreció el viento y nunca estuvo más cercano el lluviazo. Pero dejó terminar la alegre *salida* al combate; *la Lucha; el Baile de las Mozas* agradecidas; la *Copla de Ronda* de los mozos, y la *Jota* final, añadida.

Mozos y mozas de Torralba y de Estella, con trajes que tienen poco que ver con los de Torralba del siglo XVI, se han despedido con un festivo pasacalles.

Se ha despejado el balcón corrido de la Casa Consitorial y la gente ha corrido a refugiarse bajo las arcadas.

Era la tarde del día de San Juan.

ASPARRÓS EN MANOS DE BEAUMONT

Paso por debajo del monte Mendi (albarda sobre albarda), donde la tradición sitúa la batalla de Noain, el domingo 30 de junio de 1521. Esta vez no subo hasta el lugar del monumento conmemorativo y sigo mi camino y mi andaduría.

El historiador navarro P. Luis Fernández Martín estudió hace años algunos aspectos de la famosa batalla que aportan elementos importantes al conocimiento de la misma. El suceso bélico es para él *la acción decisiva con la que se clausuró definitivamente la invasión francesa iniciada dos meses antes con el doble fin de reinstalar en el trono de Navarra al rey Enrique de Labrit y de ayudar, en la medida de lo posible, a los comuneros que –tras la derrota de Villalar todavía resistían en Toledo*. Lo que confirma la tesis que, con la mayoría de historiadores, mantuve en mi trabajo anterior.

Don Francés de Zúñiga, o Francesillo para los amigos, el célebre bufón del duque de Béjar y del emperador, en su interesantísima *Crónica burlesca del emperador Carlos V*, resume como sin querer lo sucedido al contarnos en breves líneas cómo el rey de Francia enviaba a Navarra muchas gentes, cómo *los de la tierra la defendieron matando muchos franceses y cómo los gobernadores y caballeros y jinetes de España atajaron a los franceses cerca de la ciudad de Pamplona dexando yr los cavallos lo más rezio que pudieron con grandes alaridos diciendo: ¡España, España, Santiago*

a ellos!, y ansí fueron rotos y muertos más de cinco mil y de los del Emperador murieron quanto veynte personas, y esa noche reposaron con grande alegría.

Francesillo acompañó a su amo el duque, que trajo a Navarra seiscientos hombres de armas. Entre los caballeros estaba también Juan Veláquez, contador mayor que fue de los Reyes Católicos, y en cuya casa pasó once años el joven Iñigo de Loyola, defensor ahora del castillo de Pamplona. Perdió su caballo en la batalla de Noain y fue indemnizado con 55 ducados, la cifra más alta.

Como Pavía tuvo su prisionero ilustre en la persona del rey de Francia, Francisco I, Noain lo tuvo en la del capitán general de los franceses, Andrés de Foix, señor de Asparrós. Captura más importante todavía que la del estandarte real de los franceses a manos del capitán, tal vez navarro, Miguel de Perea, fiel servidor del emperador en Navarra y en otras partes de España y Africa.

No fue don Francés de Beaumont, Beamonte o Viamote, el autor de la hazaña, como el mismísimo Boissonade parece darlo a entender, cuando nos describe al capitán general francés derribado por un golpe de lanza que, al darle en la visera del casco, le hizo perder durante un rato la vista, rindiéndose luego a don Francés *(se rendit à don Francois de Beaumont)*.

Fueron al menos tres los competidores: Perianes (Pero Yáñez) de Novoa, vecino de Bilbao y hombre de armas de la capitanía del conde de Altamira, don Rodrigo Moscoso Ossorio; Vicente Sánchez, soldado de la misma capitanía, y don Francés de Beaumont. Por fin, puestos los dos primeros de acuerdo, dejaron el personal pleito al cuidado del capitán de sus Majestades, Diego Pérez de Vargas, quien dio razón a los dos. La sentencia definitiva del Consejo fue dictada en Valladolid el 13 de septiembre de 1522, por la que se condenaba a don Francés de Beaumont a que en el plazo de nueve días *entregase a Vicente Sánchez o a Perianes de Novoa al dicho Masparrós o el interese de su rescate.*

A mediados de julio Asparrós, herido por el golpe que le dio Sánchez en el momento de la captura, permanecía en Pamplona bajo la custodia de don Francés de Beaumont. Éste, por su parte, seguía gozando de la confianza de los virreyes y de la protección del almirante de Castilla, quien pedía por esas fechas al emperador el mando de la fortaleza de Pamplona para don Francés.

Todo cambió cuando, pocos días después, se supo que Andrés de Foix se encontraba a salvo en Francia, después de haber sido liberado –a la brava, dice F. Martín- y soltado en Aragón, junto con otro gentilhombre francés. El condestable de Castilla escribe al emperador, entonces en Flandes, que don Francés *le puso en Aragón y él le soltó guardándole mal lo que devia y no obedeciendo a nuestros regimientos.* Y el almirante, don Fadrique Enríquez, protector y amigo de Beaumont, se lamenta ante el monarca de las problables consecuencias de tal libertad, porque *Dasparrós es cuerdo y sabrá todas nuestras necesidades y hará aprovechar de ellas a los que vienen, quanto más que saben que nuestra gente anda descontenta y mal pagada.*

Don Francés fue suspendido entonces de su capitanía, se le retiró el salario correspondiente, y se lo obligó a pagar de sus bienes incautados en Navarra 20.000 ducados como rescate a los dos apresadores de Foix. Tras la sentencia del 16 de junio de ese año, Beaumont acabó preso en la fortaleza de Zamora, acusado nada menos que del delito de traición a la patria por haber facilitado la evasión del prisionero más famoso de la batalla de Noain.

Pero don Francés tenía buenos y altos valedores y pronto se le trasladó de Zamora a Valladolid. En junio del año siguiente volvía a su palacio de Arazuri, con el acostamiento de los 200 ducados que antes cobraba como gentilhombre al servicio del emperador, como recompensa –según la cédula real- a los méritos y fidelidad del noble, fiel, y bienamado *nuestro don Francés de Beamont, cuyo es Monteagudo, gentilhombre de la guarda de nuestra real persona...*

Don Francés fue el primogénito del canciller mayor de Navarra don Juan de Beaumot y de doña Luisa de Monreal. Su padre fue el cuarto hijo del primer conde de Lerín y de doña Juana de Navarra, hija natural de Carlos III. Era, pues, don Francés biznieto del Rey Noble. Casó con Doña Beatriz de Ycart, dama que había sido de Isabel la Católica. Tuvieron varios hijos. De su padre heredó el señorío de Arazuri, donde tenía su residencia habitual.

En 1517, siendo capitán, fue nombrado por el nuevo rey Carlos V corregidor de Asturias. Un año más tarde le concedió el hábito de Santiago. Liberado del cargo el 1 de agosto de 1520, participó activamente en la guerra de las Comunidades castellanas, al mando de su capitanía, frente a las huestes de Padilla, del obispo de Zamora (Acuña) y del conde de Salvatierra. Y, si fracasó en Tierra de Campos, fue uno de los capitanes que reconquistaron Vitoria, se apoderaron de Salvatierra y asolaron el valle de Cuartango. Prendió a Juan Bravo en la batalla de Villalar, y siempre se quejó de no tener por ello compensa alguna y sí sólo palabra de gracias. Concluida la contienda castellana, vínose a su Navarra natal, donde le hemos visto combatir.

En 1529 fue designado por el emperador capitán general de la frontera del Rosellón, con residencia en Perpiñán, donde ejerció el cargo hasta 1549, con una interrupción de dos años. Más tarde sirvió al duque de Alba en el mismo Rosellón. En 1546 fue nombrado capitán del príncipe Felipe en Madrid, pero residió mayormente en su palacio de Arazuri.

Fue siempre un nepotista. Consiguió que su hermano Juan, y su hijo Francés, a la muerte del anterior, fueran arcedianos de la tabla en la catedral de Pamplona, y pidió otros favores para otros, incluido el priorato de Roncesvalles para otro de sus hijos. En 1556, a sus 70 años, aún pedía al poder real que su capitanía recayera en su nieto y homónimo, por quien se interesó a la vez ante el virrey de Navarra.

En el susodicho proceso sobre la captura de Andrés de Foix, Beaumont terminaba remitiéndose a lo que aquél dijera *de quién le avía prendido*. Pero Vicente Sánchez replicaba que, estando el capitán francés rendido por él y ya apeado del caballo, llegó don Francés y se lo pidió dándole fe y palabra de *se lo tornar a entregar,* cuando se lo pidiese, *e que solamente se lo diese para que lo curasen*. Y lo cierto es que los virreyes permitieron por real cédula de 16 de julio que el señor de Foix mandara venir un médico de Bayona para que le curase.

El otro contendiente, Perianes de Novoa, declaraba en el mismo proceso que don Francés y el ilustre prisionero eran *debdos e parientes e de su tierra e naturaleza e amigo* y por ello quitó antemano todo valor a lo que sobre su primo pudiera decir Asparrós, porque *cualquier cosa que le dixese (era) porque les convenía.*

También Martín Fernández, el historiador que mejor ha estudiado el lance, llega a afirmar que *sólo cabe pensar que los vínculos de parentesco, amistad y origen y el descontento por el desagradecimiento de los virreyes fueron los móviles de este suceso, que amenazó con hundir para siempre la carrera política y militar del nieto del primer conde de Lerín.* No fue así, como hemos visto.

¿Quién no ve, después de todo esto, las sombras del señor de Foix y de don Francés de Beaumont por el monte Mendi de Noain?

JUNTO AL ARGA Y AL ECHARO

El camino se abre al borde de la carretera que va de Zubiri a Francia, debajo del altozano donde se asienta Saigos, bajo un cerco y circo de montes pinosos, que al oeste del poblado –el *Goitico Alor* (campo de arriba)- alcanza los 650 metros. Vamos a ver el pueblo ahora que estamos frescos, y no después con todo el calor de la andanza.

Señorío realengo un día, tuvo aquí el Hospital de Roncesvalles un palacio y varias heredades. Los seis vecinos de las cinco casas tradicionales del siglo pasado son hoy diez familias, con más del doble de habitantes, repartidas en las calles San Bartolomé (patrono de la iglesia), San Cristóbal, Nueva y Diseminado. Una ikurriña, desteñida y rota por la intemperie, sigue ondeando en medio de la calle de San Bartolomé, donde hay también una fuente, dos silos pequeños de los años cuarenta y un frontón (*"Toki alai, 1940 -1990"*) con dos lauburus pintados y una banderola reciente con el lema de los *presos vascos*.

Una ventanita ajimezada nos recuerda el siglo XVI. El número 1 de la calle San Cristóbal es una soberbia casona en hastial, enlucida, gran balcón corrido hacia el sur, con puerta de medio punto hacia oriente, y en la clave una cruz y la fecha de 1722. En la calle Nueva y en el Diseminado se ubican las casas nuevas con jardines y huertas. El viejo aldeón es hoy un vergel humano.

La pequeña iglesia gótica, transformada en el siglo XVI, tiene un cementerio adjunto (muchos apellidos topónimos: Goñi, Lusarreta, Elcano, Eugui...), con algunas estelas que llevan cruces o lauburus. Viburnos, rosales, lirios y hierba crecida con tréboles rojos, agrimonias y ortigas. El lado sur de la calle principal y la pendiente sobre la carretera están poblados de higueras, fresnos, ciruelos japoneses y otras hermosas verderías.

El camino donde se inicia el recorrido baja directamente al río Arga, todavía reciente pero ya alegre y jubiloso, tras salir con bien de la encerrona de Eugui, y pasa por segunda vez bajo un puente, de dos arcos apuntados, mucho mayor el occidental, con tajamar triangular aguas arriba, el lomo calzado y sin pretiles. Unos frondosos alisos, fresnos de hoja ancha y sauces blancos hacen el lugar delicioso. Lo aprovechan esta tarde un grupo de adolescentes que se bañan en una poza del flanco sur del puente. *Coto de pesca sin muerte.*

Tomamos, en el término de Arteta, el viejo Camino de Ultrapuertos o de Alduides, que algunos mapas llaman de Agorreta. Es quizás el que desde Agorreta lleva a Ultrapuertos, no sé. Sube impertérrito por el costado occidental del Mendi, que alcanza los 831,61 m. Al comienzo tiene mucha hierba en el suelo y en los bordes bojes, espinos navarros, arces, matorrales, matagallinas, helechos, y luego, ya sobre suelo calizo, pinos y robles, con la encantadora compañía de zanahorias silvestres, oréganos, tréboles, llaves del año, margaritas, cuernecillos, angélicas...

Cuando nos paramos a descansar, contemplamos el pueblo, que fue en el origen un pueblo-calle, después estirado hacia el oeste y el norte, todo rodeado de algunos breves prados. La última villa, la más lejana al núcleo histórico y más cercana al monte, se llama lógicamente *Mendi Txoko.* El término donde estamos lleva la raíz *Labaki.* Es una raíz toponímica que se repite, con diferentes sufijos, al norte del poblado. Quiere decir en vascuence campo arado. Se ven desde aquí algunas casas de Zubiri, y Ostériz subido a su mirador.

Pasan unas motos ruidosas por la carretera de Francia, abierta entre densos pinares que llevamos a nuestra izquierda. Nos hacen más ecológicos aún. Las barras calizas cruzan el camino y pasamos ahora

junto a paredes rocosas, donde crecen como pueden los pampajaritos gualdas, las doradillas doradas en rosetas dispares, y los *arroces* (sedum album), llamados así por sus flores blancas. Se pasean tranquilas y dominadoras unas saludables lagartijas moradas. Bojacales y ollagales. Entonan con vigor las chicharras fugaces su canto mellado.

Llegamos a la parte más alta del recorrido, lentamente garriando, donde se yergue un poste de hierro de las líneas eléctricas, con el rayo dibujado como signo mortífero. El rayo ha sustituido a la vieja calavera de nuestros años jóvenes. Sopla el bagurrín, con su olor etimológico a haya, desde el valle de las seis montañas que va rompiendo el Arga escoltado por pinos albares, robles pubescentes, bojes en los altos, y fresnos, hayas, alisos, arces, sauces blancos, olmos campestres y cerezos silvestres en las vaguadas.

Dejamos seguir el Camino de Ultrapuertos y nos hundimos por un senderillo irregular que baja burla burlando hasta el cauce del Echaro o Echarro, que hace un largo recorrido tras recoger las pirenaicas aguas manantías en las faldas del Pilotasaro y del Adi, al norte de Cilveti. Entre los tan conocidos robles, bojes –que trenzan unos umbríos pasadizos-, avellanos, brezos, hipéricos..., sobresalen las brácteas purpúreas de las vivaces bretónicas, no fáciles de encontrar en muchas zonas de Navarra, tan enhiestas y numerosas como eméticas y purgantes.

Baja el regato débil y con ganas de rendirse al río madre que pasa cerca, cansado de cabecear contra las gravas, las barras calizas y las margas.

Lo cruzamos hacia la otra orilla y por un sendero empinado y resbaloso llegamos bien que mal hasta una corta explanada, tras pasar junto a un bien disimulado bunker de los tiempos del *maquis*, con bocas al este y al sur.

Entre matorrales, espinos y robles abocamos a otro sendero que nos lleva a orillas del Echarro, un bello paraje silvestre, una lindeza natural, con hayas, arces y fresnos, donde se remansa el afluente y se hace la toma de agua que lleva un canal por una senda pedregosa y difícil, sostenida a veces por muros de contención. El agua que llegaba un día a las casas de los camineros y al pueblo de Zubiri, sigue llegando ahora hasta la fábrica de Magnesitas, en la misma localidad.

Sobre el canal oculto vamos, admirados de esta tecniquerías campeanas. Vamos viendo la sosegada desembocadura del desasosegado riachuelo y la bonita isleta en medio del Arga, que guarda un gran peñasco aguas abajo. Y luego avanzamos con su rumor fluvial y creciente.

El río nos acompaña, nos canta, nos invita, nos contagia, nos seduce (nos lleva con él).

Los árboles mirando
el agua cristalina en su pureza,
de sí se están pagando,
mirando la belleza
que a tal tiempo les dio Naturaleza.

Los robles, los pinos, los bojes nos ceden el paso. Vemos cómo se van menguando las campanillas glomuladas, con sus glomérulos azulvioláceos; las suavísimas y conversaderas escabiosas; los jocundos botones de oro; las piadosas y humildes verónicas..., que resisten los crudos calores del verano hasta que pasen los últimos veraneantes, los últimos turistas de los *Senderos por el Pirineo Navarro.*

Saltamos por encima de algunos regatillos, manantes todavía tras estos meses lluviosos.

Hasta que, entre soles y sombras del viaje de vuelta, dejado ya el Arga correr a sus anchas, retornamos al Camino de Alduides, que nos lleva al puente medieval, cerca del cual, en los yerbines próximos, descansan, dormitan, juegan y/o se tuestan los bañistas anteriores.

Nos sigue la misma prieta vegetación por el último tramo del camino, ya en término de Arteaga. El *arte* (la encina, la carrasca) nos ha llenado de topónimos el mapa. La carretera es ya otro mundo y nos lleva a otro, tan distinto del que acabamos de dejar.

PEREGRINOS

En 1993 fueron expedidos en Santiago de Compostela 70.000 *certificados de peregrino*, en los que se acredita que el andante ha recorrido, al menos, 100 kilómetros del camino de peregrinación.

Pueden ser 20.000 las personas que acuden cada día a Lourdes, en Francia, o al Tepeyac, en Méjico. Más de dos millones de peregrinos visitan este último santuario, en torno a la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, el 12 de diciembre.

Y así, más o menos, con mayores o menores cifras, con mayor o menor fervor, con menor o mayor incidencia en la vida de la región, país o estado..., en Belén, Jerusalén, Roma, Fátima, La Meca, Medina, Ise, Chartres, Benarés, Kashi, Czenstoshowa, Zapopán, Kailasa, Oostacker, Montserrat, Taizé, Le Puy, Shikoku, Almonte, Kiev, Zaragoza, Canterbuy, Loreto, Padua, Zagorsk, Loyola, Javier, Asís, Athos, Lisieux, San Salvador, Medjugorge, Wu-t'ai, Roncesvalles, Ujué, El Puy de Estella o Codés.

¿Huida? ¿Diversión? ¿Aventura? -se pregunta Philippe Baud al comienzo de su trabajo *Peregrinación y Literatura*-. Siempre nos ha gustado a los humanos ponernos en camino, recorrer el mundo, explorar, descubrir tierras, paisajes, países, comunidades, civilizaciones:

Andamos mientras vivimos.

Superar límites. Emprender un nuevo nacimiento. Intentar llegar al *jardín del Edén,* a la *tierra prometida*, esté delante o atrás en el tiempo. *Extraño y viajero sobre la tierra, el hombre se desprende del abrazo materno, arrastrado hacia la maternidad cósmica.* Busca el viandante su Grial más allá de las tierras conocidas. Andar el camino de la patria -el país de los padres-, convencidos de que *la verdadera patria está en otro sitio (Rimbaud).*

Los que mucho viajan/ rara vez se santifican, escribió Tomás de Kempis, recogiendo tal vez un refrán popular. Y, sin embargo, pocos acontecimientos como los viajes hacen religioso al viajero, religándolo con tierras y cielos antes desconocidos, con tradiciones y costumbres, con criaturas y divinidades. El viajero -mucho menos, el turista- vive entre rituales y ay de él, si no se hace ritual!

Todo andariego es un pequeño Marco Polo; o un pequeño Ibn Battuta. O quien sabe si un Ulises, un Benjamin de Tudela, o un Julio Verne en marcha

El verdadero peregrino *-per agros*: por los campos del pensar, del andar, del sufrir, del soñar, del vivir-, llamado desde dentro, mendiga, por donde va, el sentido de su vida. Tomando distancias, encontrando tiempo, dejándose de historias, camina hacia sí mismo, hacia sus orígenes, hacia el jardín de la Heperides o Montsalvat.

El peregrino genuino -no el turista piadoso- sabe que no volverá jamás... a ser el mismo de antes.

En un texto hindú, el *Aitareya Brahmana*, el dios Indra, protector de los viandantes, dice a una joven:

Los pies del caminante son como la flor, su espíritu crece y cosecha el fruto. Y todos sus pecados son destruidos por su fatiga en el caminar. Por consiguiente, ¡camina!

El anhelo de una comunidad humana incondicional, como la llama el teólogo americano Virgilio Elizondo, es lo que impulsa cada vez más al íncola de nuestro tiempo, cuantos más conocimientos científicos, más amplias informaciones, más análisis y terapias psicológicas, más avances medicinales... se le echan encima.

Pero no conviene insistir demasiado en las angustias de nuestro tiempo, en el número de quiebras familiares de nuestros días, en el fracaso de las regulaciones democráticas, en el alejamiento ordenancista de las iglesias. Porque, como acabamos de ver, la peregrinación y las peregrinaciones no es/son cosa de hoy, sino de muy ayer, y aparecen a los largo de la historia de la humanidad como necesidades del alma, independientemente de los cambios acaecidos, aunque se vean favorecidas o desfavorecidas, en buena medida, por ellos.

Reyes y súbditos, soldados y menestrales, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, devotos y curiosos, santones y malandrines, apóstoles y limosneros..., desdibujadas las barreras políticas, sociales y culturales, acuden a los lugares de peregrinación, unidos por la experiencia unificante de la misma. Antes que católicos, cristianos, creyentes, alemanes, franceses o españoles, europeos o asiáticos, son seres humanos -*homines viatores*, hombres que hacen la vía del vivir- en el camino hacia el más allá.

Ya no hay remedio. Ha empezado la andadura. El coche de San Fernando, o el de caballos, el autobús, el tren, el barco o el avión de nuestra vida ha partido ya. ¿Somos libres? Sí pero sólo parcialmente. Para dejar de andar o para elegir ruta, senda y dirección, cuando es posible. Pero nada más.

Partimos cuando nacemos. Así que estamos siempre de andada. Caminante, sí hay camino. El camino que otros muchos han abierto y hecho, aunque cada caminar es abrirlo y hacerlo de nuevo. Y el que podemos abrir nosotros. Vivir es caminar y caminar vivir, vivir al día, sin demora, sin pausa, quizás con prisas, sin que podamos hacer cosa más vital y perentoria que andar, caminar, dirigirnos a, diseñar el proyecto de nuestra vida mientras vivimos-andamos. Reeligiendo cada día, cada hora, cada instante, la ruta principal, y eligiendo sus mil variantes.

A veces nos perdemos, como el Dante, en la selva oscura, tras haber perdido la buena senda:

Nel mezzo del cammin di nostra vita
mi ritrovai per una selva oscura
che la diritta via era smarrita.

A veces nos apresuramos por la solitaria llanura, como el hombre que vuelve a la trocha perdida, y, hasta que no esté en ella, le parece que trota en vano:

Noi andavam per lo solingo piano
Com'om che torna a la perduta strada,
Che 'nfino ad essa li pare ire invano.

En medio de la realidad multirracial y multicultural de nuestro mundo, que se agolpa en las puertas, muros, atrios o santuarios de peregrinación, aprenderemos quizás a vivir en este mundo real, si es que no queremos luchar a brazo partido para ocupar o seguir ocupando un lugar de exclusión.

La Reforma Protestante, la Ilustración, y hasta el Concilio Vaticano II, que les tuvo en algunos puntos demasiado en cuenta, no han podido impedir que las gentes de nuestro siglo y del que está por llegar sigan echándose a las rúas de la peregrinación, estando como están en pleno camino de su existencia andariega.

El filósofo y teólogo indio-español Raimon Panikkar, uno de los pensadores religiosos más fascinantes de nuestro tiempo, peregrinó en septiembre de 1994, a la montaña santa de Kailâsa, templo del Absoluto, símbolo sagrado para casi todas las religiones del Sur de Asia. Su peregrinación -nos cuenta- quedó justificada por una triple transformación: la paz entre los Hombres (entre las religiones), la paz con la Tierra, y la Paz entre los Dioses.

Reflexionando sobre su experiencia, se pregunta, en un bello poema:

¿No hay más camino que hacia el yo,
porque el yo es ya el viaje
como entendieron el Buda y el Cristo?
Por consiguiente,
marcha como si no marcharas,
renuncia como si no renunciaras.
Hazte peregrino sin peregrinación,
peregrina hacia ninguna parte:
¡aquí y ahora!

Y, sin embargo, Kailasa, como otros muchos sitios santos en el mundo, ha atraído, durante miles de años, miles y millones de peregrinos de muchas religiones. ¿Entonces?

El estudioso y cultivador de las religiones no puede menos de añadir:

¿Es únicamente superstición?
¿Es que no puede ser santa una montaña?
¿Puede haber un cuerpo que no sea sagrado?
¿Será la verdad tan sólo un concepto,
la belleza un mero sentimiento,
simplemente doctrina la religión,
y sólo ideología la fe?

Y de nuevo oímos:
"*Levántate y camina*".

NIÑOS SAHARAUIS EN NAVARRA

El relato haggádico (relectura literaria del Antiguo Testamento a la luz de los nuevos tiempos), que aparece en el capítulo segundo del evangelio de San Mateo, sobre la huída a Egipto y la matanza de los inocentes, tiene, como todos ellos, un claro objetivo doctrinal. Aquí también los medios se entienden por el fin y el fin a través de los medios.

Jesús, el Salvador de su Pueblo, va a revivir los mismos sufrimientos de éste, comenzando por el destierro en Egipto. Como nuevo Moisés, lo liberará de la opresión en tierra extranjera y lo guiará hacia su patria.

El pueblo gime de dolor/ quiere resurgir.
Moisés, caudillo de Israel/ va a librarlo al fin.
Oye, Padre, el grito de tu Pueblo.
Oye, Padre. Manda al Salvador,

cantaba aquel espiritual negro, que nos conmovía no hace muchos años.

Como otros personajes legendarios o reales -Teseo, Perseo, Sargón de Agadé, Rómulo o Ciro-, Moisés fue salvado milagrosamente, en una cesta de papiro depositada en los cañaverales, de perecer en el río Nilo, como había ordenado el Faraón. Jesús, nuevo Moisés, también se salvará del Faraón de su tiempo (Herodes) hasta que pueda volver a tierra de Israel, a Galilea.

No le extrañe al lector que, contemplando estas bellísimas *historias* bíblicas, más reales de lo que algunos falsos desmitologizadores han creído, me vengan a la memoria los desterrados niños saharauis, que se libraron de su Herodes particular.

Aquéllos que ví, desolado, en los campamentos de Tinduff (Argelia) y, algo más relajado, en las calles de mi pueblo, el pasado verano. Claro que también me vienen a la memoria otros muchos, pero quedémonos, por ahora, con ellos.

Cuando visitábamos las escuelas y sabían que veníamos de España, nos gritaban en los patios y entradas el nombre de la Comunidad, donde pasaron las últimas vacaciones:

- Andalucía
- Castilla la Mancha
- Valencia. . .

Ahora, cuando vayan otros visitantes y les pregunten, en las aulas, el nombre de los pueblos o ciudades donde estuvieron, algunos dirán, con el rabillo del recuerdo afectuoso en los ojos:

- Cizur Mayor
- Sangüesa
- Mañeru
- Lumbier

- Aibar. . .

Y con los nombres se llenarán sus cabezas de pájaros: pájaros que llevan en sus picos cómodos dormitorios, mesas repletas, piscinas azules, bicicletas veloces, televisiones divertidas. . . y unas caras alegres y llorosas de nuevos padres y madres, abuelos, hermanos, amigos que les reciben, les despiden y les piden que vuelvan.

Mohamed Salem Elkouri, entre 8 y 10 años, nunca había estado en España ni en ninguna otra parte fuera del campamento de Tinduff. Grandes ojos negros y frente despejada, ancha sonrisa blanca, reservado y un sí no es tímido, había perdido recientemente a su padre. Su madre se llama Fátima, su hermana Nicole y su hermano Salman. Una hermanastra mayor, por parte de padre, le vive en Andalucía, y una prima estudia hace un año en Pamplona.

Sus *padres* de Mañeru lo tienen por inteligente y observador:

- Al principio estuvo observando todo hasta que nos cogió confianza.

- Nunca se metía a la piscina grande hasta que estuviera seguro de que lo iba a hacer bien.

- Le bastaba con ir a un sitio una vez para aprender el camino.

Salem entendía español bastante bien cuando vino, y, al volver, lo hablaba con soltura.

Los primeros días, le daban miedo, como a casi todos sus compañeros, las escaleras, el cuarto cerrado, y cosas así. Y, como a los demás, le chiflaban los coches, las motos, la luz eléctrica, los tractores, la piscina. . .

- Y no te digo nada el mar, el día que estuvimos en Zarauz.

- Sí, pero algunos de ellos pensaban que era una piscina grande, y cuando vieron que no, se espantaron.

- Bueno, pero la playa los volvía locos.

- ¿Comer? No comía mucho. Le encantaba el atún, ya ves.

Salem es listo, ya digo, pero en verano fue vago. No quería hacer los deberes que su paciente *hermana* le ponía: cuentas, lectura, dibujo. . . Se enfadaba y se ponía a llorar.

- Éramos hermanos de verdad: reñíamos mucho.

Pero hacía su cama, recogía su cuarto y ayudaba en la tienda.

Había que cerrar la casa porque se despertaba con el sol y quería salir a la calle. Como en Tinduff. Eso sí, se dormía también con el sol: en la mesa, en la silla, o en el sofá.

Le gustaba mucho la música. Le grabaron unas cuantas cintas. Llevaba el ritmo con la mano. Bailar, no, no le gustaba, como a otros chicos. Pero todos juntos cantaban y bailaban mucho, en la piscina, en las fiestas. . .

- Eran muy movidos.

El pueblo se volcó, la verdad. Desde pagar la venida de los chicos hasta la preparación del próximo viaje de las familias a los campamentos, en enero.

La gente pueblera los conocía a todos y se encariñó con ellos.

- Cambiaron el pueblo. Cuando faltaban un día, parecía otro.

Vamos hojeando un album, con las fotos en color de este verano: la playa, los Sanfermines, la piscina, la fiesta saharaui de Cizur, los juegos en la plaza de los Fueros. . .

Román, que deja hablar a su mujer y a su hija, dice al fin, jorobando un poco los hombros, que todo lo que hacemos aquí por ellos es nada o casi nada.

- Bueno -le dice la hija-, entre todo y nada hay algo.

- Y los que quieren todo y de una vez, ésos no suelen hacer nada -salta sabiamente la María.

- Venga, pues, vale -dice como resignadamente el padre-. Algo estaremos haciendo.

El *Protoevangelio de Santiago* suprime el relato de la huída a Egipto pero no el de la matazón de los niños de Belén y su comarca por Herodes, tras sentirse burlado por los Magos.

La Vírgen María entonces, llena de temor, envuelve al niño entre pañales y le reclina (lo esconde) en una pesebrera de bueyes. Su prima Isabel, en cambio, cogió a su hijo Juan y le llevó a la montaña y se puso a mirar dónde esconderle. No encontrándole, y, no pudiendo subir más arriba, comenzó a sollozar y a gritar con grandes voces:

Oh monte de Dios, recibe en tu seno a la madre con su hijo.

Y al instante abrió la montaña sus entrañas para recibirlos. Y les acompañó una gran luz, pues estaba con ellos un ángel de Dios para guardarles.

Los inocentes. Santos Inocentes. Mi dilecto Pieter Breughel el Viejo -el Joven le copió después- lo estampó para siempre, con tremenda simplicidad, en aquella fiesta de terror, sangre y muerte sobre la nieve de la aldea -con iglesia y todo-, entre soldadesca, perros, caballos, puertas y ventanas forzadas, y madres sollozantes.

Hoy como ayer.

LA FOZ DE BENASA

No he tenido la suerte de encontrar, entre los muchos que he consultado, un solo libro, enciclopedia, cuaderno, en el que se dé una exacta, aunque sea somera, descripción de la Foz de Benasa. Donde no hay un error toponímico o varios, hay un error topográfico y viceversa. Sólo la consulta a personas amigas de Navascués y el recurso a los mapas cartográficos me han sacado de dudas.

Mi primera incursión en la Foz de Benasa, de la mano de Javier, la conté aquí en su día, aunque limitándome casi a describir la subida por el roquerío norte para llegarme a la Cueva de los Moros. Volvemos muchos meses más tarde. Desviándonos de la carretera poco antes de llegar a Navascués, vemos un pequeño caudal de agua cansada, entre muchas mimbreras y matorrales, pasar bajo la carretera para descansar por fin en el río Salazar. Unos metros más allá, hacia el oriente, aguas arriba del puente de medio punto y buenas dovelas, cercado de matorrales y espinos, el arroyo o barranco de la sierra, viene desde el monte de su nombre (Sierra Alta: 1068 m.), al sureste de Navascués, cruzando una zona de margas hasta penetrar en la dolomías y calizas de la sierra de Illón o de Illión y junta sus aguas, si no es en el verano más seco, con las de la regata Foz o Foz de Benasa, o simplemente Benasa. Tres nogales dan fe botánica del acontecimiento.

Una hilera de acacias y plátanos nos abren camino hasta el pequeño aparcamiento, junto a la piscina municipal, casi natural, hecha en el mismo cauce del río, con sus escalerillas, merendero (yerbín, mesas y asientos), fuente, fregadero y tajadera.

La pista o carretil de Benasa, que se abre en el val de su nombre, nos sube, a espaldas de la Sierra de Illón, por términos de Faitiatuerta y Focila, hasta los bajos más bajos del Cerro Chipiterlo, y después por Bernelo o La Mena, rodeando todo el Val de Benasa, penetrando en la Reserva Natural (ley foral 6/1987) hasta salir de ella en el término, tan navarro, de Faitía (terreno no cultivable, lieco o estéril) Redonda, que hasta en las enciclopedias se escribe mal. En el límite una placa nos dice que estamos en el punto de la Zona Periférica de Protección.

Todo el trayecto es un bello paseo por una zona verde y frondosa, sobre todo entre altos pinos albares y hayas y, además, fresnos, olmos montanos, robles, arces, avellanos, viburnos, cornejos... Gracias a los pinos, un poco más transparentes, podemos ver mejor los contornos de la Foz, las altas paredes calizas donde el sol restalla con todo su poderío, volviéndolas espejo mineral, geología radiante, materia viva.

Más altos que los pinos y las hayas, vemos los Pirineos, exaltados también por la violenta luz solar; enhiestos sus torsos, mucho más antiguos que romanos y vascones; hieráticos, rígidos, acabadamente perfilados de belleza natural y primitiva.

Desde aquí, mucho mejor que desde el fondo, podemos ver la envergadura, la figura, la extensión y la intensión de la Foz (*faux*),

fauce, hoz, de Benasa, tan bonita como desconocida y arrinconada.

Los sabios la midieron hace ya años. Todo el flanco norte –Solano de la Foz- es áspero escarpe en la mayor parte de sus 3000 metros de proyección, asentados sobre la cota de 850 m. en el extremo oriental, entre los 875-825 en su mayor tendido, hacia el sur, y la de 625 en el extremo occidental, a la entrada; la vertical máxima es de 50 metros. Una breve planicie se extiende sobre el cresterío y lleva el nombre de Las Planas.

Hacia el sur, la ladera trepa hacia la sierra de Illón, que la pista corta brevemente a unos 900 metros.

Desde donde estamos vemos bien toda la cornisa septentrional, de donde cuelgan sobre todo las carrascas, a las que sustituyen más abajo algunas hayas y fresnos, robles, bojes y enebros; sus manchas pictóricas de líquenes hidrófilos y nitrófilos, negros, gris-azulados o anaranjados; el arco de la cueva; las fisuras de los nidos de buitres, águilas reales y alimoches, que hoy no se ven por aquí. El corredor oriental corre lento y prieto de rocas y arbolado y arrastra las aguas que provienen de lugares tan alejados como Piedrablanca, El Artical, Las Canales, y Hoyas de Puyalote o Pialote, que forman, al entrar en el congosto, el barranco, regata o río de la foz.

En la ligera hondonada, bajo la pista, no fluye ahora el agua que suele llegar desde el Cabo de Ollate y que por Peñarroya baja hasta la regata ya organizada. Sobre Peñarroya nos situamos, sobre un promontorio de 905 metros, frente al descarado cantil, algo más elevado, con que agudiza su perfil en este punto la sierra de Illón.

Bajamos hasta el aparcamiento cerca de la piscina, y seguimos un camino llano y herboso entre plátanos, fresnos, acacias, álamos..., que bordean el río bajo el bojeral y el enebral de la cordiline que llevamos a nuestro costado izquierdo. En verano lucen allí todas

las flores de los parajes húmedos pre-pirenaicos: desde la flor de San Roberto hasta la jarilla blanca. En un sotillo próximo se juntan las aguas del Benasa con las del regato Valdelosotos, que se le viene encima desde el val de su nombre y del de Agüete, al norte de Las Planas y de Pialote. Un indicador nos recuerda que aquí comienza la Zona Periférica de Protección. Dejamos la dirección nordeste de Valdelosotos y torcemos de súbito hacia el este, entrando por la imponente brecha de la Foz que, como en una aparición, nos muestra dos flancos violentos de las estribaciones de la Sierra de Illón. Aquí comienza la Reserva Natural. Encima de un elevado salto de agua, sobre losas calizas desnudas y erosionadas, unos avellanos y unos fresnos, montados en las peñas del acantilado, modulan suavemente nuestra impresión mineral y brusca.

Es demasiado visible la mano del hombre, gracias sobre todo a los trabajos de los primeros años setenta. Una capa de cemento sobre la roca delezniza hace posible que podamos pasar adelante. Un tubo pequeño recogía hasta hace poco el agua sobrante que llega al salto para llevarla hasta la piscina, pero la cal ha ido cegándolo y lo ha dejado inservible. La canaleta de cemento, adosada a la roca, y que a los pocos metros se mete bajo tierra, porta el agua hasta Navascués.

El vestíbulo de la Foz de Benasa, abierto entre las jambas gigantes de las peñas tajadas por el río, es todo un encanto. La regata da un frescor enigmático e incitante al ambiente, que tiene un no sé qué de hortus conclusus, de selva reservada. La corriente se descabeza entre grandes rocas calcáreas y horada un pozo claro y hondo, donde siempre salta alguna rana.

Por el sendero de la orilla norte íbamos la tarde en que el viajero subió hasta la Cueva, pero no vimos ni las fuinas ni los gatos monteses ni los corzos que los chicos esperaban/temían. Enfilamos hoy el sendero de la otra ribera, más seguro y agradable, bajo el que se oculta la conducción del agua municipal. En el primer tramo se levanta el roquedo occidental y bajo el cantil se esparce la glera. Después el paseo se hace delicia entre pinos, fresnos, avellanos, robles pubescentes, quejigos, arces, serbales, bojes, espinos albares, sauces blancos, olmos de montaña, endrinos, viburnos, alheñas, cornejos, angélicas, zanaho-

rias silvestres, ésulas, colas de caballo, hinojos, aros, saxífragas estelares, clemátides, aguileñas, tréboles, globularias azuladas, geranios de bosque, gayubas, jaguarzos, berros de prado...

En la parte central de la Foz, donde reinan hayas y abetos, hay altos ejemplares subidos de musgos y acometidos por hiedras y lianas, algunos tumbados en el suelo o caídos sobre el cauce en trance de descomposición.

Un abultado registro de cemento indica en la orilla sur el lugar del remanal, de donde se toma el agua. Antes la captación se hacía desde más arriba, pero el manantial se desvió y hubo que bajar hasta ahí. El cauce superior se queda ahora seco, con grandes piedras y desniveles y alguna pequeña charca. Unos cientos de metros más adelante la fraga se hace tan impenetrable, que nos volvemos.

Vuelve a canturrear el agua en el lecho del barranco. Y a saltar contra las calizas del eoceno inferior y las dolomías y calizas marmóreas del paleoceno, que hacen tan albo y profundo el cauce.

En la *soledad tallada de las rocas* de la foz, que dijera Gabriel Miró, el último sol parece intentar tallar la suya.

RECALAMOS EN ECALA

Una tarde rozagante del último julio, con el verdezón y las flores de mayo, recalamos en Ecala tras remontar el lujoso paso triunfal del río Urederra por tierras amescoanas.

Hay una torva nubada suspensa y acechante a la izquierda de los cuatro montecillos entre los cuales se retrata el pueblo, montado en un caballete de terreno.

Los trigales tostados están aún en pie. Huertos aledaños con árboles frutales. Unos cerdos renegridos focean en una granja. Nogales y olmos arbolean la calle de San Miguel, que es el único nombre que callejea.

A la sombra literaria de los plátanos del atrio nos espera el cura del lugar, y Teodoro, que hace hoy de barbero (cervantino) en el breve recorrido. Pronto se nos junta Matías. Centenos quemados todos ellos. Mari Tere, la alcaldesa oficial y natural del Concejo, nos saluda y se va porque tiene un quehacer urgente que cumplir.

Comenzamos por la iglesia de San Miguel, que es lo que tenemos más cerca y más alto. Protogótica cisterciense -alzado, parte del interior, una de las portadas-, fue transformada, como otras del Valle, cuatro siglos después. La talla romanista del arcángel titular hace buen juego entre los relieves renacentistas, hispano-flamencos, con esos inconfundibles tocados masculinos y femeninos, en los que tal vez se inspiró Mari Tere para sus sombreritos.

Desde la torre echamos una ojeada aguileña a los cuatro vientos, depredando paisajes. Las peñeras de Gollano, Artaza y Urra, a lo lejos. Cerca, los altos lomos de la sierra de Lóquiz. Entre ella y el enigmático río Uiarra, los barrancos de Itarteko, Pechonegro, Marichuleze. . ., y el contiguo Arbinaba, que se abre bajo el altonazo del caserío. Cuando el caudal, como este año, es suficiente, forma las cascadillas de Saltalaguas y Zarratana, y un pozo que aquí llaman embalse, el Marimusín. De ahí la letrilla que se conserva en el códice popular ecaliense:

Tres cosas hay en Ecala
que no las tiene Madrid:
Itarteko, Zarratana
y el pozo Marimusín.

Así es, la verdad.

Por el norte, por encima de los pardos tejados de los casales, imponen respeto el sacrosanto monte de Limitaciones y sus verdeantes aldayas, bajo las cuales, y también de las cuales, vive y trabaja la fábrica de muebles de Aristubelza.

A estas horas de la tarde los paisajes se acendran, se inmovilizan y como que quieren eternizarse.

De vuelta de la torre nos enseñan, además de un buen Crucificado barroco, el armario del archivo de la Junta del susodicho monte, que desde tiempo inmemorial se guarda en la sacristía. Cada nuevo presidente lo visita en su ritual toma de posesión.

Antes de salir del templo nos señalan los muchos sitios en que aparecen las armas -tres fajas- del personaje más famoso del lugarón. Hay que ver.

Se llamó *palacio de Ecala* al solar de este apellido lustroso, al que hemos encontrado en casi todos los lugares del Valle. Fue una casa fuerte de labranza y, además, cabo de armería o de linaje. Situada en un altillo, hacia poniente, estuvo, al decir de algún testigo, medio derruida, en algún momento del siglo XVI. Debió de ser reparada pronto.

Fue la casa de Mosén Gonzalo, el hijo de Sancho Ramírez de Baquedano o Sancho Ramírez de Ecala, muchos años alcaide de Artajo. Muy querido y agasajado de los reyes don Carlos III y doña Leonor, llegó a ser merino mayor de la Merindad de Estella. Sus armas pueden verse aún sobre su losa sepulcral en la iglesia de Santo Domingo.

Tras la incorporación de Navarra a Castilla, los Baquedano, agramonteses donde los hubiere, perdieron mucho poder y se dispersaron por ahí. Peor aún: los palacios de Ecala y de San Martín fueron confiscados hasta que llegó el perdón del emperador en 1524. El palacio de San Martín siguió vivo y dinámico, ya lo creo, y, si no pudieron conseguir el título de marqués de dicho lugar, porque los vecinos se opusieron, consiguieron el de marqués de Andía.

De todos modos, *el señor de San Martín* se sienta en las Cortes de Navarra desde 1520 a 1556. Con el título de *señor de los palacios de San Martín y de Ecala*, aparece en 1592 Gonzalo Remírez de Baquedano. Ocho años después y, ahora, como *señor de San Martín y del palacio de Ecala*, asiste a las sesiones Juan Ramírez de Baquedano. Lo hacen sus descendientes desde 1604 a 1780, añadiéndosele desde 1684 el señorío el palacio de Rípodas.

La capilla abierta en el lado de la epístola, cuyas claves ostentan el escudo nobiliario, debió de ser la capilla funeraria del apellido. Las claves de la capilla paralela en el lado del evangelio muestran, en cambio, las armas de los Baquedano junto con el castillo de sus parientes los López Sánchez de Ecala o López de Baquedano, procedentes asimismo del palacio local, que luego abrieron casa en Eulate.

Sostiene Matías que tan preclara mansión estuvo en el solar donde él levantó una casa modern, con huerta y bajera, y hasta con una perrera donde ladran amablemente dos perros cazadores de ojos azules. En la obras de construcción encontró *una cara*, es decir, una talla o parte de una talla de piedra, que se le hizo añicos. Ay, Dios mío!

Quedan varios apellidos Baquedano en el lugar, y en una casa, del siglo XVII, sobresale en la fachada un blasón barroco con tres fajas y tres panelas, árbol arrancado y animal pasante.

Muchos siglos antes de tan nobles hidalgos escribía el poeta Juvenal en su *Sátira VIII: ¿Qué se logra, Póntico, con árboles genealógicos, con ser reputado de alcurnia antigua . . . ? (. . .) La sola y única nobleza es la virtud (nobilitas sola est atque unica virtus).*

Teodoro ha dicho casi lo mismo, viendo tanto escudo y tanta petulancia, sólo que mejor que Juvenal.

Viendo a las puertas de las casas montones de troncos de leña, pregunto cuántas *suertes* toca a cada familia:

- De ocho mil a diez mil kilos.

Parras e higueras ennoblecen algunas viviendas, amén de rosas, dalias o malvas reales junto a las puertas y en algunos rincones. El pavimento tiene ya muchos años, y hay escalerillas y rampas de callejo a callejo en la falda oriental.

Quedan pocos restos de épocas antiguas, además del ya mencionado: un portalón dovelado del siglo XVI con un escudo en clave muy desfigurado, y en la calle, que podría parecer la mayor, un casón del XVII con escudo barroco donde se lee el lema . Por fortuna, cualquiera de las más modestas casas actuales no envidia a cualquiera de las mejores de otros tiempos, excepto tal vez la fachada. Hace un siglo vivían aquí 160 personas; hoy son 60, mucho más holgadas, en el mismo número de casas, poco más o menos. Algunas puertas tienen clavada la flor de la carlina, o flor del sol.

Bajamos hacia la fuente, en el extremo noroeste del caserío. Cotorreamos junto a los tres chorros sobre un aska, que deja caer un regatillo hacia las huertas. Cuentan los paisanos las desventuras habidas con la traída de aguas a un pueblo tan llovido. Los huertos dan la verdura del año y algunas frutas, desde cerezas a manzanas. Cultivan trigo y cebada en unas fincas muy pequeñas. Son muy pocos los ganaderos de vacas y yeguas.

Como son muy conteros, cuentan anécdotas de guerras y postguerras, lo cual aprovecho yo para preguntarles sobre las brujas de las que dice don Luciano que aparecían en las mesanderías de las casas y pellizcaban a la gente por la noche. Pero ni curas ni barberos saben darme razón y uno de ellos salta con una salida y todos nos reímos. Todos han oído, eso sí, de los tiempos en que muchos amescoanos peregrinaban a la Vírgen de los Conjuros de Arbeiza.

Desde la fuente se ve bien el macizo horizontal de la ermita de Santo Tomás, construcción medieval que acabó en barroca. Guardaba hasta hace poco la angelical imagen gótica de la Andra Mari entre dos tallas renacentistas de Santiago y Santo Tomás, que ahora están, restauradas, en la iglesia parroquial.

No nos ha caído el baticazo que nos temíamos de la nubada sobre Lóquiz, pero la tarde, como es habitual por estos selváti-

cos parajes, se ha puesto fríosa bajo un cielo plomizo.

Además, a uno le entra ese calofrío natural tras recorrer, aunque sea tan rápidamente como hoy, pero con curiosidad y afecto, la geografía y la historia de todo un pueblo. Es como si se sintiera el dulce misterio de esa vivencia y esa memoria dentro de uno, sin saber qué hacer con él.

Así que, llenos de campo, de paisajes, de historias y de melancolía, nos refugiamos en nuestro cobijo familiar de San Martín.

RECUERDO VERDECIDO DE "EL IRATI"

Es verano pleno, y los campos alrededor de Urroz están tan verdes, que parecen sembrados en torno a los haces de paja de la cosecha reciente. Corros de ziapes y un merendero de bancos y chopillos. La barandilla de Villaveta, y enseguida el altillo de Ecay.

Yendo hacia Aoiz por la llamada carretera de Burguete, el viajero encuentra en el camino las siete casas dobles, en hastial y con un balconcillo común, del antiguo Instituto Nacional de la Vivienda, con flechas y todo. Las precede una hilera de plátanos occidentales y un pradillo natural, y las respalda una franja de huertos. Quien quiera detenerse o vencer la modorrera de la primera tarde aquí tiene un bar y, un poco más adelante, otro bar restaurante.

Pasamos la llama de la carretera, y tras las casas nuevas del borde entramos en el pueblecito antiguo, con calles asombradas por las huertas que sobresalen de los cercados, y algún anchurón con malvas reales y otras plantas veraniegas. En medio del poblado vemos un noble edificio de dos niveles, de buen sillar ocre, portal dovelado con anagrama de Cristo en la clave, y ventana sobre ella. Una *palaciana* rubia anda por la terraza adjunta:

- Dicen que es la casa más antigua del pueblo.

Hasta doce dueños dicen que tuvo la mansión, incluida una dueña de Bayona.

Cerca de la iglesia, dos casonas lucen la mampostería al aire y los arreglos y comodidades posteriores. En el extremo oriental encontramos otro casal de sillares. Sobre el portal dovelado con escudo en clave, fechado en 1561, una inscripción, ya muy deteriorada, nos recuerda que tal casa *hicieron hacer Fermín Ecay y María Olondris su mujer.* Baja la dueña, ya acostumbrada a que gente ociosa como nosotros le perturbe sus quehaceres o sus siestas. Amable y conversable, nos lleva hasta el patio interior, que tiene dentro un hórreo rústico y ya cubierto en la base. La parte alta fue antes palomar, y en la cavidad central hacen ahora su fecundo trabajo tres conejeras. La mansión enlazaba con otra por medio de un pasadizo alto que cruza la calle.

Hay libros, y hasta enciclopedias, que confunden alegremente este palacio con el de Ekay, del Valle de Arakil. Aunque la cosa no aparece clara, creo que el pueblo, y el título de asiento en Cortes, de los Eza y Gaztelu, Ruiz de Monreal, Gascón y Almoravid, Balanza, etc., fue aquél y no éste.

Pero la joya de Ecay, Valle de Lónguida, son las pinturas murales francogóticas del siglo XIV, bajo las cobijas de la maciza iglesia protogótica de San Martín, patrono apropiado de un pueblo caminero. Construida en la parte meridional del saliente, sobre un ezpondón con pinos, le rodea un atrio exterior donde crecen palmeras, rosales, dondiegos, durillos, malvas, llantenes y tréboles. Lástima esa ronda de cemento armado. Sobre la puerta arquivoltada aparece extrañamente el nombre del autor: *Enecus Michaelis d'Elicoa.*

El viajero estuvo aquí cuando el hallazgo, pero lo que ahora ve es cien veces más hermoso, removida la cal del ábside y de los muros, y quitado el retablo mayor barroco: la serie de San Martín -vida y milagros-, bajo esbeltas arquitecturas fingidas y sobre motivos geométricos, y ese San Cristobalón, desmesurado, en el muro norte; vivaz, como casi todos los personajes, a la par solemnes dentro de su holgadas vestiduras.

Los campos se soponcian bajo el directo y agresivo sol de la tarde. Desde la balconada del atrio de Ecay nadie diría que las naves del aserradero y los altos niveles de la fábrica, con su chimenea y tejas rojas, no siguen aún trabajando como en sus mejores tiempos. Viene detrás una espesa masa arbórea que acompaña al río y sobre ella destella la palomita audaz de una vieja ermita.

Para verlo todo descendemos por un carretil bordeando el regacho Gurpegui que, con el nombre del despoblado, nace en las entretelas de la sierra de Labia para ir bajando cómodamente hasta el Irati. La sierra de Gongolaz nos cierra el horizonte hacia el suroeste.

Junto a las naves vacías de la fábrica de muebles Irigoyen y Cía queda viva una casa a cuatro aguas, bien adornada, con farola en la esquina y huerta, donde vive un Irigoyen.

Lo que fue aserradero famoso es hoy un desvencijado casar con varios edificios-almacenes, unos destejados y otros no, maderamen a la intemperie y columnas de cemento. Algunos chopos y fresnos. En el edificio que fue central se cae a trozos el techo entre útiles, oxidados de metal y carcomidos de madera. En los buenos tiempos se obtenían aquí 12.000 kilos de carbón vegetal. Quedan los raíles de las vagonetas y las pesadas estructuras para la entrada de los troncos procedentes del bosque Irati.

Muy cerca del aserradero se yergue aún, bajo la enseña de ladrillo claro de la chimenea, el rico complejo de las destilerías y fábrica de productos químicos, de donde salían acetona, celuloide, éteres, vinagres, alcohol metílico, alquitrán, creosota y formol. Un bloque central, a cuatro aguas, entre dos cuerpos, más altos, en hastial, cubiertos de teja roja, y junto a ellos una larga nave de talleres, con los soportales de leño bastante bien conservados. Al otro lado de la vía del tren, El Irati, hoy camino ancho, quedan también en pie las edificaciones que albergaron otros servicios. El matorral lo unifica todo y va apoderán-

dose de todo. Hay bidones y otros trastos por el suelo. Huele a vinagre. Huele también en otros sitios a quemado, y hay huellas de incendio.

- Se quemó hace años el depósito de carbón -nos explica un paisano, que trabajó muchos años en el aserradero, y que detiene la bicicleta junto a nosotros.

Acá solían venir en aquellos tiempos los muchachos de la zona, cuando salían de la escuela. El recuerda bien los últimos propietarios y administradores: don fulanito y don menganito, y se lamenta de que todo esto haya terminado tan mal. Nos indica *la casa de los amos*, Sde tres plantas y aún de buen ver, con ladrillos en cadenas y vanos, postigos de verde desváido y balcones con balaustras curvadas y pintadas de blanco.

- De aquí arramblaron todo, hasta el material de la báscula -nos dice con ese plural impersonal, que se puede concretar de muchas maneras.

Quedan un corpulento cerezo y unos plátanos en lo que un día fue jardín, y otros cuatro de éstos últimos en lo que fue plazuela.

Domingo Elizondo Cajén (Aribe, 14-IX-1848 Pamplona, 13-X-1929), descubierto hace unos años por María Castiella, fue el autor y primer actor de todo este ambicioso proyecto. Su padre, Francisco, nacido en Villanueva de Aézkoa, fue un activo jefe de milicias anticarlistas. Domingo, hijo único, salió, a los 18 años, con el hatillo a hombros, desde el puerto de Bayona, hasta Argentina, donde trabajó como obrero portuario, pastor y maca de comercio. Con otros emigrantes aezkoanos fundó y presidió la próspera empresa ferretera El Ciervo, con sucursales hasta en París y Nueva York.

A causa de su mala salud retornó en 1901 a España. Fue socio de la empresa La Electra-Aoiz (1902) y presidente de su sucesora El Irati (1906), que explotaba el monte del mismo nombre, transportaba los troncos por el río de ese nombre hasta el aserradero de Ecay y, poco después (1911), por el tren -llamado como el monte y el río-, los diversos productos manufacturados hasta Pamplona. Algunos de sus paisanos, socios ya en Argentina -los Aróstegui, Anchorena, Chiquirrín, Morea. . . -, le ayudaron también en su etapa navarra, y luego se le unieron los Huici, Ortigosa, y otros empresarios radicados aquí.

De ideología liberal-demócrata, Elizondo se presentó en marzo de 1915 como candidato a diputado foral por el distrito de Aoiz, apoyado por conservadores, liberales, independientes y republicanos, y venció por trescientos votos. Pocos meses más tarde dimitió, al no ser aprobado por la corporación un proyecto de reforma de la misma (reglamento interior, sesiones públicas. . .), presentado junto con el diputado liberal Pedro Uranga. Como tantos de su especie, no sólo sintonizó con la Dictadura de Primo de Rivera, sino que ingresó nada menos que en la Unión Patriótica, seudo partido único del dictador. Homenajeado por todo el mundo, fue nombrado también hijo predilecto de Navarra. Declinó el título de marqués de Irati.

Vistas las ruinas de la fábrica, uno puede volver por el mismo carretil o subir por una senda campestre, entre ollagas y margas, hasta Ecay, pasando cerca de la fuente de piedra, entre un sotillo de chopos. O tener la suerte que tuvimos nosotros, de encontrar una paisana de Aoiz, andarina habitual y de muy gentil temperamento.

Nos hace volver sobre nuestros pasos y pasar el puente que salva las aguas del embalse que habíamos visto relucir de lejos.

Unos mocetes gritan y ríen, cimbrándose con una barca de goma, bajo la presa, en el cauce del Irati, cerca de donde el Gurpegui rinde sus aguas y se calla para siempre.

Aquí comienza el soto, que veíamos desde el pueblo, pero mucho más variado y espeso de lo que imaginábamos: chopos, álamos, arces, alisos, avellanos, fresnos de hoja ancha, saúcos, sauces, viburnos, olmos montanos, cerezos silvestres, labiérnagos, carrasquillas, cornejos, espinos albares. . . Un camino sombroso y sugerente, casi un ambulacro natural, parte de aquí y se interna en la foresta, parejo a la luminosa y sosegada lámina del río, sesteante y pando.

Bajo chopos y álamos altísimos y entre poderosos matorrales muestran los aros o llaves del año sus lindos macillos rojos y las dulcamaras sus suaves bayas, rojas también.

Bajamos y subimos entre regatos que bajan de los desaguaderos del embalse cercano. Hay también sitio para unos huertecillos, con alubias verdes y otras hortalizas, y hasta algunos perros. Unas pequeñas islas en el Irati, antes del restaño. La luz del sol hiriente sobre el regolfo del embalse deja ver hojas y espumas, restañadas como una orla gris amarillenta, y un tieso rodal de juncos.

Por un eriazo, que antes fue sembradío, y por otros tramos de soto llegamos al bullicio de aguas y niños que es el parque fluvial de Aoiz. Un matrimonio senior se sienta en un banco con mesa, sobre el suelo irregular de la chopera. Alrededor de otra, junto al río ríen unas mujeres jóvenes en traje de baño, con aires de ocas graciosas.

Dos montecillos pinosos completan el parque. El Irati llega decidido, yerdoso, mágico, y se bifurca entre el canal de las viejas almadías y la presa. Sobre el canal resisten aún, aherrumbradas, las compuertas.

La andarina agoísca, que nos acompaña hasta el aserradero, pasando esta vez por el puente de madera sobre el cuello del embalse, nos dice al despedirnos:

- ¿Y no se podría hacer algo con toda esta ruina?

Y nosotros nos preguntamos también si el posible parque fluvial Aoiz-Ecay, un conjunto de población que no hará más que crecer en los próximos años, y que llegaría hasta la desembocadura del Gurpegui, no debe aprovechar también, si es posible, lo que queda del histórico conjunto fabril de El Irati.

LA FOZ DE SANTA COLOMA

Aquel 2 de marzo de 1812 nevaba furiosamente en el norte y centro de Navarra.

El general napoleónico Caffarelli, que había venido unos días antes de Vitoria a Pamplona persiguiendo a los batallones 2º y 3º de la División de Navarra, mandada por Espoz y Mina, llegó el día 1 a Lumbier, con su columna de 4000 hombres, dispuesto a entrar en Navascués, donde había un hospital de sangre, y seguir hasta el Roncal.

El guerrillero navarro José Górriz, le aguardaba, a la mañana siguiente, en la foz y en el puente de Aspurz. Caffarelli, que había dejado el grueso de la tropa en el llano de Iso, cayó con la vanguardia en la trampa y después fue imposible conquistar las privilegiadas posiciones de los navarros. A las cinco de la tarde tuvo que ordenar el general la retirada, herido él mismo en un brazo y con 300 bajas sobre la nieve. A la foz de Aspurz la llamó con toda lógica bélica la Foz del Diablo. Los días siguientes, Navascués sufrió el habitual y feroz castigo de los liberadores soldados imperiales.

Partimos de una vieja gravera al lado del carretil que sube hasta Aspurz, en el término bien llamado El Verdijal. El Camino de Ososki rudamente pedregoso asciende lentamente entre bojes, espinos, quejigos, avellanos y algunas encinas.

Pasa el río Salazar ruidoso y terroso bajo una fronda de alisos, chopos, fresnos, sauces o cerezos silvestres. Bajo la foz de Aspurz, cuyo flanco violento, cortado y cóncavo, de materiales calizos y dolomíticos; alcanza los 60 metros de altura, con oquedades, repisas y hendiduras, donde se empecinan y perviven encinas, fresnos y otras austeras variedades. Líquenes ocres colorean la roca grisácea. Al otro lado del río dos grandes arcos rocosos, que quedaron separados por las aguas, se hunden en un bosque montano de pinos silvestres y de hayas. El término lleva el nombre de Foz de Pandelo y ahí comienza el monte de San Quirico.

La Vieja Venta al borde la carretera, color de tiempo, tapiada su puerta, aún mantiene el tejado a cuatro aguas y las cuatro paredes junto al cobertizo adjunto derrumbado.

El camino está húmedo. En las veras se suceden labiérnagos, cornejos, espinos, endrinos, ollagas, matorrales. Caminamos por el costado suroriental de Entrepeñas (762, 47 m.), de grandes rocas altas, con líquenes azuloscuros, donde anidan muchas golondrinas blancas, que van y vienen, seguras, bulliciosas, incesantes. Pasamos por encima o por medio de varias pedrizas pendientes y el camino se hace escurridizo y peligroso. Sobre nuestras cabezas pasan cables eléctricos, que llevan esa especie de lazos negros y rojos para la protección de las aves. Nos toca ahora bajar por terrenos de gayuba y lechetrezna, de orégano y escabiosas moradas.

Las orillas del río están llenas de arces, fresnos, alisos, sauces, a los que siguen por la ladera del monte aligustres, pinos, carrasquillas, durillos, madroños, algunas parras silvestres de uva, altos bojes, robustas encinas. Entrepeñas nos muestra ahora su tosca cara occidental.

Arrastra la regata, casi siempre seca en verano, las aguas locas que cayeron sin contención los últimos días. El astroso puentecillo, de cemento armado, tiene dos tajamares todavía briosos. En el cauce salen bojes y tamarices entre piedras, cascajos y grandes losas.

Nos metemos en una tupida y muy húmeda espesura cortada por un sendero, que sube y baja, a veces difícil de pasar, al pie del Ososki, cuya peña alcanza los 950 metros, en la estribación oriental del monte Idokorri, el gigante de la zona, que llega a los 1070,57. El cauce sigue siendo pedregoso y peñascoso, con muchos desniveles y hoyas. Robles, hayas, avellanos y viburnos son las especies mayores. Junto a las rocas brillan las bayas rojas del áspero rusco. Algunos ejemplares corpulentos de roble, forrados de musgo, exhiben su alta longevidad y parecen anunciarnos su cercano derrumbe.

En la ladera de enfrente vemos la boca de otra Cueva del Moro o Cueva de Ososki, utilizada esporádicamente como lugar de sepultura, y donde se han encontrado restos desde el Bronce Pleno hasta la época romana.

Hemos llegado a la hoz de Santa Coloma, foz desconocida más aún que la de Benasa, de grises rocas calizas, tajadas por las aguas y elementos de los siglos, almenadas a trozos, encaramadas de encinas y fresnos, coronadas de pinos. Orientadas hacia el E-SE miden 35 metros. El barranco sale del cañón muy recio y tenemos que descalzarnos y agarrarnos a unos garfíos de hierro clavados en la roca frontera para vadearlo sin dificultad. Dios y enhorabuena.

Es un deleitoso rincón. Líquenes grises y negruzcos manchan la roca mordida. Sauces de hoja ancha, bojes, pinos, juncos y matojos alegran las orillas de la poza, donde se disparan los renacuajos. El que quiera cantar aquí oirá multiplicada y muy mejorada su voz y repercusión.

¿De dónde viene este nombre de Santa Colomba o Columba? La joven y bella cordobesa, virgen contemplativa y mártir a manos del cadí de la capital califeña (año 853), tiene ermitas consagradas en Mendaza y Meoz, y algunos autores hablan de otra ermita dedicada a la misma santa en Navascués, pero sin dar más detalles. ¿Podía ser la

ermita o iglesia del vecino poblado llamado Burzanos o Egurzanos, que aparece en la lista de despoblados entre los años 1300 y 1366 y que ha dejado su nombre al río? Muchos años antes (1063), el llamado monasterio (monasteriolo) de Santa Colomba, fue donado al monasterio de Leire, y estaba situado, según las fuentes documentales, entre los términos de Napal y Ugarra y los de Artesano y Egurzanos.

Dejamos con pena la foz y el río. Y por un pasillo estrecho y empinado -llamado el Paso del Lobo-, que aprovecha el jabalí para acercarse al agua, dejamos las últimas escabrosidades de Entrepeñas y subimos hacia el pinar, en el término llamado El Bosque. Unas nubes oscuras apesadumbran el habitualmente sereno atardecer veraniego, y por el poniente unos cúmulos en cadena recorren una franja azul, azul cielo atardecido.

Ganada una cierta altura, vemos venir, por la val, casi en línea recta, al río Egurzanos o Burzanos, hilo de plata que el sol dora, casi paralelo al Camino de Napal y en el mismo límite septentrional del Idocorri. Al otro lado rebrilla el Solano de la Val, debajo de Los Montetes (762 m.), que a montes no deben de llegar. Cuando se apresta a doblarse hacia la Foz de Santa Colomba, el Egurzanos recibe el chorro del barranco La Pasada de Belóriz (o de la Val) que viene bajando, casi rectilíneo también, desde los montes de Adoain. A su vera discurre el llamado Camino de la Val. Y es que, debajo del Idocorri, anticlinal cabalgante, todo por aquí es valle (masculino o femenino, más lo segundo que lo primero).

La subida al collado es un poco penosa. Nuestros acompañantes son ahora robles, carrascas y chaparros. En la cima (729,5 m.), pinos, bojes, enebros y ollagas. Unas vacas royas pastan en un rasillo. Avanzamos hacia nuestro punto de partida por un camino incierto y lo hacemos tan cierto como podemos. Tenemos delante todo el mapa de Navascués, que el viajero ya describió en fechas precedentes.

Aspurz nos espera, descaradamente montado sobre La Peña. La senda se hace ahora barranco barroso. A boca de noche la perdemos irremediablemente.

Ya está ahí encima la luna, casi llena, con sus facciones casi pintureras. El Barranco Cerréncano, que se desliza desde los montes de Cerréncano Alto, lleva hoy agua bastante para que hayamos de saltar de una orilla resbaladiza a otra todavía más. Chopos, mimbreras, espinos y rosales silvestres bordean el regacho hasta su próximo desembuche en el Salazar, cabe la foz.

Se encienden las luces de Aspurz. Y una luz en la alquería, sita entre las boqueadas de los barrancos Cerréncano y Racas, rodeada de chopos, alisos y sauces. La alquería lleva como escudo natural unas parras, y sus postigos están pintados de verde. Verde es también el tractor aparcado junto al garaje debajo de la terraza abierta al sur.

ANTE EL PALACIO DE BARASOAIN

La neblina vela pudorosamente los costurones de las canteras de Alaiz. Chopos y saúcos acompañan el ruidoso discurrir del Cidacos tras el ejarbe. Pinos cerca de Mendivil. Se oxidó hace tiempo el hierro del puente del ferrocarril. Suaves nimbos cuelgan altos de cúmulos densos.

Barasoain, de lejos: torres y silo. El pueblo ha mejorado mucho de aspecto. Unos cómodos bancos de madera en la plaza. Bajo los árboles, unos pensamientos muy sentimentales nos seducen pronto en medio del jardín.

El palacio de los Azpilcueta, que ya quedó descrito en otra de las excursiones, cuando los centenarios (1492-1586), ha entrado también en los planes de conservación y restauración de los regidores de la villa. Unas losetas de cemento, de entre cuyos agujeros crece la hierba, adornan y protegen el espacio anterior a la fachada y dejan sitio a ocho robles jóvenes, que harán juego con la robustez y vigor de los sufridos sillares.

Al suroeste de la mansión, Juan Manuel Campos Mani ha esculpido al doctor navarro dentro de un bloque de piedra, curvado y estelado hacia el cielo: birrete universitario, ojos abiertos, nariz aguileña, mentón barbado. Donde podía estar su mano derecha, hay cinco manos, una sobre otra. ¿Las manos del profesor, del escritor, del consultor de obispos, papas y reyes? ¿O la expresión gráfica de esta curiosa leyenda *Regnum non regis* = *erria du agintea* = el poder es del pueblo? Mala y manipulada traducción. El *nafar irakaslea* (profesor navarro) por doctor navarro tampoco es un acierto que se diga.

Al otro lado del camino-carretera, cardos, ciapes, margaritas y malvas. Casas recientes, con terrazas. Jardincillos con bancos entre acacias. Acacias también y arces en la trasera del palacio. Alborotan los gorriones en los huecos de las viejas paredes.

Entrado el doctor en este palacio familiar, ya jubilado de su cátedra de Coimbra (1538-1555), doña Juana, princesa gobernadora que quiso en vano retenerle en la corte, le envió un correo directo para que regresara a Valladolid, a fin de nombrarle arzobispo de Santiago. Pero el doctor estaba muy enfermo, y contestó con humor que no podía acudir a la cita real por tener que acudir a otro tribunal más alto! Pero le quedaban aún muchos años de vida, que dedicó a estudiar y escribir al servicio de los reyes de España, de los papas, y especialmente en defensa del arzobispo de Toledo, el navarro fray Bartolomé de Carranza, en Valladolid, en Lisboa y, sobre todo en Roma (1567), donde murió en olor de santidad. El día en que trasladaron su cadáver a la iglesia de San Antonio de los Portugueses, el *popolino* devoto comenzó a cortar trozos de sus vestiduras para guardarlas como reliquias; tuvieron que llevar los restos al coro, para que no los destrozasen.

Aunque, a ruegos de Carranza, y por doble mandato de Felipe II, se hizo cargo de la defensa del arzobispo, las relaciones con el poderoso monarca comenzaron a agriarse cuando el doctor navarro,

para evitar irregularidades y bastardos intereses, pidió que la causa judicial se tramitara en Roma. Encarcelado brevemente en Valladolid, la animosidad real le persiguió en Roma y le cerró el paso al cardenalato.

Me habló por vez primera de todo esto, en la Salamanca donde Azpilcueta regentó varias cátedras durante catorce años (1524-1538), otro navarro ilustre, catedrático salmantino y excelente canonista, Tomás García Barberena. Ahora me llega un trabajo riguroso de Alfredo Floristán Imízcoz, uno de nuestros mejores historiadores de ese tiempo, que parece dejar por fin las cosas claras, todo lo claras que pueden ser.

Llegó el momento en que arreciaron las insidias contra aquel hombre libre y justo, que tantas veces había hecho justicia a unos y a otros. Le imputaban nada menos que el ser francés. Terrible recriminación en aquel año de 1566, un año antes de ir a Roma, cuando la reina de Navarra Juana de Albret, madre del futuro Enrique IV, convertida al calvinismo, andaba persiguiendo sañudamente a los católicos.

Felipe II, más taciturno y replegado que nunca, ni siquiera quiere recibir a su antiguo consejero. Entonces el canonista de Barasoain se anima a escribir un *Memorial* al rey, en el que suelta la tarabilla y responde a una pretendida falta de *afición para con mi rey y patria*, deshaciendo una a una aquellas pegajosas mentiras con varias entremetidas razones.

Cuatro años después, estando ya en Roma, redacta su Carta apologética, dirigida al duque de Albuquerque, virrey de Navarra de 1559 a 1564, en la que vuelve a defenderse de una incriminación semejante: que ha estudiado en Francia, que habla francés y que tiene afecto a ese país. Le acusan, además, de haber escrito que *el rey Felipe II ocupa injustamente Navarra*, y de que, siendo pariente del mariscal don Pedro, había ensalzado la actitud de los navarros exiliados con él a Francia en 1512, siguiendo a Juan de Albret, rey de Navarra. . .

Lo cierto es que Martín Azpilcueta estudiaba en Alcalá de Henares en 1512, y allí siguió estudiando Artes y Teología. Cuando

fue a Toulouse, tal vez en 1516, fue para doctorarse en derecho canónico y cesáreo o civil. Volvió a Navarra en 1523, mientras aún duraba el cerco de Fuenterrabía, e ingresó en la comunidad canonical de Roncesvalles, donde era prior Francisco de Navarra -recién retornado de Francia-, hermano del mariscal, que llegó a ser obispo de Ciudad Rodrigo y Badajoz, y arzobispo de Valencia. Había estudiado en París y en Salamanca, a donde envió al nuevo canónigo de Barasoain.

Según los dos testimonios escritos del doctor navarro, aunque tardíos y algo confusos, durante su estancia en Francia animó a sus compatriotas y parientes navarros exiliados -incluidos los dos hijos del mariscal don Pedro- a que volvieran a Navarra y a que *a la primera ocasión se pasasen al servicio de la Majestad Imperial*, porque ello *convendría a la religión cristiana, al interés público de Navarra, al suyo particular y al de sus parientes y adictos*.

Siendo de *idénticas ideas* que los *seguidores del mariscal*, su regreso *a España* y su traslado a Salamanca pudieron ser la mejor prueba de que *los Católicos Reyes retenían justamente a Navarra y podían servirles alistándose en sus filas*.

Nunca -continúa diciendo- había escrito que Felipe II ocupaba injustamente Navarra, y ni siquiera había tratado sobre la legitimidad de los títulos de los reyes de España en el reino navarro. Sostuvo, en cambio, tanto en Francia como en España, que los Católicos Reyes nunca dejarían el citado reino, porque de otro modo, *quedaría abierto el camino por los montes Pirineos para ocasionar los mayores daños a otros territorios de España*.

El 3 de enero de 1560 entró por Roncesvalles Isabel de Valois, hija del rey de Francia, y prometida de Felipe II. Pernoctó con su séquito en el palacio de los Azpilcueta. Le acompañó hasta la Colegiata su pariente Antonio de Borbón, duque de Vendôme, rey de Navarra por su matrimonio con Juana de Albret. El doctor navarro con-

venció, en su propia casa, *a muchos señores principales de su séquito, españoles y franceses*, que daban por descontada la pronta restitución del reino, que éste nunca sería devuelto, a la vez que les reprochó su imprudencia y falta de reflexión.

Azpilcueta no niega en su *Memorial* y *Carta apologética* haber aplaudido la decisión de los que, fieles a su juramento, se habían exiliado con los reyes navarros, pero tampoco condena a quienes obraron diversamente, *impulsados por motivos que ellos conocerían*. En ambos casos prevalecía la fidelidad prestada a un rey, incluida la fidelidad de los exiliados, leales después a Carlos I a partir de 1522-1524, como su prior de Roncesvalles o sus primos Jaso-Azpilcueta.

La conversión de la familia real navarra residente en Pau al calvinismo en la Navidad de 1560 le confirmó sin duda al piadoso doctor en sus decisiones.

Orgulloso de ser *navarro y cántabro*, y de tener como *patria* a Navarra, su lugar de origen, y como tal súbdito del rey Felipe II, su *rey natural*, era Martín de Azpilcueta un cosmopolita, que solía censurar las actitudes sectarias y egoístas que detestaban a los grupos distintos del propio, fueran portugueses, franceses, castellanos o navarros.

A nuestro extremoso Hermilio de Olóriz le dolía que Azpilcueta, la gran gloria navarra del siglo XVI, se considerara español! Teniéndolo por profundo sabio y admirable religioso, no le parecía, en cambio, que hubiera sido un ilustre patricio. Babayadas.

Para todos los sectarios sólo los suyos son patricios (descendientes de los primeros senadores romanos, nombrados por Rómulo); los demás son plebeyos. El reino no sólo no es del rey (*Regnum non regis*): el reino sólo es suyo.

JEAN IBARNEGARAY ("YBAR")

Revisando viejos papeles en Salamanca, encontré hace muchos años una copia de carta, escrita en la Asamblea Nacional de París, el 5 de febrero de 1932, al diputado vasco a Cortes españolas, José Antonio Aguirre, quien había agradecido cierta gestión llevada a cabo en favor de unos amigos detenidos en Francia y absueltos posteriormente.

El que firma es el diputado de Ultrapuertos, Jean de Ibarnégaray, alcalde de Uhart-Cize, quien aprovecha la ocasión para felicitar a sus colegas católicos por la labor que están haciendo en las Cortes Españolas *en horas tan difíciles y dolorosas.*

El patriota francés se muestra decidido partidario de una amplia descentralización de poderes bajo el signo del federalismo, del que estaban lejísimos en Francia, y se sentía esperanzado de cara al futuro: Si *l'Espagne le comprend, elle sortira grandie et forte de son épreuve de démocratie. Como Basque pour vous, comme Français pour elle, nul s'en réjouira plus que moi.*

Como ya lo conté en su día, siempre se encuentra el viajero, por cualquier parte que entre, con las imponentes y ya románticas ruinas del palacio de quien fue todo en la región, desde 1912 a 1945.

Lo que allí llaman *le chateau* (el castillo) se levantó sobre el emplazamiento de la antigua mansión de Argaba, cuyo sabio lema permanece aún en uno de los viejos sillares de la portada:

Lehen hala, orain hola,
gero ez jakin nola.
(antes, así; ahora, de este modo;
luego no se sabe cómo).

La tapia del jardín está desmoronada en varios puntos. Altas las yerbas e impenetrables las zarzas. Los tilos, arces, cedros, castaños, plátanos, chopos, siguen buscando el cielo alto, sitiados de yedras y matorrales.

En el palacete aúllan de soledad, abiertas o semiabiertas, algunas largas ventanas. Una lona, verde llovida, cubre una parte del techo hundido. Sobre la pirámide de pizarra de la torreta resiste un pararrayos. La puerta de madera que da a la carretera de Lasse está dislocada y rota, avasallada por los matojos.

Muy cerca, a la vera de la iglesia primitivamente gótica, se extiende el camposanto, encogido y recogido como un sayal de tierra bendita. Vése de sobra que el panteón principal, de piedra gris y tres cuerpos, es el de la familia Ibarnégaray. Las viejas flores ofrecidas yacen sequísimas, y sólo unas diminutas, blancas y rosadas, han rebrotado en una pequeña jardinera inferior.

El espacio más noble, frontero a la iglesia, registra la densa y varia biografía de Ibar, como todos les llamaban aquí: oficial de la cruz de honor; cruz de guerra; ex ministro: alcalde de Uhart-Cize; diputado de los Bajos Pirineos; presidente del Sindicato de Cisa; deportado en Alemania; presidente-fundador de la Federación Francesa de pelota vasca; miembro honorario del Parlamento.

Otros Ibarnégaray descansan junto a él: Alphonse (+1835), a quien está dedicado un crucero próximo, de arenisca roja; o Michel Albert, el padre de Jean, alcalde del municipio, muerto en 1920.

Da el reloj de la torre parroquial la hora, y se confunden las fechas, los nombres, los honores y los horrores. . . en un instante de beata eternidad

Cursó estudios secundarios (1894-1901) en el seminario menor de Larresore, donde estudiaban también otros niños que no aspiraban al sacerdocio. Cinco años después, a pesar de las protestas del pueblo y de todo el País, el gobierno laico y laicista mandaban cerrar el centro.

Estudió la carrera de derecho. Dotado de una fuerte personalidad y una formidable oratoria, fue elegido diputado por el Departamento de los Bajos Pirineos, distrito de Mauleón, capital histórica de Sola, en 1913. Hacía unos meses que era alcalde de su pueblo. Cuatro años más tarde, era secretario de la Asamblea Nacional.

Pudiendo liberarse de la guerra, no dudó en marchar al frente como voluntario. Un mal día, cuando el ejército francés retrocedía en las trincheras y las buenas gentes comenzaban a desesperar, el joven diputado vasco entró uniformado en el palacio Bourbon, y habló con tal vehemencia y ardor patrióticos a sus colegas de escaño, indicándoles el modo de recuperar el terreno perdido, que todos le ovacionaron. Nacía el mito Ibarnégaray.

En 1924, con el *Cartel des Gauches* (Agrupación de Izquierdas) en el gobierno, el diputado por Mauleón formó junto con el general De Castelnau y el P. Bergey un triunvirato de oradores, que recorrieron Francia defendiendo a la Iglesia y las tesis católicas frente al viejo anticlericalismo redivivo. ¿Podían ser desterrados otra vez los religiosos que habían vuelto a la Patria a defenderla contra el agresor alemán?

En 1936 contrajo matrimonio en París con la baronesa landesa Madame La Tour. Uhart-Cize tributó a su alcalde y a su esposa un recibimiento memorable. Los bolantes de la localidad bailaron en su honor sobre el estrado montado en la plaza del frontón.

Ese mismo año, Ibarnégaray logró uno de sus mayores éxitos electorales al derrotar olímpicamente al candidato del Frente Popular, triunfante en la mayor parte de Francia. El distrito de Mauleón fue una morrocotuda excepción: de los 13.522 votos emitidos, entre los 16.439 inscritos, Ybar se llevó 11.053.

Pronto el nuevo gobierno izquierdista disolvió los aguerrido grupos *Les Croix de feu* (las cruces de fuego), fundados por el coronel La Rocque, compuestos sobre todo por ex combatientes, cada día más numerosos y activos. El alcalde de Huarte era uno de sus más entusiastas adalides. De sus cenizas salió el *Parti Social Français*, partido antipartidos, al que se entregó con alma y vida el diputado católico vasco, amigo también de Franco y de Mola.

Señorial y autoritario, popular y elocuente, cada condecoración, fiesta o funeral de amigos y paisanos, siempre incondicionales, terminaba en un emotivo discurso de Ibarnégaray.

No sólo la política le había hecho conocido y hasta famoso. Además de buen pelotari a mano, campeón de Francia desde 1926 a 1928, hizo construir un frontón en París, unos años antes. Fundó la

Federación francesa de pelota vasca, y en 1929 la Federación Internacional de Pelota Vasca (F.I.P.B.), de la que fue nombrado presidente en 1945, y fue el alma de todo el intenso movimiento pelotazale del País Vasco, que tuvo en Huarte de Cisa punto de partida y llegada.

Por si algo faltara para completar su popularidad, Ybar fue un experto cazador y organizador de cacerías por todo el Pirineo. Poseía una bulliciosa jauría, bien conocida en el pueblo, y le encantaba ir de batida con sus muchos amigos y admiradores, los pocos días de descanso que le dejaba libres la política de París. No es, pues, de extrañar que fuera presidente del poderoso Sindicato de Cisa (montes y pastos) desde 1920 a 1945.

En junio de 1940, invadida Francia por las tropas de Hitler, fue nombrado ministro para la familia y los combatientes, en el gobierno de Paul Reynaud, el último de la III República, en el que De Gaulle fue subsecretario de Estado para la guerra. El futuro presidente de la V República quiso que el diputado vasco-francés lo acompañara a Londres, pero éste prefirió seguir al mariscal Petain, quien, siendo ya jefe de Estado en Vichy, y tras el armisticio con los alemanes, nombró a Ibarnégaray ministro para la familia, juventud y deportes. Fue el error de su vida.

A los tres meses sale del gabinete. No es un colaboracionista más. Pero no ha perdido la simpatía por el mariscal. Todavía en agosto de 1942 organiza en su municipio la tardía Fiesta de la Madre, en la que una coral canta, con la música de *Dama gazte xarmant bat*, una oda al héroe de Verdún. El general Lafont, petainista y jefe de los Scouts de Francia, entrega condecoraciones a las madres de familia numerosa.

Poco después, acusado de ayudar a la Resistencia, los alemanes le deportan al Tirol, donde permanece hasta el fin de la guerra.

En la hora del ajuste de cuentas, le destituyen de la alcadía de Uhart. En 1946 el tribunal que le juzga por traición le declara culpable de haber sido ministro de Pétain, pero anula la pena de prisión por sus actividades de resistente y su condición de deportado.

Cuando, al fin, puede presentarse, en 1953, a las elecciones municipales, es derrotado por vez primera desde 1912. Dos años más tarde, un joven democristiano, Jean Errecart, apóstol social, le deja fuera de juego también en Ultrapuertos, en las elecciones legislativas. No le queda sino morir, de cáncer y en París, en 1956.

J. B. Etcharren, al que debo buena parte de esta síntesis, me escribe que de Jean Ibarnégaray se puede decir lo que él mismo había dicho en el entierro del popular pelotari Chiquito de Cambó:

Se había retirado y vivía en la soledad, como el león herido se retira al desierto.

Pero al funeral, presidido por el obispo de Bayona, celebrado en el frontón de Uhart, asiste todo el mundo. Unos meses después, la Federación de pelota coloca la efigie de Ibar, con su perenne boina vasca, en el muro de la iglesia, cerca de su sepulcro.

Cuando los libros y periódicos olvidan o borran su nombre, un incendio está a punto de borrar también, el año 1970, el palacio de Uhart-Cize y el parque que lo rodea. El parque se salva. Pero me dicen que la vieja mansión tarde o temprano será demolida.

Paso ante la puerta principal, al borde de la carretera de San Juan a Pamplona. Alguien ha puesto a la entrada un pequeño vivero de plan-

tas y flores. No hay nadie. Sólo un gato toma el sol pirenaico arrimado a la caseta cerrada del antiguo guardián. Rebosan elegancia las lujosas quintas al otro lado de la carretera.

Nadie quizás tuvo en Francia tantos incondicionales como Ybar en su feudo electoral. Siguió la tradición patriótica, pero esta vez también católica, de su paisano el mariscal y senador Harispe y, hasta el traspiés final, fue el hombre más popularmente famoso de Ultrapuertos y de todo el País Vasco-Francés.

Sólo los árboles gigantescos de su jardín airean hoy su memoria.

POR GORRITI Y ARESO

Desde Huitzi se puede dar un buen paseo a pie hasta el pueblo vecino, bajo el númen protector del Guratz. O llegarse, como el viajero en un día ya lejano, por el monte, tras visitar Atzpírotz, ahora ya referencia de fama vial. O desviarse de la autopista, tras ver la torrecilla de la iglesia y el frontón cubierto de Gorriti, y meterse en uno de los dos restaurantes de este pueblo y, si es invierno, devorar lentamente el menú especial, nutricio y barato, de unas alubias rojas con berza, longaniza y morcilla negra, y el posterior chuletón de buey, con un pan crujiente y un vino cabal, de los muchos que tienen. El postre (*post rem*) es ya lo de menos, pero debiera aliviar y no recargar la digestión.

Si hoy Gorriti es nombre vinculado a la autovía entre Navarra y Guipúzcoa, durante muchos años lo estuvo a un castillo montado para defenderse de los guipuzcoanos (castellanos) y para vigilar pasos y caminos en la llamada *frontera de los malhechores*, especialmente desde que en 1200 Guipúzcoa se agregara a la Corona de Castilla.

Alguno de sus primeros alcaides se llamaron García Almoravid, Martín García de Eusa y Pedro Ximénez de Mirafuentes. En 1321 cayó por sorpresa en manos de los guipuzcoanos oñacinos, siendo recuperado al poco tiempo. En 1345 el castillo estaba tan mal, que *no avía logar do en cubierto podíes jazer el alcait*. Y si el alcaide no podía yacer, qué sería de los demás!

En 1427 sustituyó a Miguel López, señor de Eraso, su viuda doña Teresa de Zarauz, mujer de mucho cuajo, como *alcaytesa y tenedora* del castillo. Una precursora del protagonismo femenino sin cuota y hasta de puestos de mando en el ejército. Pero tuvo mala suerte porque, tres años más tarde, y a pesar de la colaboración de 50 varones, la pequeña fortaleza cayó en manos de los enemigos castellanos-guipuzcoanos, quienes incendiaron el poblado. Por ese motivo la reina doña Blanca de Navarra liberó al lugar de las contribuciones durante ocho años. En 1440 se hacía cargo de la defensa otro López, Juan López de Eraso, alcalde del Valle de Larraun.

Probablemente el castillo fue demolido por orden del cardenal regente Cisneros en 1516. La tradición local lo ubica en el mogote que sostiene ahora la ermita de Santa Bárbara.

Fantaseada por unos, ridiculizada y hasta negada por otros, parece cierto que tras la toma del castillo en 1321 por los oñacinos, que pasaron a cuchillo a todos sus defensores, el gobernador de Navarra, en nombre de Felipe el Largo, Ponz de Morentayna, vizconde d'Aulnay, montó una operación para recuperarlo. Hizo reunir una hueste numerosa -que algunos autores desaforados elevan a 20.000 y hasta a 70.000 hombres-, encabezada por los merinos de las Montañas, Juan López de Urroz, y de Tierra de Estella, el francés Dru de Saint Pol, e incluyó en las mesnadas a varios ricoshomes y gentes de concejos. *Ufanía espumosa*, llama nuestro Moret a la del cronista guipuzcoano Esteban de Garibay, cuando da la cifra más alta de navarros, mientras

reduce a 800 la de los guipuzcoanos peleantes.

No se contentaron, ni mucho menos, los navarros con recuperar la torre de Gorriti. Al decir de una antigua crónica, el vizconde Morentayna, chulángano y valentón, llegó a declarar que a los guipuzcoanos no sólo no había que darles nada, ni siquiera guardarles los fueros, sino venderles el sol por peso y medida.

Pero en vez de vender directamente el sol a sus belicosos vecinos, sus hombres remontaron los puertos de Urto y San Antón, se adueñaron de la villa guipuzcoana de Gaztelu, e incendiaron y asolaron -de suelo y no de sol- los campos y las casas de Berástegui y alrededores. Estaban a punto de entrar en el valle del Oria, cuando fueron sorprendidos en la encañada o desfiladero de Beotíbar por los soldados de Gil López de Oñaz, señor de Larrea, casi todos ellos de Tolosa, que les causaron un verdadero descalabro:

De Amasa sale Gil López / de Oña y de Larrea
al encuentro de Franceses / para lidiar en pelea,

comenzaba un viejo cantar.

Perecieron en la recia contienda, entre otros muchos navarros y franceses, el alférez del Reino, Martín de Oybar y dos de sus hijos: *Beotibar, Beotibar, hic diadutac de Oybar* (... me lo tienes a Martín de Aybar), cantaba un verso elegíaco.

La *bordon-dantza*, que se baila el día de San Juan en el prado de Iguerondo en Tolosa, una *ezpata-dantza* (baile de la espada) con muchas pértigas, parece recordar, al menos parcialmente, aquel sangriento lance. Y del legendario *espadín de Beotíbar,* que se lo llevó, en un audaz golpe de mano, antes incluso de que las tropas nacionales entrasen en la villa, el intrépido requeté navarro de Echarri Aranaz, Benedicto Barandalla, ya hablé en otra ocasión.

La primera noticia de esa batalla, fuera cual fuera su volumen, la encontramos en el *Poema de Alfonso XI*, cantar en cuarte-

tas octosilábicas sobre el reinado de Alfonso XI de Castilla, desde 1325, cuando fue declarado mayor de edad, hasta 1344, año de la toma de Algeciras, y terminado de componer por Rodrigo Yáñez cuatro años más tarde. El formador de la *Gran Crónica de Alfonso XI*, entre 1376 y 1379, amplificó los datos de la vieja *Crónica*, de Fernán Sánchez de Valladolid, con las más jugosas noticias del *Poema*, entre ellas la de Beotíbar.

Otro cantar en vascuence, muy posterior a los hechos (y que ha pasado para muchos como el poema euskérico más antiguo), aprovecha un proverbio común (*después de años mil/ vuelve el agua a su cubil*) para dar inicio a sus versos:

"Milla urte ygarota / ura vere videan/
Guipuzcoarroc sartu dira / Gazteluco echean/
Nafarroquin batu dira / Beotibarre pelean"

(Pasados mil años/ sigue su curso el agua/ Los guipuzcoanos entraron/ en la casa del Castillo/ y a los navarros encontraron/ en la pelea de Beotíbar). Otros traducen: los guipuzcoanos se han vuelto castellanos, o entraron en su casa de Castilla, pero Luis Michelena cree que ha de traducirse por: entraron en la casa de Gaztelu.

El activo escritor y poeta guipuzcoano Juan Venancio Araquistarin (1828-1906), registrador de la propiedad en Azpeitia y Tolosa, conservador y fuerista, colaborador de un periódico dirigido por Navarro Villoslada, y autor de la popularísima obra *Tradiciones Vasco-Cántabras* (1866), incluyó entre ellas la *Beotivar-co-Celaya* (El prado de Beotibar), una detalladísima descripción, donde no faltan los mencionados cantares, del combate en la encañada de Beotíbar, entre Berrobi y los molinos de Belaunza, y, según algunos historiadores, sirvió de molde a Sabino Arana para su temprano trabajo *Bizkaya por su independencia*.

En fin, por si algo faltase, Claudio de Otaegui (1826-1890), nacido en Cegama, maestro en Fuenterrabía, poeta, traductor y vascólogo, colaborador del príncipe Bonaparte, y que visitó varias veces la zona vasco-parlante de Navarra, incluido el valle de Izagaondoa, se animó a componer en 1882 una balada en euskara sobre el dichoso zafarran-

cho, pero dándola por mucho más antigua y propalando que la había copiado en su juventud de un manuscrito guardado por un amigo sacerdote. Como se le hacía demasiado áspero y contradictorio, siendo tan buen patriota vasco, enfrentar a navarros con guipuzcoanos, convirtió a los primeros en franceses, aprovechando que el rey de Navarra y su gobernador también lo eran entonces, y no pocos de los caballeros combatientes. Araquistain incluye toda la invención de Otaegui en el capítulo XXV de su novela *El Baso-Jaun de Etaumeta*, publicado en 1882.

¡Prados de Beotíbar, ayer sombríos y hoy tan alegres!
¡En los peñascos de Beotíbar, los franceses a nuestros pies!
Muy altivos entraron, no menos humildes salieron.

¡Gran capitán Oñaz, tuyas son nuestras vidas!

(Beotibarako zelaiak/ len illunak gaur alaiok...)

¿Nora zuaz, Oñaz jauna/ frantzes jende arengana?

(¿Dónde vas, señor de Oñaz, hacia la gente francesa?)

El poema termina en un verdadero himno patriótico vasco:

Los vascos serán siempre los primeros en los montes.
Quizás un día perezcan, pero nunca se someterán.

Y, por si no se entendiera bien:

La tierra vasca es nuestra porque Dios la dio a Aitor.
Mientras estos montes sigan en pie nunca tendrán otros dueños.
Aquí hemos nacido, aquí hemos de vivir.
Aquí dejaremos los huesos tras la muerte.

El caserío de Gorriti, a la vera oriental de la autovía, escala una breve loma a los pies de la ermita blanca de Santa Bárbara (853 m.), sobre la cima de una colina hayosa, que hace juego con otras que lo circundan por todos lados. Rebaños blancos y dispersos orlan, como collares rotos, las verdes y apacibles praderas de collados y umbrías.

En la cercana cordillera de las Malloas se apega alguna nieve a las serradas cornisas. Unos milanos revuelan, impertérritos, encima de la autovía.

El cementerio, en el extremo noroeste, muestra las flores de sus nichos altos, no lejos de una casona hace tiempo vacía, *Aitonea*, con el escudo del Valle que, al tradicional roble, atravesado al pie de su tronco por un lobo andante, añadió desde 1512 las armas reales de Navarra y Aragón.

En lo alto de la loma, la iglesia de San Bartolomé, que da nombre a la única calle, bien pavimentada, que recorre el casco urbanizado, con ciento veinte habitantes. Reedificada a comienzos del siglo XIX tras el incendio del lugar por los soldados franceses en la Guerra de la Convención, conserva de la anterior fábrica la portada del siglo XVII, bajo un pórtico con grandes losas en el suelo y grandes vigas de madera en el techo, o la talla renacentista, poco afortunada, del Patrono, cuchillo en mano (con el que le arrancaron la piel). En la puerta de madera con clavos de forja se fija un elegante deplegable, con los *Hamar kontseilu berrerospenaren jubileua ongi ospatzeko* (Diez consejos para celebrar el Jubileo de la Redención).

Una casa contigua a la iglesia, que lleva el viejo número 21, luce un reloj de sol de piedra y la vieja inscripción *Barrio de San Bartolomé*. Y en la pared baja, una descolorida pintada mucho más reciente: *Intsumisioa*. Tras el templo, una de las tres viviendas parejas de dos plantas, casa *Miquelena*, lleva grabada en el dintel de piedra la leyen-

da: *Ave Marya Pursima-Esta casa me fecit año 1773*. Otras, repartidas por todo el pueblo llevan leyendas similares y algunas cruces. Como la más oriental del pueblo, Jaureguia, reedificada en 1771. También la próxima Antorena, 1736, ahora almacén de heno y otros menesteres, ostenta un bello escudo con las armas del Valle de Larraun y de Guipúzcoa, entre ellas los doce cañones de Velate.

En el límite nordeste del poblado, donde comienza/termina la carretera vieja de Huitzi, se alza un soberbio frontón semi cerrado, llamado Sorogain, que lleva fecha de 1994 y hace de plaza social y deportiva del lugar. Alrededor de él se han levantado o restaurado del todo media docena de casas, algunas en formas de nuevos chalés, con sus huertos tradicionales y sus nuevos jardines. Hacia el norte hay varias granjas o corrales de ovejas.

Una señora quema unas hierbas secas en el huerto. Casi todas las casas lo tienen cerca. Ahora con cebollas, cebollinos, algunos cardos, algún pequeño invernadero, útiles agrícolas, y berzas sobre todo. Casi todas las casas tienen también la rampa que lleva a la puerta lateral del granero o almacén. Pilas de leña partida junto a las puertas. En dos fachadas se anuncia *auténtico* (bakarra) *queso de oveja de Gorriti*. Pasan varios tractores llevando heno o estiércol, llenando de olor saludable el espacio. Poca gente en la calle. Ya nos ha dicho la dueña joven del restaurante:

- En invierno estamos cuatro gatos. Hay muchas casas cerradas.

Las viviendas, mayormente con la fachada en hastial, suelen tener tres niveles, con excepción de la señorial *Petrenea*, que tiene cuatro. En la parte sur, contigua a la nueva *casa rural*, da al sol una bella mansión con escudo y balcones de forja, pintadas de verde oscuro ventanas y contraventanas, y un amplio jardín con fresnos, plátanos, abetos... Salimos por junto a la *Erreimentenea* (casa del herrero), que por el flanco sur tiene tan gran prestancia, con las cuadras en la parte inferior. Ya cerca de las dos últimas casas, cerca del paso a la autovía, hay un alboroto de pájaros en los fresnos desnudos de la vaguadilla.

Viniendo desde Gorriti por la autovía, lo primero que se ven son los caseríos altos de la villa de Areso y los dispersos por los alrededores. Bajo el faldón del Ulízar (868 m.), una torre barroquizante y coqueta atalaya la cuesta en torno a la que busca acomodo el poblado, incendiado también por aquellos bestiones de convencionales franceses. Hacía poco que la villa se había separado de la común jurisdicción de la alcaldía con Leitza, llamada Leizarán.

Lugar fronterizo más que ninguno, tuvo que sufrir lo suyo muchos años antes, en las guerras banderizas y fronterizas del siglo XV. En 1444 fue asolado por los guipuzcoanos, por lo que don Carlos, Príncipe de Viana y lugarteniente general del Reino, eximió al vecindario de pagar cuarteles durante treinta años. Nadie recuerda ya el castillo, pero debió de estar en la parte mejor dispuesta para la defensa y la vigilancia del burgo.

Entramos bajo el arco circular del puente, siguiendo el curso de la bonancible regata de Machain, que, entre fresnos, avellanos y algunos cedros, baja desde el Guratz y rinde sus aguas al Leitzarán.

Nada más pasar las primeras casas, un letrero bajo el escudo de la villa -un león de plata- nos saluda: *Ongi etorri. Areso ere euskaraz.* ¿Sólo se saluda a los que hablan euskara? No estaría mal, santo cielo, que se diera también la bienvenida a todos los que llegan, hablen lo que quieran.

Las fachadas en hastial se miran unas a otras en la llamada carretera de la iglesia, donde están el centro escolar, con la inscripción de homenaje al mecenas local Domingo Nazábal Aranalde, y el parque infantil *Toki Txiki* hasta llegar al gran casón consistorial con tres plantas exhuberantemente balconadas, que acaba de ser reformada por dentro. Debajo está el viejo rebote de losa gris y el crecido yerbín, con gradas a los lados, como en tantos pueblos de la Montaña, donde se jugaba a lo largo. Hace tiempo que se le añadió una pared lateral, ahora pintada de verde, y se encementó el suelo de la cancha.

Entre la regata y la carretera está el barrio interior, *o Elbarren*, con casas de piedra caliza gris, enlucidas o sin enlucir, a dos aguas, con tejados rojos, muchas de ellas muy recientes.

La parte central de la cuesta la ocupan, como en Gorriti y otros pueblos similares, unos prados con cercas, sólo interrumpidos por la casa propietaria. El carretil sube hasta la iglesia, acompañada sólo de la vieja casa vicarial –*Eche Curia*-, hoy vacía, en la cúspide del repecho. Sólo más alto está el escarpado cementerio, construido en 1906.

En la fábrica parroquial barroca, remodelada tras el incendio sacrílego, sobresale el pórtico de cuatro arcadas de medio punto y la torre maciza, recrecida en este siglo con un cuerpo de campanas, que lleva balcones sobre ménsulas y cubiertas en las grietas. Una placa en el atrio recuerda a los cinco hijos del pueblo *caídos por Dios y por España*, dos de ellos los hermanos Caballero Marzol.

Al flanco sur oriental del templo, se allana como puede el barrio *Elgoyen*. Desde aquí aparece la estampa completa de la villa queriendo emerger del vallecico del Machain, entre los montes Ulizar, Sacolo, Belacu, Eluxeder y Meru, con sus mantones de hayas, capuchones de pinos y abetos, y cinturones de fresnos. Baja hasta aquí el fragor amortiguado y aturdido de la autovía.

La villa, agrícola y sobre todo ganadera, de producción mixta, tiene una elevada proporción de terrenos comunales, que abarcan todo el monte maderable y buen parte de los cultivos forrajeros.

Pero la tradición industrial de comienzos de siglo, de chapas de hierro, telares y ferrería, no se ha interrumpido, sino crecido y asegurado en los últimos años, sobre todo con la creación del polígono industrial de Eluxeder, tan discreto como activo: talleres, embalajes, distribuciones, piezas de herramienta, máquinas mandriladoras...

Sumemos a todo esto, por si no lo sabe el lector, que Areso cuenta con el mejor equipo de *soka-tira* de España.

Y pronto de Europa.

NOVIEMBRE, MES DE LOS DIFUNTOS

La creencia en una vida más allá de la muerte parece estar sugerida desde los tiempos albares por el uso del ocre rojo, sustitutivo ritual de la sangre y por ello símbolo de la vida. La costumbre de espolvorear con esa sustancia los cadáveres fue una práctica universal.

En el paleolítico superior se generaliza la inhumación de los muertos en fosas, dentro o fuera de las cuevas, entre objetos de adorno: conchas, perlas, colgantes, ostras, jade, pendientes... Las conchas eran símbolos de vida y vigor; eran los *huesos de los dioses*. Es posible que los cráneos y otros restos óseos de animales -cuernos, mandíbulas, etc.- sean restos de banquetes rituales cuando no de ofrendas.

La presencia de objetos personales, desde utensilios de sílex a bastones de mando, parecen apoyar la hipótesis de la creencia en la continuidad de la vida, lo que confirman los enterramientos en muchos pueblos primitivos de nuestro tiempo, y hasta en nuestra misma sociedad occidental. Los cuerpos suelen estar orientados hacia la salida del sol y a veces en posición fetal.

Andando el tiempo, en los ricos yacimientos del arte rupestre del Levante hispánico se representan los antepasados en lugares escondidos, donde quizás se rinde culto a sus espíritus, en forma de sig-

nos astrales, circulares o radiógenos: los difuntos convertidos en estrellas o constelaciones que ejercen influjo en los destinos humanos.

Los primeros enterramientos conocidos en Navarra datan del neolítico y de la edad del bronce. Además de las cuevas con importantes ajuares descubiertos en Arraiz, Alsasua, Urbiola, Abaurrea Alta, Aspurz, Navascués o Bigüezal, los *dólmenes* -sepulcros colectivos- se extienden por la montaña navarra y tienen su límite sureño en Viana, Cirauqui y Artajona.

Debían de tener ya aquellos grupos humanos una fuerte cohesión familiar y social, capaz de construir sepulcros como moradas para la eternidad, cubiertos y protegidos por túmulos de tierra y piedra. Las perforaciones de algunas losas pueden considerarse como "agujeros de almas", salidas para el espíritu de los difuntos.

Según muchos sabios, los *menhires -piedras masculinas* frente a las *femeninas* de los dólmenes-, que no hay que confundir con los límites de los pastizales, son guardianes de sepulturas; protegen contra alimañas y rapiñas, y sobre todo contra la muerte. En ellos descansan las almas de los muertos, pintadas como pájaros en ciertos obeliscos y columnas. Una de las varias teorías sostiene que el menhir es el antecedente de la estela.

Las necrópolis de La Atalaya, en Cortes (más de 2.000 tumbas), La Torraza en Valtierra, y El Castejón de Arguedas, son ejemplos de la llamada cultura centroeurpea de los *campos de urnas*, donde se depositan las cenizas de los muertos. Coetáneos de los mismos son los *crómlechs*, círculos amplios de piedras sueltas, hundidas en tierra, que contienen en el centro cenizas y un pequeño ajuar, pertenecientes probablemente a gentes pobres dedicadas al pastoreo.

En Bretaña, Portugal o sureste de Hispania, aparecen símbolos solares, que representan la vida, o ciervos que significan la fertilidad. En La Custodia (Viana) el caballo solo o con jinete, grabados en la piedra, parecen simbolizar, igual que en el resto de la Península y del Continente, la inmortalidad y la apoteosis (ecuestre) del difunto.

Entre los pueblos más arcaicos de la India central, el hijo o heredero del muerto depositaba junto a la tumba o a cierta distancia una enorme piedra de hasta tres metros de altura. Tenía como misión *fijar* el alma del difunto y servirle de morada provisional cerca de los vivos. Esto le permitía influir en la fertilidad de los campos y le impedía errar por ahí y hacerse peligrosa.

Cuando la muerte era violenta -por rayo, serpiente, tigre...- se erigía el monumento sobre el mismo sitio del accidente. Solían, otras veces, amontonar piedras sobre el mismo lugar por el descanso del alma arrebatada, costumbre que pervive aún, incluso en Europa, arrojando piedras sobre el cantizal (*el muerto*) o arrodillándose-santiguándose al pasar junto a él.

La piedra funeraria se convierte de ese modo en protectora de la vida frente a la muerte, lo mismo que en nuestra cultura megalítica. El alma mora en la piedra como en su casa. El megalito -y la estela, en su caso- protege a los vivos de las posibles malas acciones del muerto.

En no pocas áreas culturales del mundo esas piedras -*piedras de amor o de matrimonio*- son instrumentos de fecundación de campos y de mujeres. Éstas acceden a ellas con ritos variados, pero siempre significadores de la búsqueda de fertilidad.

Durante siglos -y también hoy mismo- los muertos han sido los granos enterrados en la matriz telúrica, que esperan su vuelta a la vida bajo una nueva forma. Por eso se acercan a los vivos en las llamadas fiestas de la feracidad, cuando las fuerzas genesíacas de la naturaleza y de la sociedad son invocadas, desencadenadas, exarcebadas por los ritos, por la opulencia, por la orgía, que los muertos necesitan para compensar su escasez de potencia vital.

El banquete es un momento clave para concentrar la energía. Antiguamente se celebraba junto a la tumba misma, y solían mezclarse ritos funerarios, gastronómicos y nupciales.

Jul-solsticio de invierno- era la fiesta de los muertos en los países nórdicos; de los muertos y, al mismo tiempo, de la fertilidad y de la vida, celebrada con festines, bodas y cuidado de tumbas. El árbol de *Jul* figura tanto en las celebraciones de bodas como de funerales. Antaño San Miguel (29 de septiembre) era la fiesta de los muertos y de la siega en todo el centro y norte de Europa. En Suecia y en China, por ejemplo, las mujeres eran enterradas con el traje nupcial.

Los vivos necesitan, a su vez, de los muertos para defender sus siembras y proteger sus cultivos. La Tierra Madre o la Gran Diosa fecunda controlan por igual el destino de la sembradura y de los muertos sembrados en tierra. El agricultor se dirige a ellos para que bendigan y apoyen sus trabajos.

El viejo Hipócrates sostenía que los espíritus hacen crecer y germinar las semillas. En el norte de Europa, además de enterrar en el campo de labor huesos o tierra del cementerio, se ofrecían sacrificios a los muertos, al comenzar la sementera, para que cuidaran y protegieran el crecimiento y la recolección.

Lento, el arado paralelamente
abría el haza oscura, y la sencilla
mano abierta dejaba la semilla
en su entraña partida honradamente.

Con frecuencia las divinidades de la fertilidad se convierten en divinidades funerarias.

Hermes (Mercurio) es el dios de los caminos, y de los ganados, y guía, a la par, las *almas y sombras de los difuntos* (Iliada). Deméter, la *madre de los cereales*, es también símbolo de inmortalidad. Su hija Coré o Perséfone (Proserpina) protege la vegetación y reina a la vez en los infiernos, etc.

Fuera del ámbito helénico-romano, Odín, un dios funerario germánico, jefe de la *caza furiosa* de las almas que no encuentran reposo, se apropia de muchos ritos agrarios, de modo que es difícil saber si un espíritu en forma de animal representa una fuerza telúrico-vegetal o las almas que han dejado de existir. Muerte y renacimiento se entreveran y son sólo momentos de una misma realidad transhumana.

La fusión de los dos cultos se inició en el norte de Europa y en China, y alcanzó su síntesis definitiva durante el segundo milenio en el mundo egeo-asiático, haciendo posible el florecimiento de los Misterios en el mundo helénico-romano: Misterio de Eleusis, Cibeles y Athis, Isis y Osiris, Adonis, Mitra, Dionisos...

Casi todo en el mundo de las religiones, de los cultos, de los símbolos, ha sido común y universal. Acaso algunos pueblos añadieron algunos trazos locales, pero desde el paleolítico-neolítico hasta hoy la simbología agrario-funeraria en las artes decorativas, escultura, pintura, literatura... tiene pocos secretos.

El sol, como rueda o como rosa, va unido con las ideas de ultratumba. La luna es el primer muerto, el país de los muertos, la señora de los muertos también:

Por el cielo va la luna
con un niño de la mano...,

canta Federico García Lorca.

Las estrellas representan a veces al difunto heroicizado. Los círculos: las almas en torno a la luna.

La vid, en las culturas mediterráneas, es la inmortalidad, igual que la hiedra, el ciprés, el pino, o el acanto. El laurel, la victoria sobre la muerte.

El toro y la vaca -ésta, conexa con la luna-, símbolos de fuerza fecundadora o fecunda, están vinculados asimismo a la inmortalidad. También el pavo real. El ciervo y el caballo dicen relación a cultos solares. La paloma, que suele picotear racimos de uva, simboliza el alma del difunto, así como muchas otras aves. Al gallo le va como de molde significar la resurrección.

Los cirios y velas de nuestras sepulturas traen un origen remotísimo: ofrendas a las divinidades del mundo subterráneo y de la tierra cultivada. Entre nosotros, alumbraban las almas de los difuntos.

Unidas a la luz de la sepultura, estaban las abejas, que fabricaban la cera de las luminarias. Cuando moría el dueño o la dueña en algunos pueblos de la montaña navarra, alguien de la familia iba a las colmenas y con el puño cerrado las golpeaba suavemente:

¡Erliak! Etxeko nausie il da. Argizeri intzazue, berei argitzeko (Abejas, vuestro amo ha muerto. Haced cera para alumbrarle.

Y junto a las luces, los panes. Hasta los años sesenta, en los funerales de nuestras parroquias la familia del difunto dejaba un pan o más de uno en el saco o canasta del monaguillo o en la sacristía, al que

se añadía a veces otras delicias caseras, también café con leche (en los entierros de segunda y de primera). En algunos sitios la familia del difunto llevaba la *oblata, olata u olatara* durante varios días o meses.

El carnero llano (*txikiru*), que hasta comienzos de siglo, en algunos pueblos navarros, iba en la conducción detrás del féretro y después se quedaba en la casa cural, era otro resto de ritos ancestrales, vinculado, como se sabe, a la tradición agraria-funeraria de nuestros primitivos antepasados.

Al mes noveno del año (cuando éste comenzaba en marzo) llamaron los romanos *novi-embre*, y lo pusieron bajo el patrocinio de Diana, diosa italiota de la naturaleza salvaje, de la caza y de la fecundidad. Más climáticos que mitómanos, los revolucionarios franceses lo incluyeron en sus meses de Brumario y Frimario.

La Iglesia Católica Romana, conocedora directa de la vieja coyunda entre el culto a los difuntos y la tierra sembradía, dedicó sabiamente el mes a *las almas de los fieles difuntos*, que comienza por la fiesta universal de todos los santos. Desde la predicación apostólica, la metáfora de la sembradura se aplica directamente a la muerte-resurrección:

"*Lo que tú siembras* -dice san Pablo en la I Carta a los de Corinto- *no revive, si no muere. Y lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar, sino un simple grano de trigo, por ejemplo, o de alguna otra planta. Y Dios le da un cuerpo a su voluntad: a cada semilla un cuerpo peculiar* (espermátum ídion sóma)".

A la metáfora agrícola de la muerte como siembra se unía, con naturalidad, la de la muerte recolectora y segadora. Sancho Panza, que casi todo lo debía a la doctrina del cura de su pueblo, cuando habla en cierta ocasión con don Quijote de la muerte, a la que llama *la descarnada*, da una versión popular y pintoresca de su actuación:

Tiene esta señora más de poder que de melindre, no es nada asquerosa; de todo come y a todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que a todas horas siega, y corta así la seca como la verde yerba; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta.

Los himnos y los símbolos litúrgicos se refieren, más bien, a la primavera y a la recolección final:

Dejad que el grano se muera
y venga el tiempo oportuno:
dará cien granos por uno
la espiga de primavera.
Mirad que es grata la espera
cuando los signos son ciertos;
tened los ojos abiertos
y el corazón levantado:
si Cristo ha resucitado,
resucitarán los muertos.

En noviembre, desnudo mes de los difuntos.

MARIANO LARUMBE, EL CARLISTA DE LAS TRES GUERRAS

Nos relató su vida, con vigor y rigor, el historiador navarro Javier Larráyoz Zarranz, quien lo calificó de *El Quijote navarro*, y nos la completó, con la edición de sus cartas, desde 1863 hasta el fin de su vida, José María Recondo.

Este personaje, verdaderamente quijotesco, fue Juan Pascual Mariano de Larumbe, hijo de Antonio, natural de Ichaso, y de Josefa Antonia de Arrarás, natural de Goizueta, nació en Lecumberri el 25 de marzo de 1815. Sus padres, muy católicos y naturalmente euskaldunes, le enseñaron el *Kristau-ikas-bidea* y las devociones fundamentales.

El año 1822, cuando Marianico tenía siete años, pudo ver el triunfal recibimiento que le hacían en su pueblo al general Vicente Genaro de Quesada, quien, procedente de Francia, había entrado en España el 22 de junio, junto con los cabecillas realistas navarros, el capitán de Aguilar de Codés, Juan Bautista Guergué; el teniente coronel, Santos Ladrón de Guevara, retirado en Lumbier, y el abad de Barasoain, José Joaquín Mélida. La Junta Realista de Navarra nombró a Quesada, el futuro rival de Zumalacárregui, comandante general del Ejército Real de Navarra.

El 29 de septiembre de 1833 moría el rey Fernando VII. Marianico ya es un mozo de 18 años que, además de los años de escuela, ha dado clases particulares con el maestro del lugar. Es uno de los muchos mozos navarros que se alistan en las juveniles y decididas tropas del rey don Carlos V:

Aurrera, mutilak,
txapela gorriak...

El coronel guipuzcoano Tomás Zumalacárregui, que ha hecho la guerra realista y sirve en la plaza de Pamplona, ha huido de la ciudad la noche del 2 de noviembre, tras el fusilamiento de Santos Ladrón, para ponerse al frente de los leales, como comandante general.

Navarros –suena la proclama del *tío Tomás* antes de la batalla de Nazar y Asarta-, *hoy es preciso que renazcan los laureles que en tantas victorias habéis recogido. Sea el sepulcro de los impíos este suelo regado con su sangre. Vale más no existir que existir llevando escrito en la frente el baldón de la cobardía. (...) Nuestra patria, madre de tantos valientes, espera la libertad de vuestras bayonetas. No merecerán el nombre de navarros, si no se la dais. ¡Viva Carlos V!.*

Fue el 29 de diciembre, día del bautismo de fuego de Mariano Larumbe. Meses más tarde estaba en el Batallón de Guías de Navarra, la tropa selecta y preferida por Zumalacárregui, con el que toma parte en la batalla de Viana contra Carandolet, en la de Alegría de Alava, frente a O'Doyle, o en las de Mendaza y Arquijas. Ya ascendido a oficial, pelea el 2 de enero de 1835 en Ormaiztegui contra Carratalá, Jauregui, Lorenzo y Espartero. En abril está en las Améscoas, siguiendo la exitosa campaña de su jefe contra Valdés, y dos meses más tarde lo encontramos en el sitio de Bilbao.

A la primera y segunda Compañía del Batallón de Guías les tocaba entrar en la capital. Los cien primeros que entrasen recibirían una onza de oro y, en caso de heridas graves o de muerte en campaña, sus familias serían atendidas. El día 14 de junio se aplazó por falta de municiones. Al día siguiente caía herido el general Tomás Zumalacárregui, el hombre clave de los ejércitos del pretendiente don

Carlos. Los aguerridos voluntarios estaban dispuestos, con onzas o sin onzas, a entrar en Bilbao: *Iremos aunque el infierno esté delante de nosotros*, pero el rey se opuso.

Larumbe continuó la campaña en el Alto Aragón y en Cataluña. Cuando pasó a Francia, terminada ya la guerra, tenía el grado de capitán. Transcurridos unos años de exilio, volvió a Lecumberri.

Tras la abdicación de don Carlos en su hijo Carlos Luis, conde de Montemolín, el 18 de mayo de 1845, y tras la huida de éste de Bourgues a Londres en septiembre de 1846, se sublevaron los matiners (madrugadores) de Benito Tristany en Cataluña, y la sublevación se extendió luego por Aragón y el Maestrazgo, al mando de Cabrera. Pero éste tuvo que internarse en Francia el 25 de abril de 1849, tras ser detenido el nuevo rey carlista, al intentar pasar la frontera.

Fusilado el 2 de julio de 1848 en Zaldivia el comandante general carlista de Guipúzcoa, brigadier Joaquín Alzáa, el general Elío lanza una proclama desde suelo francés llamando a conservar la santa Religión, proteger el trono, asegurar los fueros y privilegios del país, y *establecer y consolidar el orden, la justicia y la libertad bien entendida*. Navarra se llena de partidas –o de gavillas, como entonces se decía- de voluntarios, pero esta vez no tuvieron suerte. Para el 1 de agosto la insurrección estaba totalmente liquidada, y la mayoría de los levantados en armas fueron fusilados, se presentaron a indulto, o se internaron en Francia, como Larumbe.

En enero de 1849 una partida de unos 400 hombres, mandada por el comandante Epifanio Soto, el cura de Allo y el teniente coronel Emeterio Iturmendi, aparece por Lecumberri e Irurzun. El capitán Larumbe, que viene con ellos, se encarga de proteger a la Junta de Intendencia constituida en su pueblo natal y a la vez de recoger a los dispersos y fugitivos. Los hombres de la partida asaltaron el correo-

diligencia Pamplona-San Sebastián, escoltado por carabineros, e interceptaron el correo de Salazar y Roncal, apoderándose de armas y caballos.

Pero tras el bando del capitán general, el ex carlista Urbiztondo, declarando el estado de excepción, *el primer batallón del Ejército Real de Navarra*, con hombres armados a veces con palos y cuchillos, fue derrotado en el valle de la Solana y en Lecumberri. Iturmendi se entregó en Estella después de que algunos de sus fieles, hechos prisioneros, fueran fusilados. Acompañado de unos sesenta de sus oficiales y mandos, fue embarcado en Valencia camino del destierro en Ultramar. La última acción desesperada fue la de Peñaplata (Zugarramurdi), el 6 de febrero de ese año, cinco días después de que el jefe de la partida supérstite, Gabriel Recalde, de Monreal, fuera pasado por las armas en los glacis de la ciudadela de Pamplona.

El capitán Mariano Larumbe tuvo más suerte: dio con sus huesos en los calabozos de la ciudadela, de los que le sacó la generosa amnistía otorgada por Narváez el 8 de junio de 1849, a la que se acogieron muchos carlistas y republicanos, que, por cierto, habían luchado juntos en varias ocasiones en los últimos años.

Ascendido a comandante por méritos bien merecidos, Larumbe cruzó de nuevo la frontera francesa, pero volvió poco después. Terminó sus estudios primarios en Pamplona con profesores privados y casó luego, ya talludito y curtido en la vida, con Josefa Goyeneche y Anchorena, natural de Azpilcueta, el de febrero de 1853, en la parroquia de San Nicolás, de Pamplona. Alguno de sus muchos y buenos amigos le llevó luego a la administración de las minas de Hiendelaencina, en la provincia de Madrid.

El 10 de marzo de 1855 moría Carlos VI en Trieste. Reunida la flor y nata del Tradicionalismo español en la ciudad adriática, determinaron levantar bandera por la Religión y el Orden. Don Mariano

Larumbe recibió la orden de presentarse en Francia, donde los responsables de la Junta Carlista de Guerra le entregaron 3.000 pesetas y el encargo de organizar un levantamiento con los obreros de su empresa minera.

Pero aquello no era Lecumberri, ni el Valle de Larraun, ni Navarra. Hubo pequeñas y cortas acciones en varios lugares de España, y el intento de una nueva sublevación en la ciudadela de Pamplona, que terminó en fugas a Francia y en varios fusilamientos. Tampoco la partida de ochenta hombres, levantada en Huarte y alrededores por Fermín Iribarren, ex gobernador de Urdax, tuvo más suerte, y por el valle de Erro y Alduides se internó en Francia, sin que pudiera impedirlo el grupo de voluntarios de Mezquíriz que les esperaban con su párroco Veremundo Crispín Galar. El coronel isabelino Miguel Sanz dispersó, meses más tarde, otra columna de levantiscos.

Mariano Larumbe, viendo fracasado su intento, vínose a Navarra. Buen conocedor de los pasos fronterizos, se disfrazó de arriero, repasó la muga e hizo allí buenas migas con Iribarren y Galar. Fue ascendido a teniente coronel y se le encomendó, a longe, la jefatura militar de la Provincia de Avila.

El 2 de febrero del año 1866, por encargo de la XV duquesa de Villahermosa, doña María del Carmen Azlor de Aragón e Idiáquez, *propietaria del castillo y estados de Javier*, que acababa de contraer matrimonio con don José Manuel Goyeneche y Gamio, conde de Guaqui, tomó posesión don Mariano Larumbe de aquella administración. Seguramente el conde conoció al carlista de Lecumberri cuando éste administraba las minas de Hiendelancina, en la provincia de Madrid. Y a Javier que se fueron el aguerrido teniente coronel y la *echecoandre* doña Josefa con el pequeño Joaquín, a quien siempre llamaron Joaquinito.

Contaba el pueblo diez vecinos más el guarda. El castillo era un descompuesto edificio, convertido, parcialmente, en pajar, granero, gallinero, bodega, destilería, cuadras, almacenes y trastero de trebejos de labranza. En la planta baja del caserón, bajo la torre oriental, estaba también el despacho y alcoba del administrador, mientras las estancias del primer piso se reservaban a los criados y la llamada servidumbre.

El administrador era el hombre de confianza de la dueña y señora de Javier. Cobraba los derechos del paso de los rebaños, las rentas de las salinas y de las heredanzas: campos de cereal, viñedos, olivares y huertos, así como las viviendas, quizás con un sosiego que no tuvieron en aquellos tiempos azarosos *el doctor* don Juan de Jaso y sus dos hijos, lo mismo como guerreros que como propietario semifeudales.

Llegó, como se temía, la Revolución de 1868, con todo un cúmulo de males para los católicos españoles. *Don Carlos o el petróleo,* sentenció con frase lapidaria el canónigo Manterola en Vitoria. *O don Carlos o el caos,* decían muchos piadosos católicos como don Mariano.

Fracasado el intento de los carlistas de apoderase de Figueras, don Carlos volvióse de Perpignan a París. Pero de París viajó hasta Burdeos y de allí hasta Ascain, acompañado del general Elío, porque en Pamplona se estaba maquinando otra conspiración para hacerse con la ciudadela, lo que iba a ser señal del levantamiento en toda España.

Esta vez don Mariano Larumbe iba a ser el protagonista. La tarde del 25 de julio de 1869, el cuerpo agobiado por el peso de un saco de carbón, entró por la puerta de la Victoria en el fortín, sin que el centinela le impidiese el paso. Llegó a la cantina, le abrieron la puerta y, tras vaciar el saco, sacudirse el hollín y lavarse manos y cara, sacó del fondo del receptáculo un impecable uniforme de brigadier de in-

fantería y se lo enfundó glorioso. Allí estaba, entre otros, el oficial tudelano José Aperregui.

A la primera noche llegaron los mozos convencidos de la cuenca de Pamplona hasta las calles cercanas a la ciudadela, San Antón, San Gregorio, Paseo de Valencia... En la cantina seguían tomando café con aguardiente y hablando nerviosamente, cuando pegaron en la puerta y dieron el santo y seña. Abierta la puerta con doble llave, el santo y seña se convirtió en ¡Alto! y ¡Manos arriba. A esa hora se oyeron disparos en el centro de Pamplona. El marqués de las Hormazas, sobrino del ex capitán general F.J. Elío, responsable de los pamploneses sublevados, cayó herido al suelo y con nueve heridas en el pecho fue conducido al hospital y luego detenido. Un agente del marqués, el corellano, encargado de guiar a los mozos de la Cuenca hacia la puerta del Socorro en cuanto sonase un cañonazo, se vio cercado, mató a uno de los que lo rodeaban y cayó él mismo acribillado al suelo. De entre los dirigentes de la intentona, sólo el capitán Félix Díaz Aguado pudo escapar. Probablemente un capitán de artillería que estaba entre los conjurados fue el que los delató.

El 19 de octubre fue trasladado junto con otros compañeros desde los calabozos de la ciudadela a la prisión provincial. La pena capital, impuesta a ocho de los procesados a primeros de enero de 1870, le fue conmutada a cinco de ellos por la de confinamiento en las islas Marianas, las antiguas *islas de los Ladrones*, descubiertas por los españoles el año 1521. El conde de Guaqui se movió con habilidad en el empeño.

Embarcados en Cartagena –ciudad donde Hormazas pudo evadirse- llegaron los ya cuatro deportados a primeros de mayo a Manila, donde recibieron visitas de varios españoles, amigos y conocidos del carlista navarro José de Juanmartiñena, conde Aldaz. Tres meses después arribaron al puerto de Agaña, capital de la isla de Guam,

en las Marianas. Desde distintos puntos de Filipinas les escribieron ofreciéndoles su casa y su ayuda o enviándoles alguna cantidad de dinero.

La amnistía concedida por el gobierno español en septiembre de 1871 devolvió del destierro a los condenados. Larumbe, tras visitar a su rey en Bayona, tornó a sus tareas de Javier a comienzos del año siguiente.

Corría el mes de septiembre de 1875. Había terminado la guerra en el centro de España, y los carlistas acababan de sufrir las derrotas de Treviño, de la Seo de Urgel, y la del Carrascal, cerca de Pamplona. El corazón carlista de don Mariano, caballero andante, pese a sus 60 años, le pedía intervenir en la tercera guerra. Así que volvió al *sicut erat* y montado en una jaca blanca salió de Javier en compañía de Manuel de Carlos y de Enrique Estremad, llamado *el voluntario*. Se presentó al jefe de Estado Mayor, el general sesmero José Pérula de la Parra. Este le puso al mando de la segunda brigada de la División de Navarra, que operaba entonces en la zona de Lumbier.

En torno a la ermita de la Trinidad de esta villa se libró, del 19 al 22 de octubre de ese año, una sangrienta batalla, que a Larumbe, vestido con una zamarra negra y montado en una jaca blanca, le tocó dirigir, animando a los suyos al grito de ¡Viva Carlos VII! La victoria le valió la cruz de tercera clase del mérito militar. Ocupó días después el puerto de Velate.

El javierino Manuel de Carlos, después mesonero en Javier, estando de centinela en Echalar, oyó cómo Pérula le decía a Larumbe, de caballo a caballo:

- Ay, abuelico, con los años que tiene, y en esta situación, yo que usted me retiraría a mi casa.

Ni abuelico ni viejo, y menos vejancón. El brigadier Mariano Larumbe luchó heroicamente en las últimas y ya imposibles posiciones de Peñaplata y Palomeras de Echalar, a mediados de febrero de 1876. Con sólo cuatro batallones y una batería de montaña, en proporción de uno contra diez, resistió durante varios días la excesiva hostilidad de Martínez Campos, incluidos tres ataques a la bayoneta.

El 28 de febrero pasó don Carlos la frontera por Arneguy. El *¡volveré!* del rey, acompañado por muchos de sus hombres, se hizo flor de leyenda y durante más de un siglo en fruto de lealtad y perseverancia. Las tropas francesas condujeron a los voluntarios españoles, ya desarmados, a los depósitos de prisioneros. Larumbe, que comenzaba su cuarto destierro, y otros heridos como él, fueron conducidos al hospital de Bayona, donde les atendieron, entre otras, varias hermanas navarras de la Caridad. También Joaquín acompañó a su padre desde que éste llegó al hospital. Una vez curado, el bueno de don Mariano se quedó a vivir en San Juan de Luz, lugar de residencia de muchos exiliados carlistas.

El indómito brigadier carlista volvió a su administración de Javier el 31 de mayo de ese mismo año, con la autorización del general Quesada. En una carta escrita tres días antes en Madrid, el conde de Guaqui después de felicitarle por su regreso, le decía: *Tanto la Señora como yo lo celebramos mucho, al mismo tiempo que deseamos y le recomendamos la mayor prudencia y una absoluta prescindencia de la política.*

Un buen día le tocó al administrador de la duquesa saludar *cortésmente*, en *entrevista protocolaria*, al teniente general Moriones, comandante en jefe del ejército enemigo en la tercera guerra, y capitán general de Navarra cuando el asalto a la ciudadela. Venía acompañado en su visita a Javier nada menos que por el famoso ex guerrillero liberal, Tirso Lacalle, *el cojo de Cirauqui*.

Don Mariano Larumbe murió el 6 de noviembre de 1882. A los amigos que le visitaban solía decirles, refiriéndose a la *Causa*, sin melancolías ni desasimientos: *Siempre firmes, leales hasta morir.*

¿NUESTRAS NAVIDADES, NUESTRAS SATURNALES?

El dios Cronos (el Tiempo), *de retorcida mente,* aparece en la *Teogonía* de Hesíodo como el más joven y terrible hijo de Gea (la Tierra) y Uranos (el cielo), a quien castró con un hocino. Casado con su hermana Rea, y sabiendo que iba a perecer a manos de uno de sus hijos, fue devorándolos en cuanto nacían, como lo dejaron inmortalizado los cuadros de Rubens o Goya. Es el tiempo implacable que va destruyendo sus propias creaciones.

Pero, al nacer el más ilustre de sus hijos, Zeus, llamado después el Cronida, Rea engañó a Cronos y ocultó a la criatura. Esta pudo vengarse más tarde de su padre, le hizo vomitar a todos sus hermanos engullidos, le desterró del cielo y le encerró en una prisión subterránea. Sólo cuando tuvo asegurado el poder olímpico, Zeus, ya dios de dioses, le liberó y le proclamó rey de un país fabuloso, las Islas Bienaventuradas, situadas en el extremo Oriente.

El mismo Hesíodo, en su otro gran libro, *Trabajos y Días*, recoge la primitiva tradición que nos describe una dorada estirpe de

hombres mortales, creada por los Inmortales del Olimpo, cuando Cronos reinaba en el cielo:

Vivían como dioses, con el corazón libre de preocupaciones, sin fatiga ni miseria; y no se cernía sobre ellos la vejez despreciable, sino que, siempre con igual vitalidad en piernas y brazos, se recreaban con fiestas, ajenos a todo tipo de males. Morían como sumidos en un sueño; poseían toda clase de alegrías, y el campo fértil producía espontáneamente abundantes y excelentes frutos. Ellos contentos y tranquilos alternaban sus faenas con numerosos deleites. Eran ricos en rebaños y entrañables a los dioses bienaventurados.

Son los *Saturnia regna* (reinados de Saturno), de que habla la célebre *Bucólica IV* de Virgilio, y que ha sido el protomodelo de muchas utopías y de muchos paraísos terrenales.

En Italia y en Roma se confundió pronto Cronos con Saturno; expulsado por Júpiter, encontró refugio en el Lacio y aún en la misma Urbe, y fue recogido por el prehistórico Jano, el dios de dioses más antiguo de Italia, con el que se le hace reinar en la edad de oro. De Saturno, dios protector de las semillas, habría aprendido la humanidad el arte de la agricultura, y hasta la antiquísima diosa Ops, especie de *Magna Mater* romana, diosa de la fecundidad agraria y de la abundancia, habría sido esposada y fecundada por él. A él se le dedicó el séptimo día de la semana.

Algo de todo esto nos cuenta el texto de Macrobio Teodosio, autor latino, de origen africano tal vez, que vivió en el siglo V d. C. Se titula *Saturnalia* y es un conjunto de siete libros en forma de diálogos, en los que unos cuantos amigos ilustrados aprovechan los banquetes (*convivia*) de las fiestas romanas, llamadas así en honor de Saturno, para hablar de todo los divino y humano, incluso del origen y de la naturaleza de las mismas fiestas. Macrobio, para quien los dioses no son sino representaciones del sol, recoge testimonios antiguos que ponen a Saturno en relación con Jano pero también con Hércules

y hasta con los pelasgos (pueblos pre-helénicos y pre-homéricos procedentes de lo que después fue Grecia), llegados al Lacio.

La relación de Saturno con una primitiva e idílica edad feliz y con la agricultura, especialmente con la siembra y la fertilidad del suelo, está clara, pero varios testimonios subrayan la nota liberadora del mito y del rito correspondiente, que sólo está implícito en Hesíodo. Si *felicísimos* se llaman aquellos primeros tiempos de la edad de oro, no es sólo por la abundancia de bienes, sino también porque a nadie se le discriminaba por su condición libre o servil, lo que explica el que en las actuales fiestas Saturnales se les conceda a los esclavos una total libertad *(tum et quod nondum quisquam servitio vel libertate discriminabatur, quae res intelligi potest quod saturnabilis tota servis licentia permittitur).*

Tan buena costumbre parece proceder de Grecia, donde, según varios testimonios, las fiestas equivalentes a las Saturnales (*Cronia*) se celebraban ya de antiguo en campos y ciudades, sobre todo en Atenas. Allí ya era habitual que los amos fueran a comer con sus propios esclavos:

ut cum dominis famuli epulentur ibidem.

En una de las cartas a su amigo Ático, el año 45 a. C., habla Cicerón de la presencia de César en Filipos y de la abundante cena del primer día de las Saturnales: *A los libertos menos acomodados y a los esclavos no les faltó nada.*

Era el rito de recuerdo-celebración de la edad de oro de Saturno, donde todo era común (*cuncta universa communia*), a lo que se añadía la liberación del mismo dios del dominio de Júpiter y su vida libre en Italia. El poeta latino del siglo I d. C., Publio Papinio Estacio, en su poemario *Silvas*, llega a exclamar jocundo y desahogado:

vengan a mí Saturno, libre de sus grilletes,
y diciembre cargado de abundante bebida...

En ocasiones, los mismos amos servían a los esclavos, que vivían

un corto sueño de libertad. *Días de continua alegría, de comidas y "comissationes" (sobremesas) interminables* –escribe el insigne latinista José Guillén-. *Todos dejaban la toga e iban por las calles con un simple justillo ("síntesis")*. En todos estos días los siervos se sentaban a la mesa y les servían los señores, porque en tiempos de Saturno todo era común y no había esclavitud.

Durante las Saturnales, nos dice Macrobio, la guerra está religiosamente prohibida (*bellum saturnalibus sumere nefas habitum*), y se exige a los ofensores que satisfagan las ofensas.

Los comensales que aparecen en *Saturnalia* nos recuerdan que el mismo Hércules transformó los sacrificios humanos, que los pelasgos dedicaban a Saturno, en una ofrenda de cirios encendidos a modo de sacrificio expiatorio, rito aún vigente en las fiestas romanas, y que los ilustres patricios convivales lo entienden como el paso de una vida tenebrosa a la luz y a la ciencia de las buenas letras. No de otro modo procedió el tribuno Publicio, cuando, irritado por los abusos de algunos ricos que exigían onerosos regalos de sus clientes, ordenó que sólo pudiera regalarse cirios.

El origen de las fiestas consagradas a Saturno, único culto que se le conoce en Italia, se pierde en la semioscura madrugada de los tiempos. No faltan quienes la retrotraen a los primeros reyes de Roma. Y hasta a fechas anteriores a la fundación de la Urbe tras la llegada del mismísimo Saturno, a quien se dedicó entonces el mes de diciembre, mientras a Jano se le dedicaba el de enero (*Januarius*).

Lo mismo sucede con la data del templo consagrado, según tradición, dentro del Foro romano, en la base del Capitolio, donde estuvo el tesoro de la ciudad, por ser el sitio más sagrado y respetado por todos. Ante él se ofrecía un gran sacrificio público. Tito Livio, en sus *Historias Romanas*, es más preciso: fiestas y templo se enmarcan en fechas precisas, entre el año 257 y 249 a. C., durante el consulado de

Aulo Sempronio Atratino y Marco Minucio Augurino.

En cuanto a los días festivos, estamos mejor enterados. Parece común la opinión de que las primitivas Fiestas saturnales duraban un solo día, que era el 19 de diciembre: cuando el grano, almacenado después de la recolección, era entregado para el consumo. Al añadir César dos días al mes, las Fiestas aumentaron del mismo modo. Augusto mandó celebrarlas durante tres jornadas. Suetonio nos dice que Calígula añadió otro día aún con el fin de acrecentar para siempre la alegría pública, y le dio a este día el nombre de Juvenal (dedicado a Júpiter). En tiempos de Macrobio eran ya siete, del 17 al 23 de diciembre:

Olim expectata veniunt septem Saturnalia
(Ya llegan los ansiados siete días de las Saturnales)

Como ve el lector, en las Fiestas saturnales se mezcla el carácter agrario y sementero (Saturno como dios sembrador) de una fiesta primitiva de invierno con el carácter liberador de la misma (Saturno como dios regidor de la edad de oro y liberado después del yugo de su hijo). De ahí, la provisional libertad de esclavos y siervos, la multiplicación de banquetes alegres, el tiempo de ocio, las antorchas encendidas en medio de los días más cortos y las noches más largas del solsticio. Fiestas cercanas a las fiestas de fin de año, mucho más antiguas todavía, si es que no eran partes de un todo.

Pero de las Saturnales nos ha llegado la herencia más común, en forma de costumbre, de los regalos y de las loterías, de que nos hablan a cada paso los escritores romanos.

La cena, precedida del baño, era la comida en familia, preparada para todos. Las de lujo se prolongaban durante horas, a veces durante toda la noche, lo mismo que hoy.

Las cenas normales -*cenae justae*- terminaban con las libaciones a los dioses lares y con los brindis en que se deseaba la asistencia de los seres divinos a los comensales, a la patria y al emperador, lo que recordaba aún el carácter sagrado de las cenas primitivas. Pero en los festines, tras los brindis rituales empezaba la *comissatio*, sobremesa o velada nocturna, una especie de segundo banquete que se demoraba larga y plácidamente entre mil clases de conversaciones, discursos, lecturas, recitaciones de poemas, pantomimas, juegos de azar, músicas, cantos, bailes, brindis profanos, chascarrillos, cotillerías y procacidades.

Para todo lo cual solía agenciarse jóvenes alegres, que hacían de citaristas, liróforos, cimbalistas, bailarines, acróbatas, bufones (*derisores*), bobos (*moriones*), o las famosas *puellae gaditanae* (chicas de Cádiz) o jóvenes alegres livianas de cualquier parte del Imperio, bailadoras, contorsionistas y tocadoras de castañuelas o de lo que terciara.

Durante toda la sobremesa se continuaba comiendo y bebiendo sin cesar. No era raro, como nos cuentan Ovidio o Juvenal, que la luz de la mañana o las sombras de la noche, según, encontraran los salones sucios de vino y vomitonas, y que los invitados se sorprendieran, al despertar, tendidos promiscuamente sobre divanes, alfombras o pavimentos. *Cualquier renta, por grande que sea* –escribe Séneca-, *se consume en las sobremesas.*

Las sobremesas durante las Saturnales de Macrobio y sus ilustres comensales, Eusebio, Postumiano, Pretextato, Avierno, Aurelio Symmachus, Caecina Albinus o Furio no llegarían, sin duda alguna a tamaños excesos. Todo consistía, según el texto escrito antes

mencionado, en interminables y eruditas conversaciones sobre las fiestas romanas, los versos de Virgilio, la naturaleza de los dioses, y hasta sobre la dichosa precedencia del huevo o la gallina. Nada procaz o provocativo, como se ve.

Las Saturnales eran las fiestas propicias para el juego de la lotería, íntimamente unido al juego de los premios o regalos.

Pero a la lotería se jugaba, como hoy, también en el resto del año. Entonces no era monopolio del Estado o de alguna institución benéfica, aunque a veces la iniciativa fuera de los mismos emperadores. Durante los postres o sobremesas se hacían distribuciones de *apophoreta*, o regalos sorteados por medio de una lotería. En esos sorteos se ofrecían premios de valor muy desigual, y solía ser frecuente que hubiera dos premios, uno valioso y otro irrelevante: diez camellos o diez moscas, diez anillos de oro o diez anillos de hierro.

Entre los premios había desde esclavos hasta pájaros de jaula y azores especializados para la caza; desde bailarinas hasta enanos, bufones o cocineros: desde estatuillas de oro y plata hasta las obras de Homero y Virgilio; desde armas y obras de arte hasta muebles y cosas de comer.

¿Ves (...) -le dice Marcial en un epigrama al mismo Saturno- *cómo las manos no escatiman y las mesas están llenas de fichas?*

En las guarniciones militares los cubiletes elegían al rey burlesco de las Saturnales, costumbre que pasó a nosotros, a través de las fiestas cortesanas medievales del *chico rey de la faba* y similares, a la fiesta de los Reyes Magos o sus aledaños.

Todo el año era en Roma tiempo de cenas, juegos de azar y de regalos. Pero ninguno como las fiestas de diciembre. De tal modo, que se había hecho proverbial una frase que encontramos, por ejemplo, en un libro del Severo Séneca: *¡Nom semper erunt Saturnalia!* (¡No siempre van a ser Saturnales!). Como diciendo: no va a ser todo juerga continua.

Pero, por encima de todo, los autores romanos, especialmente los de la edad de oro de la literatura latina, nos hablan de las Saturnales como las fiestas de los regalos, de tal manera, que, en autores tan imprescindibles como Marcial, para conocer la vida de la Roma de su tiempo, Saturnales es igual a regalos.

Célebre fue, según Suetonio, la generosidad del emperador Augusto, no sólo en las Saturnales sino en cualquier circunstancia. Igual regalaba vestidos lujosos que ropas de soldado; objetos de oro y plata que monedas antiguas, esponjas, encendedores o tenazas. El ya citado escritor Estacio nos cuenta que el emperador Domiciano organizó una especie de Saturnales adelantadas, el 1 de diciembre del año 83 ó 93 d. C., con motivo de su triunfal expedición contra suevos y dálmatas, en el anfiteatro Flavio, con toda clase de manjares, vinos y diversiones de todo género, donde no faltaron tampoco las *chicas de Cádiz* (embarcadas en el puerto de Cádiz).

Las fiestas en honor a Saturno eran ocasión pintiparada para que algunos privilegiados, como el abogado Sabelo, contra quien carga el poeta Marcial, recibieran regalos de sus clientes, una especie de nuestras cestas de Navidad. La cesta de Sabelo, aquel año, contenía trigo y habas trituradas, incienso, pimienta, embutidos con tripas de Falerios, un cántaro sirio de negro vino cocido, higos helados en una vasija libia, con cebollas, caracoles y queso, un cestillo de aceitunas de un cliente del Piceno, siete copas pulidas por un alfarero de Sagunto, y un pañuelo coloreado con una banda de púrpura:

Saturnales más productivas
no las tuvo en diez años Sabelo.

El mismo poeta lenguaraz y mordaz, que escribió dos libros de versos jocosos para presentar los regalos y los sorteos en las Saturnales, se queja unas veces de que un amigo no le ha regalado nada, y otras de que otro, como Umbro, le envíe un centón de regalos inútiles, desde mondadientes a un tarro de higos de Libia, lo que no llega entre todo a treinta sestercios. ¡Mejor hubiera sido que le hubiera traído *cinco libras de plata!*

Algo parecido escribe el exquisito Catulo, poeta de la segunda mitad del siglo I a. C., a su mejor amigo, Gayo Licinio Calvo, orador y poeta, molesto aquél porque éste le regala unos malos poemas, regalados a la vez por un cliente, y en qué momento:

¡Grandes dioses, horrible y condenado librito! Por
cierto, lo enviaste a tu querido Catulo, para matarlo al
punto en el mejor de los días, el de las Saturnales.

El popularísimo Marcial se excusa en una ocasión ante su amigo Quinciano de haberle enviado sólo libros, cosa que reprochaba a sus amigos, y no cucharillas delicadas, velas de cera, rollos de papel o ciruelas de Damasco. No quiere aparecer como avaro o descortés. Y entonces le da la vena, se encampana y escribe:

Odio las artes engañosas y malvadas de los regalos
Los regalos se parecen a los anzuelos: pues ¿quién no sabe
que el escaro voraz es engañado por la mosca devorada?
Siempre que no regala nada a un amigo rico,
Quinciano, el pobre demuestra su generosidad.

Además, como le dice en otro epigrama a su amigo Régulo, los huevos y las aves de un ruidoso corral, los higos amarillos de Quíos a medio calentar, la tosca cría de una quejosa cabrita, las aceitunas ya desiguales por los fríos, las legumbres blancas por las escarchas heladas, que le envía como cesta de regalos, no los envía desde su campo: *Nada produce mi campo excepto a mí.* Todo tiene que comprarlo el poeta en el mercado de la Suburra.

No es menester comentar que nosotros hemos dividido la costumbre inveterada de los regalos entre los aguinaldos (*¿hoc in anno* = en este año?) navideños y la fiesta de regalos a los niños que es la popularísima de los Reyes Magos, lo mismo que hemos hecho con la lotería principal del año: antes de Navidad y la víspera de Reyes.

La *Navidad* (Natividad), celebración del nacimiento de Jesús, quedó fijada en Roma y en el Imperio occidental el día 25 de diciembre, entre los años 325 y 354 de nuestra era, después de que una fiesta cristiana de la *Epifanía* (manifestación luminosa) del Señor hubiera reemplazado en Oriente a una antiquísima festividad solsticial de la luz.

El día 25 fue elegido seguramente por celebrarse en esa fecha la fiesta oficial del Sol *invictus*, proclamada por el emperador Aureliano el año 274 de nuestra era, así como también la fiesta del dios Mitra, padre y portador de la luz nueva en la religión mistérica oriental, muy extendida en todo el Imperio.

El sentido nuevo que traía la fiesta cristiana y católica (universal) coexistió durante muchos años con otros sentidos y, naturalmente, con usos y costumbres tradicionales, que el cristianismo no vino, en principio, a destruir, a no ser en sus abusos y excesos.

Cualquier afirmación general suele ser pura y mala retórica. Cada lector podrá decir, basado en su experiencia, si las Navidades que él conoce son, pura y simplemente, nuestras Saturnales, o si a estas actuales *Fiestas de invierno*, o *Fiestas* sin más, como algunos ya las llaman, puede dársele el nombre de Navidades, por muchos rasgos de las viejas Saturnales que hayan podido heredar.

¿CUÁNDO NOS HICIMOS CRISTIANOS?

Andan muy afanosos los historiadores de la tardoantigüedad, apoyados en unos pocos hechos, debatiendo acerca de la conversión cristiana de los vascones, de su amplitud, de su intensidad y de las fechas, más o menos aproximadas.

Leen unos y otros de forma diversa las páginas del *Peristephanon* de nuestro Prudencio; las cartas entre los bordelenses Ausonio y su discípulo Paulino de Nola, o de Ascanio, el metropolita de Tarragona, al papa Hilario, así como las crónicas y cronicones góticos, francos y árabes. Discuten sobre la calidad y la significación de los últimos hallazgos arqueológicos.

El joven historiador navarro Roldán Jimeno Aranguren, en una comunicación enviada al Primer Congreso de Historia de la Iglesia en España, nos ha hecho el servicio de resumirnos, breve y documentadamente, el estado actual de la difícil cuestión.

Llegara a *Hispania* el cristianismo por vía africana, como sostienen los más, o por vía italiana, lo cierto es que a tierra de vascones llegó después de haber alcanzado otras regiones hispánicas.

La vía romana que enlazaba Roma con *Tarraco* (Tarragona) hacia *Asturica* (Astorga), el *Iter* XXXII, debió de ser uno de los cauces de la nueva fe. Las tempranas comunidades cristianas de Astorga-León y Mérida, de las que nos habla la carta sinodal de San Cipriano y otros 36 obispos africanos, el año 254-55, se explican por las múltiples posibilidades que abría esa calzada principal, y también la vía llamada de la Plata, que venía desde el sur pasando por Mérida. Lo cierto es que el concilio de Elvira (*Ilíberis*), cerca de Granada, entre los años 295 y 314, había ya 19 obispos y 26 presbíteros, entre ellos los obispos de las comunidades cristianas de Zaragoza (citada también por San Cipriano) y de León. En Calahorra, ciudad romana por excelencia, había ya en tiempos de Prudencio (348-405), poeta y escritor cristiano, probablemente oriundo de la misma ciudad, una importante y activa comunidad cristiana.

Junto a la vía menor, llamada de las Cinco Villas, que comunicaba *Caesaraugusta* (Zaragoza) con *Pompaelo*, se han encontrado, entre otros testimonios no tan seguros, indicadores elocuentes como el sarcófago paleocristiano de Castiliscar (c. 340), o la estela cristiana de Cascante (finales del siglo V).

Los términos latinos cristianos más arcaicos del vascuence, como *aingeru* (ángel), *gurutze* (cruz), *meza* (misa), *mirakuru* (milagro) o *zeru* (cielo), se remontan a los siglos III-V, lo que indica, de una u otra forma, una cristianización relativamente temprana.

La vieja *Pompaelo* era un nudo central de comunicaciones. Por ella cruzaban las dos arterias principales romanas, de Tarragona hasta Astorga y desde Astorga a Burdeos. La susodicha calzada de Cinco Villas llevaba hasta *Oiason, Oiasso, Ossaron u Oiarso* (¿Irún?),

término también de una vía marítima, donde atracaban y de donde partían las naves del puerto de *Burdigalia* (Burdeos).

La futura Pamplona era a la vez un buen puerto fluvial y centro de valles, caminos y pistas vecinales.

Es bien sabido que en el centro-norte, centro y sur de la futura Navarra la romanización fue intensa, con ciudades como *Andelos, Pompaelo, Cara*, y sobre todo *Calagurris* (con ciudadanía romana), *Graccurris o Cascantum* (que gozaba del derecho latino antiguo); con una tupida red de *villae* o residencias rústicas, que iban desde Liédena o Arellano hasta Cortes, y numerosos *fundi* (terrenos agrarios con edificios), algunos con claros antropónimos romanos. Pero tampoco faltó la presencia romana en el norte, como lo muestran las *mansiones* de *Aracaeli, Alantone, Iturissa y Summus Pyreneus*, en la calzada Astorga-Burdeos (*Iter XXXIV*), que unía las dos vertientes de los Pirineos. La tierra de los vascones era, pues, en gran medida, un espacio abierto a la cristianización.

No coinciden los historiadores a la hora de datar, aun aproximadamente, la sede episcopal de Pamplona, que sitúan entre finales del siglo III y finales del VI.

El primer obispo pamplonés de quien tenemos certeza documental se llamaba Liliolo y acudió al III concilio de Toledo (589) y, tres años más tarde, al III provincial de Zaragoza. Aparte de los obispos, ya citados, de esta ciudad del Ebro, de Astorga, Calahorra, León y Mérida, tenemos constancia de otros obispos próximos, activos en fechas anteriores: Tarazona, Huesca, Dax, Olorón, Tarragona y Barcelona. Roldán Jimeno se aventura, por comparación con Huesca, cuyo obispado ya existía a principios del siglo V, por la creación de la sede pamplonesa *a finales del siglo III o, a lo sumo, en las primeras décadas del IV.*

A los autores que, en general, sugieren una más tardía fundación diocesana, el joven autor les reprocha no haber tenido en cuenta que los núcleos de un espacio regional como Pamplona solían constituirse en centros de una iglesia particular en el mundo imperial romano. Con la monarquía hispano-goda esa demarcación se convirtió en un territorio regido por un *comes* (conde), y la onomástica hispano-goda de los prelados asistentes a los concilios durante los siglos VI y VII sería una muestra de la hipotética continuidad lineal desde los remotos orígenes del obispado.

La evangelización de los vascones se habría llevado a cabo según las normas emanadas de los concilios toledanos, fautores de la unidad religiosa y política, convocados y presididos por los reyes visigodos.

No parece que los habitantes de Vasconia fueran víctimas de los bárbaros invasores y de las luchas civiles subsiguientes, frecuentes en otras partes del Imperio. No hay razones suficientes, subraya el historiador navarro Juan José Sayas, excelente conocedor de la época, para vincular el movimiento de los *bagaudas* (esclavos y campesinos pobres, rebeldes y salteadores) con los vascones. La mención, que aparece en la *Crónica* de Idacio, de los *aracelitanos*, vencidos el año 443 por el imperial Merobaudes, es toda una adivinanza de localización geográfica. Ni consta que hubiera vascones en el saqueo del valle del Ebro, en la toma de Ilerda (Lérida actual) o en la matanza del obispo León dentro de la iglesia de Tarazona, el año 449.

Pero es el caso que el respetable nombre de los vascones, tan dóciles y pacíficos bajo el poder de los romanos, de cuyo ejército formaron parte y a veces con brillos de gloria, apareció poco más tarde, una vez caído el Imperio, como etnónimo peligroso y aun detestable para el poder visigodo. Desde Leovigildo (581) a Wamba (673), las tropas visigodas ocuparon *parte de Vasconia*, se enfrentaron a las frecuentes *incursiones de los vascones*, levantaron las plazas fuertes de

Victoriacum (Vitoria o Vitoriano) y *Ologicus* (Olite); o castigaron a los feroces aliados del godo rebelde Froya, *bajados de los montes Pirineos,* que habían devastado el valle del Ebro, asesinado clérigos, saqueado iglesias, y sitiado sin éxito Zaragoza. En fin, el ejército de Wamba pasó, arrasador, de Cantabria hacia las Galias, el año 673, saqueando durante una semana muchos campos del saltus vascón, quemando casas y poblados, llevándose rehenes, regalos, y dejando atrás muerte, hambre, miseria y una forzosa sumisión.

Pero aun siendo esto muy elocuente, no nos dice nada definitivo sobre el conjunto, mal conocido, de los vascones, y menos sobre el estado de su conversión al cristianismo. Sí puede explicar las dificultades añadidas a un proceso ya de suyo delicado, y los obstáculos que pudo encontrar la comunidad cristiana ya asentada en ciudades y núcleos romanizados. Por algo no aparecen jerarcas navarros en los concilios hasta el año 681, cuando el obispo Juan asiste al XII de Toledo.

Menos nos dicen todavía los pocos textos, a veces frases hechas, que conservamos de algunos autores clásicos, citados antes, que nos hablan de los *fieros habitantes, del lugar bárbaro, de los montes de ladrones, de la bruta gentilidad de los vascones...*

La conversión, no forzada, de todo un territorio es una tarea lenta. Las áreas montañosas de todo el Imperio fueron reacias a recibir el mensaje cristiano. A comienzos del siglo V aún no había penetrado, v. g., en los valles meridionales de los Alpes.

Los monasterios de intensa vida religiosa que a mediados del siglo IX visitó San Eulogio de Córdoba en el *saltus* vascón, a los pies del Pirineo: Leire, Igal, Urdaspal o San Zacarías, están aún lejos, pero tampoco nacerán de repente, sino tras muchos años de fermentación.

LOS MAQUIS EN NAVARRA

Le llamábamos *el comandante* y algunos creímos hasta el final que lo era. Era sólo un economista, hijo de militares. Su padre había vivido unos meses en la frontera navarra en tiempo del maquis. En uno de sus últimos viajes parlamentarios a Bruselas, quiso ver de cerca el paraje.

Hace frío en Pamplona. Orvalla. Clarea un poco cuando llegamos a Nagore. Unas pintas de nieve en la sierra de Labia. En Burguete no anda un alma por la calle.

Donde hay nieve de verdad es en Mendizuri, en Guirizu y en Ortzantuzurieta: *La nieve esplendorosa*, que veía Pierre Loti desde el otro lado. La nevisca apenas deja ver en el puerto de Ibañeta un coche con matrícula de Logroño y dos audaces montañeros. Los montes nevados de Valcarlos, en cambio, están listados de sol. Y en la dulce Francia no hay nieve.

- Mal día nos tocó.
- Al revés, un día ideal.

Uno de los muchos nidos de ametralladora se esconde

aún en el arranque del ribazo, cerca de la carretera. Vamos viendo muchos más en toda la zona de Ibañeta, junto a restos de los barracones de campamentos militares. Pequeños escondrijos de hormigón, semienterrados y cubiertos de hierbas y matas, tienen una pequeña entrada y varias mirillas en la parte superior. Vemos también uno con el techo derruido.

La palabra corsa *macchia*, tierra de matorral y monte bajo, propicia para esconderse de y contra los alemanes invasores durante la Resistencia, acabó imponiéndose, a través del francés *maquis*, que, en lenguaje figurado, llegó a significar guerrilla resistente, así como *maquisard* significó guerrillero. *Prendre le maquis*: echarse al monte. La Real Academia Española ha aceptado la palabra de origen corso.

Francisco Roda Hernández, aprovechando la abundante aunque incompleta bibliografía, ha estudiado las acciones del maquis o de los maquis en Navarra.

Más de 30.000 exiliados españoles, recluidos en los 17 campos de prisiones en Francia, se enrolaron tras la ocupación alemana, en 1940, en los Batallones de Marcha, Legión Extranjera y Compañías de Trabajo: distintos frentes de resistencia frente a los nazis. Años después, muchos de ellos formarán el XIV Cuerpo del Ejército de Guerrillas Españolas, y, más tarde, la Agrupación de Guerrilleros Españoles.

Liberada Francia en agosto de 1944, los guerrilleros españoles esperaban que los Aliados, agradecidos a tantos servicios, ayudaran a derribar el régimen de Franco en España. Más de 10.000 esperarán la orden en la frontera pirenaica.

El comunista navarro Jesús Monzón Repáraz (Pamplona, 1910-1970), candidato a las elecciones del Frente Popular en febrero de 1936, que había dirigido desde 1939 en Francia el Partido Comunista

de España, logró entrar en tierra española el año 1943. Aquí creó la Junta Superior de Unión Nacional, de la que fue presidente, a fin de promover la intervención política y militar en nuestro País. En agosto de 1944, pidió a la dirección de su partido, residente en Toulouse, que se organizara el asalto final desde los Pirineos franceses.

La operación central debía llevarse a cabo en el Valle de Arán, pero antes se iba a intentar infiltrarse en Navarra para provocar maniobras de despiste y hacer que Arán quedase desguarnecido.

Bajo la dirección del general en jefe Evaristo Luis Fernández, se organizaron en el sur de Francia, en septiembre de ese año, seis divisiones, reducidas a cuatro, unos meses más tarde (Pau, Toulouse, Perpignan y Tarbes).

La noche del 3 al 4 de octubre de 1944, 250 guerrilleros o maquis entran por Roncesvalles, en España. Otros 400 lo hacen por el Roncal. El mismo día 4 tiene lugar el primer choque en el Puerto de Lázar con fuerzas de la Policía Armada. Un grupo llega hasta Abaurrea Alta, pero, acosado, vuelve a Francia el día 8. Otro grupo toma el camino de Vidángoz: los combates más duros se libran en la Sierra de Ustárroz. Más de la mitad de los supervivientes se internan en el país vecino. Otros alcanzan el Portillo de Ollate (Navascués-Burgui); en la borda Zalba son descubiertos por tropas e infantería y apresados varios de ellos. Un pastor de Navascués, de los que utilizaba el ejército como baquianos o guías por el monte, los describe así:

... gentes que iban hambrientas, requisaban alguna vez los ganados. No eran del pueblo, eso seguro. Eran andaluces o levantinos y nunca mataban a civiles. Alguna vez secuestraron a algún pastor para que les señalara el camino pero luego lo dejaban suelto en el monte.

Algunos se dispersan por Urraúl Alto (Elcoaz, Aristu); de trocha en trocha y de hura en hura, llegan a Velate y Olagüe, donde son detenidos.

Procedentes de Sainte-Engrace, penetran, los días 20 y 21, otros 400 guerrilleros por el Portillo de Arrako-Goiti, al noroeste de la actual Venta de Juan Pito. Bajan, por el Llano y Belabarce, a Isaba, donde pernoctan, con intención de llegar a Garde y desde allí pasar a Huesca.

Acosados y perseguidos, la mayoría tiene que refugiarse en Francia. Algunos son apresados, mientras otros consiguen andar y andar hacia el Oeste, en otra maniobra de distracción, hasta un paraje entre Baraibar y Aralar -17 entregados, junto a un pequeño arsenal-, y hasta Lesaca, donde son avistados unos 60. En el estratégico Portillo de Ollate sufren, una semana más tarde, 5 bajas, y 30 caen prisioneros.

Las últimas incursiones se suceden los días 29 y 30 del mismo mes, por el collado de Bentartea, cerca de la Fábrica de Orbaiceta. Unos 300 hombres acampan a un kilómetro de Burguete y arriban al Valle de Ulzama, donde se topan con fuerzas de infantería. Algunos escapan, por los puertos, hacia la cuenca del Bidasoa, pero tras cruzar el río con un saldo de 15 muertos y ahogados, acaban siendo presos, o sospechosamente desaparecidos.

Queda por contar la historia de numerosos voluntarios guías, contrabandistas, o verdaderos enlaces, como los que menciona el historiador Eduardo Pons Prades: Juan Romero Ramos y su mujer, detenidos en 1948, cuyo domicilio, en la calle Mártires de la Patria, de Pamplona, sirvió de posada y de oficina de planificación de operaciones.

El ejército español, bajo el mando supremo del teniente general Yagüe, llegó a contar cerca del Pirineo 13 divisiones; los batallones de montaña fueron la parte más operativa.

En Navarra, sede de la 62 división, se movilizaron los conocidos batallones de América, Montejurra, Estella, Sicilia, Legazpi o Colón.

Los autores calculan entre 100.000 y 130.000 soldados y mandos cerca de la frontera, previendo sin duda una invasión en toda regla. A ellos hay que añadir los destacamentos de Policía Armada y Guardia Civil, cuyo general, Francisco Aguado, es uno de los principales historiadores del maquis. La Policía y la Guardia Civil repelieron, casi en solitario, las primeras acometidas de los guerrilleros. De todas estas fuerzas, unos 15.000 hombres ocuparon la primera línea fronteriza.

Pero no todos eran militares. A instancias de Yagüe, el delegado regional de requetés, Antonio Lizarza, con la ayuda del vicepresidente de la Diputación Foral, conde de Rodezno, comenzó a organizar la Jefatura Regional de Partidas Civiles, una especie de *maquis blanco* para colaborar en la lucha contra las partidas rebeldes y acabar con la patulea.

Navarra se dividió en cuatro zonas (Norte, Navascués, Estella, Sur), con sus correspondientes partidas y número exacto de hombres. Como es sabido, Amadeo Marco, capitán de requetés en la guerra civil, era el jefe de la zona que llevaba el nombre de su pueblo. Pocos supieron de esta curiosa operación.

Pero todo quedó en el papel: *A pesar de lo prometido* -escribe Lizarza-, *no se juzgó necesario armar a los guerrilleros, y el Ejército regular acabó con la pesadilla. (...) Los comprometidos quedaron molestos y también en el aire. (...) Si los requetés y los excombatientes comprometidos hubiesen recibido armas, ellos se hubieran bastado a liquidar rápidamente el peligro. Su conocimiento del terreno valía mucho.*

Fracasaron las incursiones en Navarra y por Navarra, y fracasó aún más sonoramente la operación de Arán.

Monzón y su primer colaborador Trilla desconocían por completo lo que dirigían desde lejos. El entorno de la guerrilla contra las tropas de Hitler en Francia tenía poco que ver con la situación de los pueb-

los fronterizos navarros y aragoneses en octubre de 1944. Y *los aliados* no tenían ni amparo ganas de abrir el camino a los comunistas en España.

Los primeros responsables políticos del malogro quedaron muy mal descalabrados. Monzón fue expulsado del partido y Trilla asesinado poco tiempo después.

Intentamos subir hasta Ortzanzurieta, pero el hielo y la nieve amontonada nos echan para atrás.

Una hayas a la intemperie me recuerdan aquel árbol batido por el viento, que pintó Van Gogh el año 1883.

Todo parece arrastrarse en el cuadro: las nubes, la lluvia, el tronco, las ramas, y el viento más tangible que invisible. Como se arrastraban por aquí, en octubre de 1944, los *maquis* y los *anti-maquis.*

Mi amigo saca las últimas fotos.

La nieve hace aún más triste la historia.

CARLOS V EN NAVARRA

Brillantes e itinerantes exposiciones, conciertos exquisitos, doctos congresos nacionales e internacionales, libros, números especializados de revistas, celebraciones... han llenado el año del V Centenario del nacimiento del emperador Carlos de Gante (1500-1558), que seguía al IV de la muerte de su hijo Felipe II, y nos han acercado todavía más a la extraordinaria figura del que haya sido probablemente el más grande señor del mundo, único emperador de Europa y América.

Pocas vidas tan intensas, tan influyentes como la del joven rey que tuvo que regir el imperio de los Austria en Europa; el de España en Europa, Africa y América, y el espiritual-temporal Sacro Imperio Romano Germánico, en el grave momento de la escisión luterana.

Un Monarca, un Imperio y una Espada,

anunciaba el octavo verso del soneto de Hernando de Acuña, dedicado *al Rey nuestro señor,* como símbolo triádico de una edad gloriosa.

El emperador germánico Otón el Grande (936-973) había afirmado desde la capital carolingia de Aquisgrán la idea europea dentro del esquema de la germanidad, que fue frenando las incursiones de húngaros y eslavos, y sirvió de seria advertencia a los musulmanes de Córdoba.

Cluny, el Císter y el Temple, tras la estela de San Benito y de otros Padres Fundadores, fueron preparando la vertebración de Europa, un día ensayada y parcialmente llevada a cabo por el Imperio romano, Imperio que quiso restaurar con la ayuda de la Iglesia el rey franco Carlomagno, coronado emperador por el papa León III en la Navidad del año 800.

El nieto de Maximiliano de Habsburgo, Carlos de Gante, Carlos I de España y V de Alemania, *quería una Europa unida armoniosamente, sin opresores ni oprimidos* –dice Manuel Fernández Alvarez, su biógrafo por excelencia-. *Pensaba que el gobernante no puede gobernar divorciado de la ética.*

Fue el emperador de Europa y quiso mostrarse solidario con sus diversas naciones: germano en Germania, italiano en Italia, y se hispanizó con prisa para ser español en España. Tuvo un sentido menos patrimonial que histórico de sus deberes con respecto a sus súbditos. Cuando, por ejemplo, ve difícil que se mantenga la unión con España, deja en herencia los Países Bajos a sus nietos. O abandona (1527-29) en manos del rey navarro, desterrado de Pamplona, la Navarra de Ultrapuertos, con poco más de 10.000 habitantes, difícil de mantener sino a costa de esfuerzos excesivos, como los que hasta 1527 se han llevado a cabo.

En política internacional algunas de sus rectificaciones, que pueden parecer fracasos de un César utópico, son sus grandes éxitos como estadista realista: las Nuevas Leyes de Indias, que encontraron la cerrada oposición de los encomenderos, o la Paz de Augsburgo (1555), que reconoce la libertad religiosa en sus dominios según sea la fe del príncipe local.

La idea del Imperio y de la *Universitas Christiana* (universalidad cristiana) fue el norte de su vida y su primera, constante preocupación, en un tiempo histórico en que la sociedad europea estaba cambiando el centro de gravedad de su vida personal y social: el Dios y Señor inmutable y perfecto de los teólogos medievales por el hombre (todavía cristiano) frágil y tornadizo, dueño y señor de su destino y de un mundo en pleno desarrollo filosófico, científico y económico. El tiempo de Copérnico, Erasmo y Lutero.

Cuando el César Carlos, amargo de realidades, cansado y enfermo, abdica, todavía joven (1555) en su hijo primogénito Felipe, lo hace porque cree que seguir gobernando sería un perjuicio de sus gobernados. Una suprema razón moral inexistente en los códigos maquiavélicos. Cree firmemente, como resumía bien en una de sus obras el humanista español Juan de Valdés, que e*l Rey es para la República y no la República para el Rey.*

A la muerte de Fernando el Católico en 1516, su nieto Carlos, aún adolescente, se encontró con el nuevo intento armado de los partidarios y soldados de Juan III por recuperar la Navarra surpirenaica. Como lo he contado en otro lugar, los intentos diplomáticos de llegar a un acuerdo fueron estériles. Navarra era una pieza estratégica demasiado apetecida por todos. Obstáculos políticos, religiosos, familiares y personales impidieron todo acuerdo. Por ejemplo, el matrimonio de Enrique de Navarra, dos años menor que Carlos, con una hermana de éste, Leonor, fue impedido por el rey de Francia Francisco I, quien impuso la novia, su hermana Margarita de Valois (Margarita de Navarra). El mismo rey francés, siempre nebulón, impedirá después las nupcias de Juana de Albret, hija del rey navarro, con Felipe, el primogénito del emperador.

Vencedor en Noain, Maya y Fuenterrabía, Carlos I concedió a los derrotados navarros el perdón regio a cambio de fidelidad, en 1523 y

en 1524; a este segundo se acogieron la inmensa mayoría, entre ellos los hermanos Jaso Azpilcueta y el hijo del mariscal muerto en Simancas, el nuevo don Pedro de Navarra, nuevo mariscal del Reino, al que el emperador confió varios altos cargos en toda España, hasta hacerle marqués de Cortes, primer título real otorgado en Navarra.

Por otra parte, el emperador siguió manteniendo frecuentes contactos con el rey de Navarra Enrique II de Albret al que había dejado las tierras de Ultrapuertos. Contactos y hasta negociaciones, que nunca quiso romper del todo, aunque no llevaran a ninguna parte. Le interesaba especialmente contar con relaciones dentro del campo enemigo y atajar cualquier conspiración interna en Navarra.

En el testamento original, Bruselas 1554, Carlos I redactó un papel suelto y secreto referente al Reino navarro, hoy desaparecido, en el que, según el publicista francés Auguste Galland (1646), recomendaba a su heredero el examen de la legitimidad de los títulos sobre Navarra. Felipe II reconocerá en su testamento (1594) no haber cumplido con su obligación en este punto y dejará a su vez la cuestión en manos de su hijo. Felipe III zanjó el asunto cuatro años más tarde, tras convocar la Junta de testamentarios. *La seguridad de España* –resume Alfredo Floristán Imízcoz- *hacía impensable devolver Navarra a Enrique IV de Borbón, rey de Francia y calvinista recién convertido al catolicismo.*

Toda la vida del joven rey y pronto emperador estuvo mordida por las prisas de los afanes de mil negocios. Sus visitas a Navarra tuvieron un marcado carácter militar defensivo y ofensivo, desasosegado por tanto.

De vuelta a Cataluña y Aragón, a donde había ido a jurar los fueros, pasa en 1520 por Tudela, sin detenerse siquiera, el nuevo rey de España. Tres años más tarde el emperador Carlos reside unas semanas en Pamplona, en vísperas de la campaña de Ultrapuertos y de

Fuenterrabía, cuando el condestable de Castilla, al mando de un poderoso ejército imperial de 24.000 hombres, se dispone a reducir la Tierra de Vascos, al otro lado de la frontera.

En otro momento difícil de las relaciones entre España y Francia, al temerse una ofensiva inminente de los franceses contra Fuenterrabía y San Sebastián, y meses después de la visita del duque de Alba y sus mejores colaboradores, llegó el rey Carlos a nuestra tierra el 10 de junio de 1542. Entró ese día por Los Arcos, siguió por Estella y Puente la Reina hasta llegar a Pamplona. En cada localidad fueron recibiéndole diversas autoridades. El día 14 visitó el castillo de la capital y al día siguiente fue a oír misa a la catedral en compañía del príncipe Felipe. Por la tarde visitó las afueras y ordenó algunas mejoras en las fortificaciones. El día 16 bajó a Tafalla, antigua residencia de los reyes navarros. Pernoctó en el monasterio de la Oliva y partió dos días más tarde para Sádaba, ya en Aragón.

Muchos navarros sirvieron en un momento u otro al emperador Carlos en una u otra función, y la inmensa mayoría siguió y aplaudió sus gestas y sus triunfos como si fueran suyos, y se dolió de sus fracasos. Algunos dejaron testimonio fehaciente de fidelidad y admiración a la persona real e imperial. Así la familia de los Cruzat -en cuya casa de Pamplona se hospedó-, como lo muestra esa serie de pinturas del palacio de Oriz (hoy en el Museo de Navarra), que conmemoran la campaña del emperador contra la Liga de Smalkalda (1546-47), sobre las que discurría recientemente Concepción García Gainza.

Carlos I de España y V de Alemania: un monarca, un imperio y una espada, puestos al servicio de una Europa y de una Cristiandad, a las que quiso siempre unidas, en paz y en orden.

MES DE FEBRERO
(El mes de las purificaciones)

Quizás por ser hombre del sur -aunque sea del norte de ese sur-, no padezco el llamado *desorden afectivo estacional,* o melancolía invernal. Dicen los estudiosos anglosajones que, problemas personales aparte, nace tan extraña depresión en estas estaciones de poca luz, porque, desde el otoño a la primavera, los días son cortos, caen oblicuos los rayos solares, y abundan las jornadas nubladas o grisientas.

Pero, como nada de lo que es humano puede sernos ajeno del todo, antes de que me receten melatonina –nombre dulce y reconstituyente donde los hubiere- o antes de ponerme a soñar vanamente en el verano, cuando el invierno me gusta tanto, prefiero salir en busca de nieves reverberantes, arroyos y ríos sonorosos y lustrosos, mares fulgentes y creadores, rasos altos y silentes, abetales y pinares coronados de luz...

En fin, toda esa gama innumerable de tonalidades tonificantes que no están muy lejos de nuestras casas, y que no nos las pueden dar ni los tubos fluorescentes de lámparas especiales, ni las paredes pintadas de colores claros, ni las ventanas sin cortinas, una vez podadas las exiguas plantas de los tiestos.

Estamos ya en febrero, a mitad del invierno. Pero febrero no es símbolo ni evocación de la estación invernal, ni lleva sobre sí ninguno de sus atributos y referencias.

En el segundo libro de sus *Fasti* (Fastos), escritos en plena madurez literaria y dedicados al emperador Augusto, el poeta latino Ovidio sostiene que los padres romanos llamaron *februa* a los instrumentos de purificación. Y así los pontífices piden al rey y al *flamen* (sacerdote del culto) unas lanas que antiguamente se llamaban *februa*. Y las tartas tostadas, y la sal utilizada para purificar las casas, tras ser barridas, con el mismo apelativo se designan. Igual nombre tiene la rama cortada del árbol que cubre con hojas puras las sienes de los sacerdotes. El autor del libro vio a la mujer de uno de ellos solicitando los *februa*; tras solicitarlos, le dieron una vara de pino.

Los griegos pensaron, al decir de Ovidio, que los pecadores, al purificarse, se lavan sus hechos sacrílegos. Y, tras enumerar varios ejemplos clásicos, rematados con el de Alcmeón, que había matado a su madre y pidió al dios-río Aqueloo que le absolviera de su crimen, el poeta latino se encrespa y arremete: *¡Ah, demasiado cómodos los que creéis que los tristes crímenes de homicidio pueden lavarse en el agua de un río!.*

Cuando el año pasado describí el acto más importante de los Carnavales rurales de Alsasua y también de Unanua, dije lo esencial sobre las fiestas lupercales (*Lupercalia*) de Roma. Mucho de ellas puede verse en los Carnavales de Zubieta e Ituren, y alguna imitación en los urbanos de Elizondo, Sumbilla o Vera.

El autor de *Las Metamorfosis* canta la aurora del 15 de febrero que *contempla a los lupercos desnudos,* y entonces vienen las ceremonias de Fauno *(Lupercus), el de los dos cuernos.*

Buscando el origen del rito, se remonta hasta los arcadios, que, raza anterior a la luna, con un género de vida similar todavía al de las fieras, desnudos y silvestres, *sin artificio e inculta*, veneraba a Pan, dios de los rebaños, de la torada y de las yeguas. El dios recibía regalos por salvar a las ovejas. Desde allí trajo consigo el príncipe legendario de Lacio, Evandro (Euander), hijo de Hermes y de una ninfa, esas *deidades silvestres*, como también había traído la escritura y las prácticas agrícolas. Por eso los lupercos o lupercios (los miembros del colegio, nombrados cada año, encargados del culto a Fauno) se quitan la ropa y corren desnudos:

La propia deidad se goza en correr velozmente por las altas montaña y emprende espontáneamente repentinas huidas. La propia deidad va desnuda y manda que sus ministros vayan desnudos, pues la ropa no era muy cómoda para la carrera.

El poeta latino añade otras explicaciones populares, que son verdaderas *fábulas repletas de chanzas antiguas*. A la hora de explicar el nombre de *Luperco*, trae a cuento la leyenda de Rómulo y Remo, los hijos de la vestal Silvia y del dios Marte, salvados en una arqueta en el Tíber y amamantados por una loba (*lupa*). Por si faltaba algo, recuerda que el Fauno Liceo (lobo) tiene también un templo en Arcadia.

El rito sacrificial y procesional llevado a cabo por el colegio ilustre de los lupercos se encuadraba en la tradición, en buena parte perdida, de arcaicos purificadores y de fecundidad celebrados en el ambiente del Año Nuevo. Ahora, tras sacrificar el macho cabrío, vestidos con un trozo de piel de cabra, iniciaban la carrera purificadora en torno al monte Palatino, golpeando a los transeúntes, especialmente a las mujeres, como aparece en los textos, que ya cité en su día, del mismo Ovidio. La ceremonia pública se terminaba con un banquete del sacrificio entre los miembros, quizás doce, del colegio cultual. Son ritos que, de un modo y otro, se repiten en lugares muy distintos del mapa mundial.

Es posible que *Lupercus*, dios protector de los rebaños contra los lobos, fuera una divinidad antigua de la religión romana, semiolvidada después. Es dudosa la identidad Fauno-Luperco, y parece gratuita la asimilación al Pan arcadio, que tanto le gustaba a Ovidio. Podría tratarse tal vez de un genio de la vegetación –mezcla de lobo y bosque-, cuyo culto tendría que ver con la siembra y otras tareas agrícolas. De todos modos, bajo el nombre de Fauno, Pan, o cualquier otro, se esconde siempre en Roma el numen del dios Marte, protector y fecundante de los campos.

Que la fiesta se degradara poco a poco en carnavalada obscena no sólo es opinión del papa Gelasio, que la prohibió el año 494. El mismo emperador Augusto tuvo que poner orden y... caballería montada para conseguirlo.

Febrero se abría en Roma con la invocación de Juno-Lucina (también *Februalis o Februata*), la diosa principal de los romanos, quien, como encarnación de la Luna y diosa de la fecundidad, preside los primeros días de cada mes. El día 2 era la fiesta del *amburbium* (rodeo de la urbe). Día de la purificación de la ciudad, en el que se hacía dar tres vueltas a los animales (puercos, carneros y toros), que habían de sacrificarse después al dios Marte. Fue la jornada elegida sabiamente por la Iglesia para celebrar la Purificación de Nuestra Señora.

Tras las fiestas Lupercales venían, los días 16 y 17, las fiestas de las curias en honor de Quirino (*Quirinalia*), venerado en el Quirinal, dios de la prosperidad agrícola, identificado ya con Marte pacífico, ya con Rómulo. Eran también las *Fornacalia*, fiestas en honor a Vesta, diosa de los hornos que tuestan el farro.

El día 21 llegaba el culto público a los muertos, el día oficial de

aplacar *las almas de los padres* y de llevar pequeños regalos a las piras extintas: una teja adornada con coronas colgantes, unas avenas esparcidas, un poco de sal, trigo ablandado en vino: *Pon estas cosas en un tiesto y déjalas en el camino.* De ellas se servirán las almas sutiles, que andan vagando como sombras, de los cuerpos enterrados en los sepulcros. Día de la purificación de los muertos que remataba toda una semana de culto privado. Eran las fiestas *Feralia* (de llevar alimentos a las ánimas). Tenían su remate, en la jornada del 22, llamada *caristia* (de personas queridas), cuando los parientes se juntaban a comer y a rendir culto a la Concordia y a los dioses del hogar (Lares).

El día 23, en fin, era la fiesta del dios *Terminus*, ya sea una piedra o una estaca clavada en el campo. Junto a él se levanta un altar y se enciende la leña. Se echan tres veces los frutos en medio del fuego y luego vasos de diferentes vinos. La masa campesina, vestida de blanco, mira y guarda silencio. Se salpica el Término con la sangre del cordero. Después viene el banquete y se cantan las loas al dios que custodia la propiedad de los campos frente a rejas y rastrillos. Purificación, pues, de los términos.

No era tan loco Febrero, como se ve. Cuántas cosas heredadas de los romanos y de otros pueblos más antiguos, que aquí hemos ido después *inventándolas*.

CARNAVAL EN ZUBIETA

Cuando pasamos por Saldías y preguntamos por el camino más corto a Zubieta, nos pregunta, a su vez, el paisano:

- ¿Qué, a ver los cencerros?

Ha salido el sol, el buen sol, todo el sol de las trampas de las nieblas que se extendían, esta mañana, entre Arnaizu y Mendaur, sobre la regata del Ezkurra, y se solean los cañedos de los maizales, aún sin recoger después de tantas lluvias.

Nos paramos junto al puente medieval, de dos grandes ojos, muy enyedrado. Domina, seguro, las aguas, que bajan recias, y está bien acompañado de avellanos y sauces, y, más abajo, de alisos y chopos.

-Aún están en Ituren -nos dicen unos amigos de Pamplona, que llevan un rato esperando.

Así que subimos por la calle Mayor a ver el ambiente. En las paredes de las primeras casas, los pintores de brocha gorda al servicio de ETA han dejado su bárbara señal.

Hay mucha gente en el centro de la villa. En el *Herriko Ostatua* -que en la *Guía Telefónica* se llama Bar- es imposible abrirse paso. Mucha chiquillería de escuelas e ikastolas. Varios críos mean con gana al final de la calle, cerca del frontón (1929). En la pared lateral de éste, con grandes letras rojas: *Gora ETA* y *Estatu Espainola, Estatu terrorista.* Junto a la red metálica, una bandera pirata con la calavera y las tibias cruzadas.

Separado por unas huertas con acelgas y otras verdulerías, levanta su noble estampa dieciochesca la casa palaciana de Irigoyen, con su escudo de cinco cabezas de carnero, su balcón corrido, su buhardilla y su gallo veletero. Muchos chavales llevan las caras pintadas, y en la cabeza cucuruchos y gorritos rojos.

El largo balcón, con barrotes labrados, de casa Echeberrria -dos grandes puertas doveladas y escalera pétrea- está lleno de espectadores, que miran y esperan.

Los *joaldunak* (los que llevan cencerros) de Ituren deben de estar todavía almorzando en el barrio de Aurtiz, según nos dicen, y tardarán en venir. Los *joaredunak* de Zubieta están vistiéndose en la casa consistorial o *Herriko Etxea* -porche y cuatro plantas-, para salir a su encuentro.

Desde el domingo hasta hoy, martes, han salido por las casas recogiendo jamón, chorizo, huevos duros y otras especies, amén de algunas pelas para matar el ternero que suele ser el plato fuerte de estos días. Ahora se pondrán pantalones azul Bergara, sobre los que se colocarán una enagua y unas blusas blancas. Los de Zubieta no llevan chalecos o espalderos de piel de oveja, como sus vecinos de Ituren, pero sí

la faja de piel en la cintura, donde encajan, perpendicularmente puestos, los *polunpak* (cencerros). Se calzarán los *zapiñak* (peales o calcetines crudos de lana) y los *zatak* (rústicas abarcas de goma). Después se coronarán con el gorro cónico (*ttuntturro*), de medio metro de altura, con encaje de puntilla en la base, y adornado con cintas multicolores. De otro pequeño cono añadido, a modo de cucurucho, arrancan varias plumas de cola de gallo y otras aves.

De repente se levanta una algarabía a la entrada del pueblo, que va acercándose hacia nosotros. En una carroza ligera y mitinera, guiada y custodiada por *geos* bien armados, vienen perorando las máscaras locuaces de Felipe González y José María Aznar en una, poco reñida, carrera electoral (*Zubietato Hauteskundeak*: elecciones de Zubieta).

Un González, muy relleno y muy complaciente, anda pidiendo el voto para Aznar:

-Votad a José María Aznar, que es de los nuestros, que es de los míos. Es igual. Votadle a él, votadle...

Un Aznar, delgado y vacilante, sabe ser también agradecido:

- Qué simpático es este González. Qué bien lo ha hecho. Él sabe que yo le voy a imitar en todo, que soy su amigo...

Grandes risas, contagioso jolgorio. Otros gritan

- Fuera, fuera.

Ya salen los *joaredunak* zubietarras, con el *hisopua* (hisopo) en la mano derecha: mango de madera y pelo de cola de caballo, sujeto por una cubierta de piel con tachuelas doradas. Colgando del cuello, un pañuelo blanco y azul a cuadros, frente al rojo de los iturendarras.

Según los más doctos autores, *Zanpanzart* era el monigote grotesco (*Saint Panzart*= San Panzudo), paseado por las calles, juzgado y quemado el martes de Carnaval en algunos pueblos de Ultrapuertos. De ahí pasó, impropiamente, el nombre a significar el conjunto de los *joaldunak*, o cada uno de sus miembros.

Dos comitivas se saludan junto al molino de Zubieta (*Zubietako* Errota), a donde llegan, ahora en coches, los de Ituren, cansados ya de la fiesta de ayer y de la gira de hoy por los barrios y calles de su pueblo. Juntos, emprenden la marcha hacia Zubieta.

Pero, mientras llegan, desfilan las carrozas (*karroxak*) de las dos villas), van adornadas con ramas de pinos y haya, aliagas, helechos, cañas, etc. Las brujas de Zubieta *(Zubietako Sorgiñak*), que nos van arrojando polvos maléficos, de harina o de serrín. Un caballito con su montador vestido de águila. Una meta o almiar. Un señorón llamado Abana, con su enorme puro humeando. La fragua del herrero. Un conjunto de Rock. Un carromato del Oeste, con el sheriff poniendo orden en el desorden.

A derecha e izquierda de la calle mayor y de la plazuela o anchurón donde desemboca, corren los mozorros (*motxorroak*), vestidos de saco, pieles y máscaras salvajes, con palos y garrotes, con oleagas y espinos, ziriquiando, tentando, pinchando... a niños y grandes. Algunos chicos los siguen y se dejan seguir, gritándoles:

- *¡Zoro, zoro!* (loco, loco).

Vuelve otra vez la carroza electoral. Esta vez, bajo la sombrillas que le tiende Aznar, dice Felipe González:

- Tienes que engordar un poco, José Mari. Mira qué gordo estoy yo. Nosotros hemos comido y bebido mucho. Nos hemos puestos muy gordos. Si no comes más, si no te pones gordo, no puedes gobernar bien España. Ánimo, José Mari...

Las chanzas y remedos, que eso significa carnaval en vasco (*ihaute*, tiempo de mofas y remedos: *ihakin*), no pueden faltar en la fiesta.

El año pasado, el espectáculo principal fue la ejecución y funeral de Luis Roldán. Algo hemos ganado.

En 1934, una cuadrilla de mozos de Lerín paseó en un carro al entonces presidente del Consejo de Ministros, don Alejandro Lerroux, y a algunos de sus ministros; los organizadores acabaron en la Audiencia de Pamplona.

Ya llegan en dos filas los *joaldunak* -alrededor de cincuenta- de los dos pueblos de Malderreka, moviendo riñoneramente los cencerros. Hay entre ellos tres mujeres y cinco niños. Todos sudan como cabestros, mientras hacen por tres veces la ronda. Un señor con boina les reparte *piper opila*, torta casera, que cada uno toma con la mano izquierda, la única desocupada. El oso (*hartza*) de Ituren, bajado del Mendaur para la fiesta, cumple también su oficio entre los suyos.

Hace solo tres años se introdujeron las mujeres en el cortejo. Mientras a una de ellas, que está a mi lado, le parece feo para las mujeres

- *Itsusia da emakumeentzat, ez zait gustatzen batere...*,

a un hombrón, que nos oye, le parece tan normal:

- *Zergatik ez? Berdinak, emakumiak gizonak bezela dira...* (¿Por qué no? Las mujeres son iguales que los hombres).

Oyendo aquí sonar la melodía musical de los cencerros, de ritmo binario, parece claro que se trata de un viejo rito de conjuro. Rito que comienza en la noche mágica de Reyes, con cencerros, donativos

y la designación de mayordomos de carnaval.

Los oficiantes van vestidos como exorcizadores: puntillas, pieles a modo de capa pluvial, tiara cónica con cintas, hisopo... Suenan los cencerros, como suenan las campanas en los conjuros de las tormenta, como sonaban en las noches de las brujas. ¿Qué son los cencerros sino campanas silvestres y arcaicas? Van arrojando -resume J. Jurio- el mal de los campos y despertando a las semillas para que salgan, porque va terminando el invierno.

Estos cencerros tienen poco que ver con los que se oyen en la *Sinfonía nº 6* de Mahler, símbolo de los últimos ruidos percibidos por el hombre en el instante en que alcanza la cima de la montaña.

La acción mágica sobre la fertilidad de los campos, siempre conexa con el carnaval, aparece aquí en la costumbre de echar a voleo tierra, serrín y ceniza desde las carrozas o de manos de los motxorros, repitiendo el rito ancestral de la siembra.

Los *joale o joare* dejan de sonar y las carrozas se quedan en la plaza. Los *joaldunak*, los personajes de la farándula, incluídos los dos oradores electorales, van para la sala baja del *Herriko Ostatua*.

Dentro de dos horas los cencerreros de Zubieta acompañarán a los de Ituren hasta el viejo molino, en la carretera de Santesteban, y desde allí todos volverán a casa, aquéllos a pie y éstos en coche.

El carnaval (*carnem levare*: quitar la carne) anticarnavalesco de Ituren-Zubieta habrá terminado entre chanzas y conjuros inmemorables.

¿Y quién borrará esas pintadas infames de un pueblo tan lindo y divertido como Zubieta?

EN MONEIN
DONDE MURIÓ JUAN DE LABRIT

Entre Orthez y Pau, dos clásicos lugares de los Labrit o Albret, en el corazón de *Entre-deux-Gaves* (de Entrerríos, ríos pirenaicos), llego a Monein, lugar en que murió, el 18 de junio de 1516, el rey navarro Juan III de Labrit, esposo de la reina de Navarra, Catalina de Foix.

Monein está circundado de suaves colinas boscosas, salpicadas aquí y allí por algunas viñas altas y faldeadas. Lo primero que encanta al viajero es la torre - fortaleza alta y escultural de Saint-Girons, de la segunda mitad del siglo XV y primera del XVI, con sus ventanas renacentistas y su escalera de caracol, coronada por su linternita que alza la cruz y el gallo gálico. Por dentro parece toda una catedral, con sus dos naves desiguales, en tres tramos de bóvedas ojivales, y las bellas esculturas en los frisos de las columnas centrales, decoradas de motivos florales, animales y antropomorfos. No estaba del todo terminada cuando nuestro rey venía a morir cerca de ella.

Pero yo voy buscando ahora el castillo o palacio del señor de Esgoarrabaque, Jacques de Sainte-Colome, capitán del Fuerte de Trompette, en Burdeos, que en 1521 será uno de los lugartenientes del señor de Lesparre, en la tercera y última expedición, fracasadas las tres, por la reconquista de Navarra.

El 7 de julio de 1514 la reina de Navarra doña Catalina I de Foix clausura en Pau la sesión de los Estados del Bearne, acompañada del primogénito Enrique, nacido en Sangüesa en 1503, y de las infantas, Ana, Catalina, Quiteria e Isabel. Mal les van las cosas a los reyes destronados y exilados de Navarra ante el Papa León X y ante sus aliados Maximiliano de Habsburgo y Luis XII de Francia. Este último, recién derrotado en Milán y Génova, a pesar de sus buenas palabras y aun de sus retóricos llamamientos para una nueva acometida en el Reino perdido, prefiere volver a las conversaciones con su enemigo el poderoso Fernando de Aragón.

El Católico, que sabe bien lo que valen unos enlaces matrimoniales bien trabados, quiere casar al rey francés viudo de Ana de Bretaña con su nieta Leonor de Austria y a la hija de aquél, la bella Renata, con su nieto Carlos, el futuro emperador.

Pero el cincuentón y valetudinario Luis XII no desflorará el pimpollo de Leonor, sino que casará por interés con la reina viuda María de Inglaterra, para morir poco después, el primer día del año 1517.

A Luis XII sucederá en el trono de Francia un hijo de su primo hermano Carlos, llamado Francisco de Valois y Angulema, primo tercero de doña Catalina, nacido en 1494 en el vecino Cognac. Francisco había tomado parte con sus tropas francesas en el primer intento, octubre de 1512, de tomar Pamplona. Así que por varios motivos el acontecimiento regio llena de gozo los decaídos ánimos de los reyes navarros. Juan de Labrit se traslada a París con su hijo mayor, Enrique, príncipe de Viana, quien vivirá unos días frenéticos en medio del lujo y agitación de la corte de Francia, tan diferente de la pequeña y austera de Pau. París, según lo convenido, dará al heredero navarro el *estat* que le permitirá sostener su rango y, sobre todo, le adscribirá para siempre a la dinastía francesa.

Cuando su padre, a quien no verá más, deja París en abril de 1515 para volver a su señorío del Bearne, Enrique encuentra una segunda familia con la reina Claudia, una adolescente de 16 años, casi de su edad, hija de Luis XII y Ana de Bretaña, casada ahora con Francisco

I. Es bajita, delgada, feúcha y cojea de ambos pies, pero es muy bondadosa; tiene la tez morena, tan distinta de su hermana Renata, rubia y linda, el *partido* de mil pretendientes galanes y galantes, incluido pronto el mismo Enrique, y que acabará por fin casada con Hércules d´Este, heredero del ducado de Ferrara.

En los palacios reales se familiariza Enrique con la reina madre, la prudente Luisa de Saboya, duquesa de Angulema, o con la hermana queridísima del nuevo rey, Margarita de Angulema, casada por imperativo regio con el duque Carlos IV de Alensón, conde de Armañac, gobernador de Normandía, primer príncipe de sangre y segunda persona del Reino. Tras quedarse viuda en 1525, ya escritora conocida y mecenas de escritores, será dos años después esposa de Enrique II rey de Navarra, y pasará a la historia como la ilustrada y renacentista Margarita de Navarra.

Sabemos gracias al buen trabajo de Madelena Sáez Pomés que el príncipe Enrique vive en la corte las fastuosas bodas del senescal de Normandía, Luis de Brezé, con la bellísima Diana de Poitiers, la futura y esplendorosa amante del todavía no nacido Enrique II de Francia, o asiste a las jubilosas procesiones y al *Tedeum* de acción de gracias por las alianzas con los Austrias. Acompaña a su tío el nuevo rey Francisco a Melun, Montereau, Montargis, Chaurmont, Amboise, Romorantín, Bourges, Moulins...Cuando el rey, el duque de Alenson, y la flor y nata de los caballeros caballereantes del Reino pasan los montes para conquistar el Milanesado, el príncipe de Viana permanecerá al lado de las cuatro damas de Francia, en el palacio jardín de Amboise.

El 1 y 2 de enero de 1516 Enrique y las princesas de Francia visitan el Santo Bálsamo de San Maximino en Briñoles. El 3 entran en Marsella, donde, con algunas escapadas por los alrededores, estarán hasta el día 30.Luego en Aix y Arlés. El 3 de febrero, en

Tarascón, se enteran del óbito de Fernando el Católico, fallecido el 23 del mes anterior. El 13 se reúne con ellos el rey Francisco I. En Aviñón el príncipe navarro y las damas son retenidos por el mistral. El Señor sigue hasta Lyon.

Azuzado por el rey de Francia, que había escrito a Juan de Labrit a darse prisa, sin aguardar el envío de tropas francesas, echó a andar el exilado rey de Navarra con un pequeño grupo de gascones, bearneses, y navarros agramonteses por tierras de Ultrapuertos, yendo a tomar el viejo camino de Carlomagno y los peregrinos de Roncesvalles. Pero su poca fuerza le hizo detenerse y pedir ayuda a su tío Francisco I, que no llegó.

El mariscal de Navarra entró, por su parte, con sus fieles agramonteses por el Valle del Roncal con la intención de llegar a Lumbier y Sangüesa pero fueron hechos prisioneros por las tropas castellanas en marzo de 1516. El rey don Juan de Labrit tuvo entonces que levantar el sitio de la ciudadela San Juan de Pie de Puerto y ponerse a salvo camino del Bearne.

De nuevo las uvas estaban verdes. El escarmentado y bergante rey francés aconsejó ahora a sus parientes navarros que se olvidasen de las armas y reemprendieran la vía diplomática. El Papa León X, que miraba ya con muy buenos ojos al nuevo rey de España, no se mostró más propicio que antes. Ni los embajadores de Carlos de Gante, en las negociaciones iniciadas con Francisco I en Noyon, el 9 de mayo, pudieron decir otra cosa sino que no tenían instrucción alguna sobre la cuestión de Navarra, aplazando tratar el asunto cuando estuviese el rey en Castilla.

Mientras tanto, la familia real francesa ascendía a la roca de Balme, en el Delfinado, a dos leguas de Cremieu, donde Francisco de Valois y sus pares se entretenían en cazar. Su sobrino de Sangüesa se alojaba cerca. *Il est là, mercy à Dieu, bien sain et gaillart et se*

fait grant et tout gentil et est fort aimé en ceste court de toutes gens; entre autres la Royne l´ayme plus que chose du monde et croy que si elle avoit puyssance, qu´il s´en appercevroit..., escribía por entonces el señor de Lussan, mayordomo de Alano el Grande de Labrit, el abuelo, al padre del nieto, Juan III. El príncipe estaba sano y gallardo, se hacía hombre y guapo y era querido por todos, especialmente por la Reina.

Pero el pobre padre, rey exiliado y tres veces vencido al fin y al cabo, presa de profunda melancolía y desengañado de todo, encontraba sólo alivio en la religión cristiana. Yendo un día de peregrino a visitar unas reliquias, le atacó la fiebre el 9 de junio y se vio obligado a guardar cama en el castillo de Monein. El día 17 otorgaba testamento nombrando principal heredero al primogénito Enrique, que ese día volvía con la corte francesa, desde Chambery, de visitar el Santo Sudario en la Sainte Chapelle del castillo de los Duques de Savoya.

Al día siguiente fallecía, enfermo de mal de muerte, y acompañado de la reina de Navarra, Catalina de Foix, el último rey que reinó en la Alta Navarra.

Pero yo no encuentro el castillo que busco en Monein. Miro las bellas alquerías (*fermes*) de los siglos XVII y XVIII. Demasiado recientes. Miro el *chateau de Florence*, sobre el pueblo, donde nació el músico Henri Duparc, y el más accesible *chateau Pascal,* con su portada del XVI. ¿Era uno de estos? No lo sé. Nadie sabe darme razón. A pesar de todo, y en nombre de muchos navarros, dedico esta tarde en Monein a nuestro rey don Juan III, la última de mis andanzas tras los Albret-Labrit.

DE VIANA A LA MUGA RIOJANA
(Camino de Santiago)

La otra vez terminó el viajero la etapa a los pies de la Viana medieval y en medio de la Viana actual. Y ahora continúa, rehecho y repuesto, la breve caminata que lo lleva hasta la muga navarro-riojana, hoy resaltada por un letrero político-administrativo, que a los viajeros y peregrinos ni les detiene, ni les anima, ni les asombra.

Pasando un breve y molesto tramo de la carretera, se abre el bendito camino rural, al otro lado de unos pinos carretiles, y entre allozos y olivos, que era lo nuestro hasta que entramos en la ciudad.

El camino se ensancha en seguida y pronto se trifurca: Camino de Cuevas, Camino de Caracuevas y Camino del Alto del Sequero. Seguimos por la derecha, por donde nos avisa un viejo indicador: Virgen de Cuevas.

Se les cae la flor a los espinos de los ribazos, entre juncos. Una señal alta, con cubierta triangular, sobre poste de hierro, nos advierte, de parte de la Compañía Logística de Hidrocarburos, del peligro del oleoducto que pasa por aquí, por si, en caso de *avería anómala*, queremos llamar al teléfono tal o cual. ¡No tenían este peligro, pero tenían muchos más, los antiguos peregrinos jacobeos!

Hay por los alrededores viñas jóvenes, de cepa baja y anchos espacios entre los liños. También algunos liegos.

Pasa alegre entre choperas, olmillos y matorrales el río Cuevas, que poco antes se llama río de Valdevarón, desde que nace en tierras alavesas. Cerca de la ermita se une con el Perizuelas, también de origen alavés. Debió de tomar el nombre de la aldea medieval, llamada otras veces Pezuelas y Prezuelas, al suroeste de Viana, junto al camino del mismo nombre, que llega hasta Oyón.

El año 1148 su iglesia fue vinculada a Santa María de Roncesvalles. En ese tiempo el monasterio de Leyre ya poseía heredades en su término y, poco más tarde, el de Iranzu. Sancho el Fuerte le concedió fuero. Con cuatro fuegos tan sólo a mediados del XIV, quedó despoblado a comienzos del siglo siguiente.

Luego, por la villa llamada Cuevas (Covas) fluye un río igualmente nocivo.

Lo dice nada menos que el *Liber Sancti Jacobi* o *Codex Calixtinus*, en el capítulo VI del libro V. Igualmente nocivo se dice en relación con el río de Torres, malsano para animales y hombres que en él beben.

Echamos una ojeada hacia Viana, que desde aquí aparece medieval y murada, con los dos torreones de San Pedro y Santa María.

En su novela *O César o nada*, Pío Baroja describe una ciudad castellana, que denomina Castro Duro, asentada sobre un cerro de tierra roja -probablemente Toro-, que nuestro Ignacio Elizalde, conocedor como nadie de clásicos y modernos en su relación con Navarra, confundió, curiosamente, con Viana. Tal vez porque en Castro Duro hay un miradero, desde donde se ve una gran hondonada y un vasto horizonte, y caserones con escudos, y una iglesia mayor y un palacio...

El camino jacobeo, levemente curvado, es cómodo y seguro. Los últimos aguaceros han removido las orillas del riachón y, junto con algunas basuras, han caído sobre el cauce.

Ya está ahí la ermita de Santa María de Cuevas.

Unos chopos. Unas acacias. Una torrecilla. Unas tejas grises. Un templete con tejas rojas. Cantan muchos pájaros. Y una alondra se despega de un campo de tierra suave, recién sembrado.

Varios coches alrededor. Cinco nogales patriarcales, uno con aparato ortopédico de cemento. Varios bancos de sentar. Sobre la cornisa de un pórtico lateral se lee *AVE MARIA*, con grandes letras pintadas.

Cuevas fue un poblado de origen prerrománico. Comenzó a despoblarse en 1219, al ser anexionado a Viana. Iglesia y cofradía están documentadas ya en el siglo XIV, pero el templo actual tiene toda la pinta del siglo XVII.

Pegante a la iglesia, de una nave y cúpula con linterna, hay una casa de sillares, que sirve de sala de juntas y sacristía, con arco de ingreso, balconcillo y espadaña con campana.

Un grupo de mujeres morenas con niños andan entre las dos mesas altas de piedra cerca de la galería, llenas de papeles, botellas y cosas de comer, mientras los varones llevan fajos de leña hacia el lado oeste de la ermita. En un rincón del muro oriental, una pila de piedra y un letrero bajo: *Prohibido lavar la ropa.*

Dicen los libros que en el interior del templo hay bellos retablos y tallas de los siglos XVI, XVII y XVIII, y la de la Virgen de Cuevas,

gótica muy restaurada, que da nombre y renombre a la ermita. Le decimos con el padre y maestro Berceo:

Tú guía nuestra vida que non la enconemos,
Tú sei nuestra via que non entropeçemos:
Tú nos guia, sennora, quando daqui iremos,
Commo a Dios veamos, con él nos alegremos.

Por el rumbo sur se descoge un pradillo verde, lleno de arbolitos jóvenes -acacias, ciruelos japoneses, y cipreses al fondo-, con bancos de piedra, que formarían un plácido merendero, si sus contornos no estuvieran tan sucios y descuidados. A ver si lo limpian antes de de la romería del lunes de Pascua.

Al otro lado del camino adelante, aún pueden identificarse entre los matorros, paños, arranques de nervios, ventanas, un arco rebajado. . . de lo que fue iglesia y convento de trinitarios -*La Orden*- en el siglo XIII. A partir de 1303 fue encomienda, con iglesia y hospital, de Roncesvalles, que en 1810 los vendió a la iglesia de San Pedro y a la cofradía de Cuevas. Una especie de corral abierto y tentadero anejo, cochambroso, hace aún más patéticos estos restos históricos.

Salimos hacia un amplio horizonte de viñares y sernas, frente a la breve tiramira que separa las desembocaduras del Leza y del Iregua. Un corral con muchos fardos de paja muy llovida en el exterior. Enfrente, en medio de una breve elevación, con hierba y tomillos, un hito cubierto de líquenes grises y anaranjados guarda este mensaje, aún legible: *Recuerdo de la rogativa, 3 de abril de 1899*. ¿Sería contra alguna peste, a favor de la lluvia quizás? Los peregrinos somos siempre rogantes, gente de rogativa en pie, y nos unimos, en torno a este jalón votivo que va a cumplir un siglo, a todo aquel fervor multitudinario:

De los desolados
alivio, y penados,
Santiago, ayuda.

El camino baja y atraviesa una llanura de herbales que crecen sanos y salvo. Unas nubes que se acumulan en forma de nimbos desasosiegan un poco la tarde. Apeonamos. Allá lejos cabalgan, guardando distancias, las sierras de Codés y Lapoblación.

Entramos en un terreno salitroso, con muchas balsas pequeñas de agua, donde salen tamarices. Cerca, un chamizo con tablas y bidones.

Una gasa sutil de neblina vela el sosiego sesteante del embalse.

La ría jacobea se acerca a unos pinos y luego entra peligrosamente en la carretera, por donde corren, desde hace rato, haciendo un ruido de mil demonios, unos muchachos con motos, que parecen la contrafigura del peregrino, silencioso e inerme.

Nos desviamos hacia la laguna, por donde sigue otro camino, que también se llama de Santiago en la vieja chapa de la señal.

El viajero ya dio vueltas y revueltas por estos parajes fronterizos y lacustres. Pero ahora le parece mucho más voluminoso el polígono industrial de la gran ciudad que es Logroño, bajo la serrezuela de Cantabria, y en Varea, casi al borde de los carrizos. Una nueva carretera, que enlaza luego con la de Mendavia a Los Arcos, ha dado bríos y facilidad a toda la zona.

Si ahora se potencia, como parece, el aeródromo de Recajo, Cañas pasará a ser el gran estanque de un jardín público, que deberá estar mucho más limpio de lo que está. Por todas partes hay papeles, bolsas, basuras. . .

Sobre el altillo de la ribera norte de la laguna han hecho una casita: *Reserva natural. Observatorio Las Cañas.* Una cinta de romero rodea todo el perímetro de la construcción. Algunos espinos albares en flor. Los últimos relumbrores sobre los cañizos.

Una joven estudiosa, sentada junto a la pared sur de la casa, con un gran perro, mira con una especie de periscopio hacia las aves nidificantes que estos días se acercan a la reserva.

- ¿Qué, trabajando?
- Si señor.

El cielo celoso se cubre seguro de nubes umbrías.

Y cierran sus puertas selladas de noche los viejos caminos.

SOBRE CAPARROSO

Primaverean los altos hayedos de Alaiz. Por el Carrascal el viajero contempla unas sernas verde esmeralda, que proclaman la plenitud de la estación. Da el sol en los plásticos que cubren las esparragueras, brillantes como balsas. Torre de la azucarera de Marcilla: pero la cigüeña ha elegido un nido más bajo sobre el que se inclina absorta.

En un descansillo de la línea de escarpes yesíferos que lame el rio Aragón, se yergue aún airosa y airecida la torre de la iglesia antigua de Caparroso, llamada *alta*. Por encima corre una leve orla verde.

Un rebaño, con un pastor casi niño, pasta junto a la ermita de la Virgen del Soto, como en el cuadro de una aparición legendaria.

El viajero, pasado el puente nuevo, tira por una calle transversal hacia el oeste y atraviesa diferentes estratos urbanísticos. Dejando a un lado la calle del Progreso, enfila la calle Primo de Rivera y luego la del general Mola, que representan dos etapas históricas, y

sube por otra empinada y antigua hasta las últimas casas, junto a las que juegan unos mocetes muy morenos con un balón, bajo un escarpe de yeso. Desciende por una calle con nombre de romance, la calle Zara, y, perdido ya el rumbo, pregunta a un paisano, recostado sobre el pretil del Barranco de la Cabrería. Es de Jaén y vino hace veintitantos años a trabajar a la cooperativa del Cristo. Me elogia la nueva canalización del barranco, que se ahonda entre unas casas altas y unos hortales con higueras, antes de pasar sumisamente bajo el arco del pasadizo. Le digo que el terreno frontero se parece a las tierras de Almería, que él conoce mejor que yo

- Bueno, y a la Bardena.
- A la blanca, sí.

Alrededor de la nueva iglesia de Santa Fe, en un alto rellano sobre el río, han peripuesto unos jardincillos, un parque infantil y unos asientos con respaldo.

Desde aquí hasta la cima, donde se emplaza la iglesia antigua, el camino, aunque pedregoso, es curvado y llevadero, y el que quiere tirar por la vía de *enmedio* tiene también el atajo libre por el repecho. Son bien visibles los restos de antiguas edificaciones del Barrialto, ya integrados en el paisaje, junto a los que crecen el zarzal, el escambrón o el espino, y florecen las drabas (que aquí llaman floridas), los ziapes, los murajes, las malvas o las margaritas. Un tosco vía crucis de hierro sustituye al ya muy irregular de piedra que se estaciona en la otra vertiente, camino de la iglesia alta.

Desde el cómodo corredor-mirador de la cima aparece el triple, al menos, asentamiento de Caparroso, cada uno con su iglesia, símbolo de un tiempo y de una situación diversos. Hay autores que afirman

que la primera población pasó del llano al monte por los perjuicios de las crecidas en terrenos tan lábiles y quebradizos, pero otros aseguran lo contrario.

Todo parece indicar que el viejo castillo de Qabarrus, quizás muy anterior a los moros, cuyos alcaides e historia posterior conocemos, estuvo en el alto vigilante sobre el derrumbadero, cercano durante mucho tiempo a la raya que dividía el Norte cristiano del Sur musulmán. Fosado, murado y guarnecido por Alfonso el Batallador, fue uno de los primeros en contar con cañones para su defensa, y se desmoronó en un corrimiento de tierras a comienzos del siglo XV.

El sol es nuevo cada día, dijo ya el viejo Heráclito, cuando el sol era un poco más joven que el de hoy. Y el sol y las abundantes lluvias pasadas han hecho todo más nuevo y lustroso. Hasta los turrungueros llevan ahora guirnaldas y entrelazos de césped.

Desde Moncayuelo, Araiz y Altarrasa van y vienen los ares y mares de los alcaceles hasta que llegan a los terrenos aluviales del regadío surcado por una sabia red de acequias, ríos y cañas, invisibles desde aquí. Sólo el Cidacos tiene nombre de río de verdad, y, tras pasar junto a un arbolado Traibuenas, se espesa su nombre en río relumbroso y desembocador, atravesando el Refoyal y el Soto Manolo con una milicia de chopos.

Traza el Aragón cerca del pueblo dos curvas de ballesta medieval, tembluno de sol y de cierzo leve, entre prietos y pimpantes sotos ribereños, todavía verdoyos a trozos, y hasta ambarinos. Pasa junto a las resbaleras yesosas atento y cauto; seguro bajo los ojales de los dos puentes. Verde claro, verde hierba, verde álamo, verde-azul cielo en ocasiones, verde río verde. Sosegando siglos de cataclismos geológicos, de sobresaltos geográficos, de históricas catástrofes.

tista sobre zócalo de sillares y torre campanera del siglo XVIII.

El poblado alto se atrinchera entre el río, amansado y puesto a raya, y un acoso permanente y pacífico de vales (pequeños valles) ortoclinales (rectamente plegados), separados por paralelas crestas yesíferas, terrosas y grisáceas, que se llegan hasta las mismas carnes del casco urbano, en forma de serrezuelas alargadas (NO-SE), repobladas de pinos por el flanco oriental. En el espolón más alto -Punta Pancho-, volado sobre la casa consistorial, dentado de hojas de yeso, se sientan unos mocicos, que parecen cabalgar sobre la tarde de abril.

En las tres vales centrales -Solanal, Camino Viejo y Portillos- se alinean hileras de casas, algunas de adobe y ladrillo, entre aliagas, romeros, tomillos, espliegos, sosas y sisallos en flor, componentes clásicos de la garriga mediterránea.

En el parque junto a la iglesia se bolimbian unas chicas en la cilimosca. Unos caballos negros pastan en los yerbines de la orilla del río Aragón, cerca de unos cardedades, al pie del talud, sobre el que quedan unos escombros. Sube un matrimonio con un niño corretón.

La garriga mediterránea coloniza también la cresta desde la que miramos y las vales occidentales, que se amurallan frente al Aragón, hasta el Garganchón de las Coseras, cortado arcilloso oriental que da paso a la mesetilla sobre la que asoman los herbales de Yerba Vacas y Juncal.

Bajo las Coseras (o Corseras) se abre la Bardena de Caparroso (¿de *caput rossum* (cabeza roja), por las arcillas altas que separan las planchas de yeso?), vulgarmente llamada Cabrería o Corraliza. Sí, cabras de arcilla. Rebaño natural pastoreado por el sol y el viento y los perros de la erosión. Algunos planos. Cabezos y cabezuelas. Pirámides diminutas. Covachas, huecos y huecuras. Barranquillas. Esbarizadores

tista sobre zócalo de sillares y torre campanera del siglo XVIII.

El poblado alto se atrinchera entre el río, amansado y puesto a raya, y un acoso permanente y pacífico de vales (pequeños valles) ortoclinales (rectamente plegados), separados por paralelas crestas yesíferas, terrosas y grisáceas, que se llegan hasta las mismas carnes del casco urbano, en forma de serrezuelas alargadas (NO-SE), repobladas de pinos por el flanco oriental. En el espolón más alto -Punta Pancho-, volado sobre la casa consistorial, dentado de hojas de yeso, se sientan unos mocicos, que parecen cabalgar sobre la tarde de abril.

En las tres vales centrales -Solanal, Camino Viejo y Portillos- se alinean hileras de casas, algunas de adobe y ladrillo, entre aliagas, romeros, tomillos, espliegos, sosas y sisallos en flor, componentes clásicos de la garriga mediterránea.

En el parque junto a la iglesia se bolimbian unas chicas en la cilimosca. Unos caballos negros pastan en los yerbines de la orilla del río Aragón, cerca de unos cardedades, al pie del talud, sobre el que quedan unos escombros. Sube un matrimonio con un niño corretón.

La garriga mediterránea coloniza también la cresta desde la que miramos y las vales occidentales, que se amurallan frente al Aragón, hasta el Garganchón de las Coseras, cortado arcilloso oriental que da paso a la mesetilla sobre la que asoman los herbales de Yerba Vacas y Juncal.

Bajo las Coseras (o Corseras) se abre la Bardena de Caparroso (¿de *caput rossum* (cabeza roja), por las arcillas altas que separan las planchas de yeso?), vulgarmente llamada Cabrería o Corraliza. Sí, cabras de arcilla. Rebaño natural pastoreado por el sol y el viento y los perros de la erosión. Algunos planos. Cabezos y cabezuelas. Pirámides diminutas. Covachas, huecos y huecuras. Barranquillas. Esbarizadores

o resbaladeros. Y, al final, unas huestes, contenidas, de pinos negros. Ni los óleos de J.M. Díaz Mozaz, pintor de Caparroso, son tan vivos como esta cercana vivencia incomparable.

¿Y qué hacemos con esta bellísima ruina gótica, la más alta y completa que tenemos en Navarra? ¿Dejarla caer? Unos bárbaros estozoladores, de la raza de los que han destrozado impunemente, por dos veces, todas las instalaciones de los Fosos de la Ciudadela de Pamplona, han roto aquí también las pantalla que iluminaba, de noche, la iglesia. ¿Qué será de escudos, claves y capiteles que quedan?

Hierbas altas, mostazas y ortigas cubren lápidas, nombres, restos de madera y piedra en el patio artificial y en el cuadrado cementerio adjunto. Una paloma vuela desde la cornisa geométrica de la torre cuarteada de ladrillo.

Nombre indígenas modernos -Cristina, Marta, Julio...- están grabados en las piedras areniscas de la entrada.

Al atardecer, el último sol, se despide de Caparroso, durante unos segundos, desde el hueco de la ventana ojival del ábside del templo, convertido en templo solar.

Y, en tardes luminosas como ésta, cuando el sol se pone, el Aragón guarda durante un largo rato, en su espejo verdiplata, la luz pura que ha ido atesorando desde las cumbres del Pirineo.

PROCESIÓN EN CARCASTILLO Y MÉLIDA

El cielo de marzo se vuelve claro cuando nos acercamos a Marcilla. Flotan unos cúmulos sin saber por dónde tirar. Hay un doble rastro de un avión de propulsión a chorro.

Nos da en la cara la inocente albura de la flor de los cerezos. Y el ventalle de los chopos verdiámbar desde las orillas del Aragón. Solemne y austera visión de Santa Fe en Caparroso, digna del Solana del Viernes Santo. En Mélida va la gente a la iglesia, en la placidez cotidiana de sus casas bajas y familiares. La parda mole de La Oliva tiene echado un paño de tristeza, entre el verderío primaveral de regadíos y sementeras.

Unas grullas vuelan altas y organizadas sobre los campos abiertos de Carcastillo. En la torre ladrillosa de la villa se entretienen dos cigüeñas. Pasamos hacia La Plaza, como la llaman aquí, por la calle dedicada a Juan Alfaro, aquel excelente teólogo y profesor que el viajero conoció y admiró en la Universidad Gregoriana de Roma. Una calle con muchos balcones y todavía poca gente. Desde la casa consistorial, llega un aviso sonoro: *Hay coches en la plaza que no están desalojáos.*

Desalojen los coches para la procesión.

En la oscuridad cisterciense y neogótica de la iglesia del Salvador, cobijada por la bóveda de medio cañón y poderosos arcos fajones, medio rota a ratos por la luz del atardecer, se alza el Cristo de la Vera Cruz, de finales del XVI, muy expresivamente doloroso y ya preparado para la procesión.

Fuera, en el número 13 de la Plaza, están subidas las persianas y descorridos los visillos tras la balconada corrida del viejo Palacio de los Abades. Abierto el portalón dovelado, y cegatillos o cegatones como siempre casi todos los arquillos de la galería.

Chicos y chicas, mozos y mozas, gente madura también, van por la plaza y por la calle de la Iglesia con hábitos de varios colores. En el número 5 de la calle, detrás del templo y del frontón, está el almacén nuevo donde se guardan durante el año los *pasos*, en la compañía fraternal de los gigantes y cabezudos, siempre muy educados y respetuosos, que para esos son todos del pueblo.

Una señora muy amable, de nombre Angelita, nos informa de cómo, cuando llega el tiempo, la Cofradía de la Vera Cruz hace limpiar las imágenes. Tras la función del Jueves Santo, se subastan los pasos en la Casa Consistorial entre familias, cuadrillas, quintos..., que se encarga luego de llevarlos y acompañarlos. Todos llevan ahora cirios eléctricos, menos la Dolorosa que lleva cirios naturales dentro de las tulipas.

A estas horas casi todos los *pasos* están ya en la calle, en fila, dispuestos para salir: la entrada de Jesús en Jerusalén; Jesús en el Huerto; ante Pilatos; coronado de espinas; con la cruz a cuestas; descendido de la cruz; la Dolorosa y Jesús en el sepulcro.

La procesión arranca, pasadas las ocho y media de la tarde, de la calle de la Iglesia, y por las calles Posito –como pronuncian aquí- y Nueva, llega a la calle Mayor, que desemboca en la Plaza. La gente se arracima junto a las escaleras del atrio, frente a la Casa Consistorial, ahora muy renovada, y sobre todo junto a la desembocadura de las calles San Juan y Juan Alfaro en La Plaza.

De la iglesia sale, el portador entunicado con la bandera de la Cofradía, abriendo el desfile. Tras de él niñas y niños, vestidos con túnicas de varios colores hacen de *patriarcas*: Neftali, Isaac, Zabulón, Benjamín... Otros personajes bíblicos, vestidos con túnicas blancas y fajas rojas, llevan las tablas de la Ley, el Arca de la Alianza... Fragmentos de la tradicional procesión barroca española, que tan bien se conserva en Corella y que en Carcastillo consigue una notable representación.

Luego viene el primero de los *pasos*: la Entrada de Jesús en Jerusalén, con ramas de olivos de verdad. Una turba de niñas y niños, vestidos de judíos, tras él. La gente va bajando la voz. Alguien tira el cigarro. Me parece muy hermoso el rostro de Cristo en el Huerto. Cuando pasan las imágines de Jesús y Pilatos, me acuerdo del miliario y de la estela con tres estrellas y la inscripción de *Porcius Félix*, encontrados en término de Carcastillo. Por aquí pasaron y vivieron también romanos, que buscaron la verdad o dudaron de ella, o, como el infame procurador en Palestina, vendieron, por miedo y codicia, la verdad de otros hombres a infames asesinos.

Dan las nueve, más solemnes y graves que nunca, en el reloj de la torre.

Unas mocetas llevan en las manos los símbolos de la pasión. Se detienen delante del templo, de sonde sale, llevado a hombros, el Cristo de la Vera Cruz, y mucha gente con él:

Tú eres el Hombre, la Razón, la Norma,
tu cruz es nuestra vara, la medida
del dolor que sublima, y es la escuadra,
de nuestra derechura: ella endereza,
cuando caído, al corazón del hombre.

Siguen el Descendimiento, el Sepulcro, y, al final, la Virgen llorosa, detrás de la que se coloca la banda municipal, que arranca con unos compases sonoros y lúgubres. Cierran la marcha las autoridades religiosas y civiles. La plaza se vacía porque la gente se va tras los últimos pasos hacia el oriente de la villa, acompañando al Señor de la vida y de la muerte. A la vuelta, con toda la gente en torno a los pasos detenidos, el párroco hará aquí el breve y clásico *sermón de la Dolorosa*

Salimos sigilosamente por las calles España, Sarasate, Dos de Mayo, La Oliva..., hacia Mélida, donde aún podemos encontrar la procesión, que ha salido un poco más tarde. Luces de Santacara, el rumor contenido y tenebroso del río, las piadosas arboledas...

El occidente parece hoy más occidente y occisor que nunca, como les pareció a todos los grandes pintores, que todos ellos pintaron el inmenso acontecimiento de la matanza, no sólo la muerte, del Señor.

Al ocaso del día en que moriste,
se acostó el sol en nubes de sangría,
en nubes agoreras que anunciaban,
el tormentoso anhelo de los hombres.

Subimos por la calle del Castillo, junto a unos viejos escudos de viejos portalones y por la de Santa María bajamos hasta la iglesia, también relacionada, como la de Carcastillo, con el Císter. Está cerrada, iluminada por dentro, iluminados el reloj y la torre. Oímos a lo lejos la música de la banda. Atravesamos la carretera y encontramos la cabecera de la procesión en la confluencia de las calles Santiago y Nueva. Pasan ahora delante de nosotros chicas y chicos, vestidos de judíos, con ramos de olivos rodeando al primer paso. Este y los demás vienen a hombros de portadores entunicados, en un movimiento de tambaleo acompasa-

do que hace aún más impresionante el sufrimiento, la humillación, la angustia del pobre y divino condenado a muerte. Unas jóvenes llevan también aquí en las manos los símbolos, un día abominables, ahora sacros, de la crucifixión. A los dos lados vienen hombres solos. El paso del Cristo Crucificado se para ante nosotros, mientras redoblan secos unos tambores:

Tú salvaste a la muerte. Abres tus brazos,
a la noche que es negra y muy hermosa,
porque el sol de la vida la ha mirado,
con sus ojos de fuego: que a la noche,
morena la hizo el sol y tan hermosa.

Los soldados romanos, solemnes, marciales, casi centuriones, custodian el Sepulcro. Las mujeres forman el cortejo de la Virgen Dolorosa.

En Santacara vuelve ya la gente de la procesión. En Pamplona y en todo el norte de Navarra la lluvia ha impedido las procesiones.

En el cielo y sobre todo en el alma es noche de Viernes Santo.

LA PASCUA FLORIDA Y HERIDA

Madrugaban, en tiempos, las mujeres de Lacunza para ir a la ermita de la Magdalena, ya desaparecida, en el término de Zabadarte, y regresaban anunciando a los vecinos, en un vascuence macarrónico, la alegría de la Resurrección:

-¿Zer esaten didaz, Madalenia?
- Resuzitatu dala beroren semia
- Ay, au gozua! Ay, au gozua!
- Pazko eguna da ta gloriosua

(-¿Qué nos dices, Magdalena?
- Que ha resucitado su hijo.
- Ay qué gozo, qué gozo.
- Hoy es el día glorioso de Pascua)

De un modo u otro -en la Grecia de hoy se mantiene viva la costumbre-, se celebraba con parecidos ritos la fiesta señera de la Pascua en toda la Cristiandad.

Las numerosas procesiones pascuales del Encuentro entre Jesús y María representan, de un modo más solemne y paralitúrgico, la misma tradición. Aquí, entre nosotros, desde los claustros de la catedral de Pamplona hasta la espectacular *Bajada del Ángel* en la Plaza Nueva de Tudela, que el viajero sólo se la pierde cuando no se despierta a tiempo por el cambio de la hora.

También en otros muchos pueblos y ciudades los portadores de la Virgen en andas harán las debidas *cortesías* delante de la cruz, y ondearán banderas a su paso. Niñas y niños, vestidos de ángeles, quitarán los velos negros a las Dolorosas y las convertirán en Inmaculadas. En Cabanillas, después de la procesión del Encuentro y del recital del ángel-niña ante la Virgen desvelada, ocupará el lugar el diabólico y agilísimo Judas -resto del Carnaval-, que, al final, será reducido y ajusticiado por los mismos soldados romanos que protegían poco antes, tan vistosamente, la procesión.

Cuenta la leyenda judía que al rabino Kajim de Volosohin se le concedió, tras su justa vida en la tierra, entrar inmediatamente en el cielo. Pero puso como condición que todos los maestros y alumnos de su escuela sinagogal tenían que entrar con él. Aún más: que todos los judíos, y, con ellos, todos los paganos, debían correr la misma suerte beatífica.

Le dijeron entonces al piadoso y misecorde rabino que de momento no era posible complacerle, porque estaba pendiente aún la decisión sobre la venida del Mesías.

Ante tal respuesta, el magnánimo rabino rehusó serenamente entrar en el paraíso.

El prolífico teólogo africano Orígenes (185-254), director de la Escuela de Alejandría y, más tarde, de la de Cesárea de Palestina, que murió a causa de las torturas sufridas en la persecución de Decio, teol-

ogizaba sobre el tema capital de esa leyenda judía. Comentando las palabras de Jesús en la última cena, ponderaba las causas del duelo del Salvador. Él no puede beber el vino de la fiesta a solas, y ha de esperar a que todos lleguemos al Reino. El que cargó con nuestras culpas y curó nuestras heridas no puede sino aguardar a que sanemos del todo. Ni los profetas, apóstoles y santos reciben al morir el premio completo de sus méritos: nos esperan a todos los demás.

El Señor y Salvador no tendrá la plenitud de la alegría mientras falte algún miembro de su cuerpo. No recibirá gloria plena sin tí, sin su pueblo.

La imagen de un Jesús triunfal, que escala a lo más alto del cielo empíreo, como dominador y soberano, al estilo de los señores de este mundo, y al margen de su vida redentora, recuerda demasiado los estereotipos de ciertas religiones y culturas antiguas, y nos sirve muy poco para nuestra religión cotidiana, ni optimista ni pesimista: cristiana.

Algunos teólogos y pastoralistas a la violeta, tan modernos ellos, suelen criticar el dolorismo y pasionismo de nuestro pueblo, capaz de sentir a fondo el rudo dolor del viernes santo e incapaz de sentir el gozo sublime del domingo de resurrección; autor y actor de procesiones, dramas y autos de pasión, y alejado luego de la suprema fiesta cristiana. No es el caso del finísimo y cultísimo Luis Maldonado, a quien ahora sigo.

Porque una cosa es la historia, representable, de la tarde del viernes, y otra la intrahistoria, imposible de representar, de la mañana del domingo. Además, no hay celebración auténtica de la pasión sin que lleve dentro el gozo profundo de la resurrección, como no hay celebración genuina de ésta que no tome en serio aquélla. Y no es más fácil lo segundo que lo primero. El misterio pascual o abarca todo ello o no abarca nada.

Terminado el domingo glorioso, y aún antes de que termine, continúa implacable el ciclo de la pasión y de la muerte, con sus lunes, sus martes o sus viernes.

Sí. La resurrección, como victoria sobre la muerte, es la respuesta del Padre a quien ha confiado en Él, y a través del cual ofrece al mundo la salvación irrevocable. Dios resucitó a Jesús como *el primogénito* de entre los muertos, como *primicias* de quienes duermen el sueño de la muerte.

Jesús resucitado es la causa, la raíz, el fundamento de nuestra inserción en el Misterio de la Pascua. Parte permanente de nuestro mundo humano-cósmico, y liberado al mismo tiempo de los límites propios de la existencia histórica -hecha ahora transhistórica y pancósmica-, rompe cualquier obstáculo y límite, domina toda realidad, se hace presente en todas partes, atrae a sí todas las cosas, y, hecho Espíritu, alienta allí donde hay libertad.

Eres Tú de los muertos primogénito,
del árbol de la vida que no acaba,
del que hemos de comer si es que quisiéramos
de la segunda muerte vernos libres.
(. . .)
Hijo del hombre, Humanidad completa,
en la increada luz que nunca muere . . .

le decía a su Cristo de Velázquez nuestro Miguel de Unamuno.

Pero nosotros estamos lejos, como colectividad humana presente y futura, de esa meta, del estado de nuestro primogénito.

El amor es más fuerte que la muerte, dice la novia en el *Cantar de los Cantares*. Y San Pablo que *el amor no muere nunca.* Y menos el de Dios, que es Dios de vivos y muertos.

Pero la muerte sigue señoreando por doquier. Sigue imperando el mal. Persisten los poderes malvados y las fuerzas letales de nuestro mundo, que se oponen al Reino de Dios. La salvación en la esperanza no es, ni de lejos, el triunfo parusial.

Por eso, el mismo Orígenes, que ya habló del Cristo glorioso y sufriente, nos dice que Dios, en su misericordia, sufre con nosotros: padece un sufrimiento de amor. Y el inmenso teólogo reformado Karl Barth (1886-1969), el teólogo de la absoluta trascendencia divina, se atreve a escribir:

Tras la resurrección, la historia es una lucha del Glorificado contra la miseria existente en el mundo. Jesús solloza, gime y ora, ante la creación aún irredenta. Sigue cargando con el peso del Mal que se levanta una y otra vez. Continúa abrumado por la carga de la Muerte que lo oscurece todo.

Ante el Cristo terroso de las Claras, de Palencia, remembra José Jiménez Lozano otro Cristo, *El Resucitado,* de Diego de la Cruz, pintado en tabla en la colegiata de Covarrubias: Cristo triunfador de la muerte y a la vez un *pobrecillo machacado por los sufrimientos, como molido por rueda de molino, aplastado y doliente, con ojeras profundas y pómulos amoratados,* que tiene que ser sostenido por dos ángeles, pasmados del precio que a Cristo ha costado su triunfo. Un Resucitado, que ha bajado al sepulcro y ha visto a la muerte. Que ha vencido a la muerte y lleva sobre sus hombros una púrpura con un broche de oro, pero nos muestra las heridas de las manos y del costado, ahi está el Resucitado, con nimbo crucífero, pintado por Juan Oliver en la pared del refectorio de la Catedral de Pamplona, y del otro muy semejante, pintado en el mural del testero: majestuoso y triunfante, con la cruz estandarte en la mano izquierda, y revestido de un manto de color encarnado, que deja ver las llagas de manos y pecho. Las dos cabezas reproducen un modelo de origen bizantino -tipo *Verónica*-, humanizado por los pintores europeos del gótico. Algunos han destacado su parecido con los dibujos a tinta del pintor y escritor inglés Mathew París, monje de la abadía de San Albano.

Pero aun estos Cristos resucitados bizantinos, majestuosos y señoriales, traducidos después al románico y al gótico, llevan patentes las huellas recientes de la pasión y de la muerte.

Es el Cristo muerto y vivo, doliente y victorioso, Cristo único y permanente, con el señorío pascual de servicio y sufrimiento.

El muchacho vestido de blanco -el ángel, el mensajero, la voz de Dios- que encontraron las santas mujeres, al entrar en el sepulcro, no se anduvo con rodeos. Allí, sí, estaba el sitio donde pusieron al crucificado, pero ya no estaba allí:

Pero id y decid a sus discípulos y a Pedro: él va por delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis, como os dijo.

Desde esta Galilea donde vivimos, a menudo -como en el poema del escritor norteamericano Edward Shillito- los cielos demasiado serenos nos espantan y tememos que en todo el universo no haya lugar para nosotros, coritos y cuitados. Nos duelen nuestras heridas y no sabemos dónde encontrar el remedio. Si alguien, aún estando cerradas todas las puertas, se acercara a nosotros, y nos mostrara sus llagas abiertas, ésa sería la mejor contraseña.

Y el poeta se dirige entonces a Cristo:

Los otros dioses eran fuertes; pero tú eres débil.
Cabalgaban, pero tú tropezaste en un trono.
A nuestras heridas sólo pueden hablarles
las heridas de Dios. Y no hay Dios que tenga heridas.
Ninguno. Solo tú.

VÍA-CRUCIS EN MONTEJURRA

La mañana del 3 de mayo, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, salió desapacible, fría y ventosa. De Pamplona llegaron varios autobuses y muchos coches de turismo. Mucha gente quedó en la capital y en los pueblos por no disponer de vehículos.

Habían entrado a segunda hora en Irache, bajo un arco de salutación efusiva, con el lema *In hoc signo vinces* (Con esta señal vencerás), la princesa Isabel de Borbón-Parma; el ministro de Justicia, conde de Rodezno, con su subsecretario, Luis Arellano; el presidente de la Diputación Foral, Juan Pedro Arraiza; el gobernador civil, De la Rocha; el jefe provincial de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, Goñi Iraeta...

La inmensa mayoría de romeros se quedó fuera del templo del viejo monasterio. Algunos pudieron asistir a misa en la iglesia. Otros comulgaban en la misma explanada. Seguía viniendo gente a pie, en autobuses, en coches. Don Santos Beguiristain, convertido ya en mano derecha de don Marcelino, bendijo en nombre del obispo a la puerta del templo las catorce cruces del vía-crucis.

Un coro de religiosos y estudiantes escolapios cantó el memorable himno de Venancio Fortunato, *Vexilla Regis prodeunt*:

Salen las banderas del Rey.
Rebrilla el misterio de la cruz...

Requetés que acababan de hacer la guerra de casi tres años fueron cargando con las cruces y la procesión se puso en marcha camino de los grandes y levantados riscos de Montejurra. A las cruces acompañaban las banderas victoriosas a las que el cierzazo de la destemplada mañana daba alas de victoria. A las cruces precedían y seguían miles de personas de toda clase, edad y condición. Allí estaba toda la Merindad de Estella, y mucha gente de las restantes. Y de las Provincias Vascongadas. De Durango hasta una representación oficial.

Diario de Navarra dedicó la página sexta y última de su número de 4 de mayo al acontecimiento, con el siguiente lema a toda página en dos lineas: *Horas de paz: se clavan en Montejurra las catorce Estaciones del Vía-Crucis de los Tercios de España.*

Eladio Esparza Aguinaga, subdirector del periódico, el fértil escritor lesacarra, que había sido durante la guerra delegado de propaganda del Requeté y durante unos meses gobernador civil de Álava, escribía en las dos primeras columnas, con su habitual firma *E. E.*, una de sus típicas estampas literarias, de prosa viva, directa y crujiente:

Poned lo más áspero, pedregoso y empinado en la subida a un monte de más de 1.000 metros de altura; haceos al viento frío, al polvo y a los golpes de la lluvia y en este escenario abrupto, escarpado, entre matas de ortigas y laurel y sarpullido de cascajo, imaginad el cuadro maravilloso de colorido, de plasticidad fulgurante, de alegorías victoriosas, de una multitud innumerable, que se mueve pausada, solemne y rumorosa, com el mar, al paso de unas Cruces que avanzan monte arriba, entre el flamear de unas banderas y los rezos y los cánticos de miles y miles y miles de gentes.

A la hora de trepar por la montaña sagrada, escenario avezado a recias batallas, y dispersarse por mil senderos sin abrir, el futuro académico de la Lengua Vasca divisaba por todas partes mariposas de colores y llegaba a ver que la ingente mole de bronce se cubría de flores y se arrancaba de su quietud hierática, *en una ascensión prodigiosa hacia lo alto, coronada de Banderas de España y de Cruces de Cristo.*

Dentro del repecho se colocó la primera cruz y se rezó la primera estación del Vía-crucis, escoltada por un banderín de enganche de la batalla de Montejurra en la última guerra carlista. El provincial escolapio P. Valentín Caballero glosó la escena evangélica, y así, una tras otra, hasta la última. En los intermedios se rezaba el rosario y se cantaban himnos religiosos. Entre los que ascendían, un muchacho del Tercio de Montejurra, que quedó ciego; una viuda de guerra con cinco hijos, junto a otras madres de requetés que dieron su vida por Dios y por España; y mutilados, y miles de combatientes que apenas habían tenido tiempo de descansar.

Fue un espectáculo – seguía diciendo Esparza- *de los que se contemplan una sola vez en la vida. Sólo nuestra Navarra puede imaginar y realizar una Vía-Crucis tan de áspera penitencia, tan de difícil itinerario, tan de arraigada y entrañable profundidad religiosa. Plantados quedaron ayer entre las peñas de Montejurra los Árboles de la Vida y allí quedarán, rasgando el vuelo de las águilas y de las nubes, con los nombres inmortales de los Tercios que en los días tenebrosos de la Patria supieron escalar las más altas cumbres de la heroicidad, en la efusión más generosa de su sangre por la redención de España. (...) ¡Y era como el pueblo de Dios, cuando peregrinaba hacia la tierra de su amor y su ideal!*

Tras llegar a la cumbre, batida por un cierzo frío campando a sus anchas, el párroco de Ayegui celebró la misa y la gente cantó la *De*

Angelis. Durante la consagración, la gente en tierra escuchó con emoción el himno nacional. Acabada la misa, don Santos, visitador de frentes y trincheras, lanzó, con muchas veras y palabra magistral, un fervorín de circunstancias, y se rezó un solemne responso por los requetés y todos los demás muertos en la guerra de liberación.

Muchos comieron al ventazo libre, al socaire de las encinas. El alcalde de Ayegui -uno de los organizadores de la fiesta junto con Asunción Arraiza y un requeté del Tercio Montejurra- invitó a mesa, mantel y viandas a las autoridades.

Al final de la jornada, para el escritor Eladio Esparza, como para miles de navarros y carlistas de toda España, aquel gran monstruo codiciado antaño como catapulta decisiva, el Montejurra, con las catorce cruces clavadas ya en los ijares, quedó transformado todo él en templo. Un templo, *en el que se aprenderá siempre que la mañana gloriosa de la Resurrección nunca será posible sin la dura penitencia de la Vía dolorosa.*

POR LOS ALDUIDES

Los Alduides o País de Quinto fue un País indiviso de bosques y pastizales en el viejo Reino de Navarra. Dividido un día entre Francia y España, fue una tierra de nadie, en continuos conflictos. Hoy es, en territorio francés, tierra de pueblos y pastos comunes, y de belleza singular.

Por ahora, hace veinte años, llegó a la primera, provisional y destartalada sede del nuevo Parlamento Foral un navarro de Ultrapuertos, amable, robusto y listo, que hablaba un español perfecto. Era Albert Chabagno, ex-alcalde de Alduides, síndico del Valle de Baigorri, historiador y conversador amenísimo en tres lenguas, que venía a invitarme a la *marca de Urepel*.

Los Alduides (*Les Aldudes, Aldude*), llamado también País de Quinto, por el quinto de los productos como contribución real, no eran hasta mediados del siglo XVII más que una reserva de pastizales explotados en común por los ganaderos de Baigorri, de Valcarlos, de Baztán y de Erro, los valles vecinos. No vivían allí. Sólo, en el buen

tiempo, algunos pastores y vaqueros se instalaban en unas míseras cabañas (*bordas*).

Los ganaderos, todos navarros de una y otra vertiente, llevaban siglos disputándose estas tierras. El solo acuerdo que habían tomado, tácitamente, en tiempo inmemorial, era el de considerar los Alduides como país indiviso (*pays indivis*). Indiviso permaneció tras la incorporación de Navarra a la Corona de Castilla y tras el abandono por Carlos V de Ultrapuertos. Pero el acceso a los frescos pastos del País de Quinto siempre había sido más difícil para los ganaderos de Baztán y Erro que para los de Baigorri. El aumento de la población baigorriana a finales del XVI empeoró aún más las cosas.

Los hijos que no heredaban la casa y la tierra, los segundones (*les cadets*) que sobraban en los pueblos del Valle de Baigorri, comenzaron a acomodarse en la soledad de los Alduides y a colonizar el país indiviso. Roturaron el monte, criaron ganado, aleñaron, construyeron cercas, levantaron habitáculos. Y no fueron sólo acometidos y desbaratados por los ganaderos de Baztán y de Erro, sino también por los baigorrianos, e incluso por sus mismos padres, que consideraron a sus hijos usurpadores de las tierras de dominio público. Algunos mozos de este lado de la muga hicieron lo mismo que sus hermanos de Ultrapuertos, súbditos ya del rey de Francia y de Navarra. Los conflictos fueron cada día a más.

Pero los segundones baigorrianos se las tuvieron tiesas y formaron un municipio nuevo, que intentó acaparar en su provecho los ricos terrenos de los Alduides, (¿camino de altura?), adoptando incluso para su denominación civil el mismo nombre de sus montes.

La Conferencia Internacional de Arneguy sobre la cuestión de los Alduides, celebrada en 1717, con los dos comisarios, español y francés, sentados cada uno en el extremo de una mesa situada sobre el eje del río fronterizo, (como hacía un siglo, 1612-1613), siguió sin resolver el problema de los pastos.

Después de muchas tentativas, y siempre sin consultar a los aldudarras, el Tratado de Elizondo en 1785 establece una línea divisoria artificial y arbitraria que quiebra el *País indiviso*: cerca de 2.000 Ha. en el extremo sur pasan a los valles de Baztán y Erro, y el resto al Valle de Baigorri. A Chabagno le recuerda el juicio del rey Salomón: un niño partido en dos.

Pero el tratado firmado entre el conde de Ornano y el general Ventura Caro no fue promulgado siquiera y la conflictividad subió de punto. Verdaderas expediciones armadas fueron organizadas para confiscar el ganado del adversario o para reatraparlo. Ciertos encarnizamientos en la Guerra de la Convención (1793-1795) y en la posterior no se entienden, como ya lo he escrito en otro lugar, sin estos precedentes.

Chabagno nos cuenta también que durante la breve ocupación española, los cabezas de familia del lugar de Alduides solicitaron la incorporación a la Corona de España por motivos religiosos y por motivos económicos, dada la concurrencia de los baigorrianos sobre los pastizales. Cuando las tropas de la Convención volvieron, los animadores de la solicitud habían huido, pero sus casas fueron incendiadas. Nunca volvióse a tratar del asunto.

Pasada raya fronteriza de Quinto Real, donde nunca hubo frontera real, y con la sola vigilancia del Ocoro, al Arguintzo y del Lohiluz, se inmerge uno en un valle edénico cercado de montañas ondulantes. Caseríos dispersos nos anuncian el caserío central de Esnazu (tal vez de *esne* -leche- y el frecuentativo *azu*), el barrio principal de Alduides. Otros núcleos se llaman Chekalegaray, Uhaldea, Sarahandía, Pritchia, Oyhanzelay, Manechuna, Mahatcheta, Baztanchuri...

La iglesia (1868) se levanta en un altirón entre praderíos. Bonito retablo barroco, con un San Miguel derrotando al dragón y Virgen con Niño.

En el frontón (1959), junto a la carretera, campea el escudo de Alduides en color y el lema "*Joka zintzoki / nehoiz ez etsi / irabazi leialki*" (Juega fielmente, no te resignes nunca, vence lealmente). Da el reloj la hora con sonido de campana.

Un grupo de casas rodea la iglesia, entre huertecillos con verduras y árboles frutales. Muchos fresnos. Rodales de robles y castaños en los montículos cercanos, con tojos, helechos y brezos en las laderas. Varios hoteles y puestos de degustación de paté.

El Nive de los Alduides (o río nival de los Alduides), el *Ur haundia* de estos viejos pobladores, y el posterior, afrancesado, Noureppe (Urepel, Nive d'Urepel?), trae sus primeras aguas de Quinto Real, de Mediaundi y de Hayra, y corre sobre el macizo rocoso formado en la edad primaria. Los suelos calcáreos, porosos, hacen estas tierras fértiles y la vegetación feraz.

Pasado Urepel, abre el río la cubeta de Alduides, de hasta 7 km. de amplitud, circundado por altas osaturas de areniscas y cuarcitas, blancuzcas y grises, muy duras, que en las vertientes dibujan escarpes abruptos, o series de barras rocosas y salientes -patria de los buitres- cuando se intercalan con los esquistos.

En el lado oriental el viajero contempla el desfile estático de media docena de cerrillos de vertientes rectilíneas, separados por vallejos. Las areniscas mal cimentadas, desmoronables, están recubiertas de brezos, con algunos robles en los collados.

En medio del valle, a los dos lados de la carretera, se esparcen los caseríos del primer y principal núcleo de Alduides, que se constituyó en municipio en 1773 y hoy cuenta con algo más de 400 habitantes y 33,20 kilómetros cuadrados. Fue incendiado por las tropas de Wellington en 1814.

La iglesia, construida en 1842 donde estuvo la capilla de 1688, congrega, bajo su torrecilla piramidal el molso de casas más antiguas. Una ,la del hotel, fachada en hastial, que conserva la curiosa inscripción: *Esta casa es del Balle de Erro. 1753*, fue entonces un mesón del valle. En la pequeña pared de piedra rosácea del rebote unos versos en vasco animan a jugar honradamente: *Joca gaiten / onheski / plaça juye bethi / hola da ohorezki/ 1853*. La marca (*butoir*) del viejo *laxoa* (juego de pelota largo) puede verse aún a la puerta de la iglesia.

En el interior del templo, dos galerías. No faltan tampoco el vía-crucis ni las tallas de la Virgen de Lourdes, Santa Teresa de Lisieux, San Ignacio y San Francisco Javier.

Tres sacerdotes se distinguieron aquí, cuando la Revolución, por su ministerio clandestino: Pierre Tihiste, Joseph Inda y Jean Dulide, fusilado éste último en Donibane Garazi. Alduides fue también refugio o paso hacia otros refugios para varios eclesiásticos navarros en 1822 y 1823.

Sus habitantes viven de la ganadería (ganado ovino y bovino para carne y leche) y de sus productos derivados. Paraíso de caza y pesca, cada día crece su valor turístico.

Gracias por aquella invitación, Albert Chabagno.

La peña Alba (1.075m.), que desde aquí parece gigantesca, es el punto más alto baztanés, entre Banca y Esnazu, en la línea de trinchera de arenisca roja, que cierra, limita y festonea la cubeta de los Alduides.

EN MUSQUILDA

Musquilda, de buenas a primeras, es un mirador bifaz, una balconada doble, una larga galería de contemplación. El corpulento Abodi, con las estrías del Iluzquia y del Artoleta, nos cubría casi todo el norte.

Por un lado seguíamos las combas del Zatoya, que nos llevaba hasta las faldas de los Montes de Areta y por otro nos colgábamos de la cornisa gris y tapial del Pirineo más próximo, donde saca la oreja, quizás con el señuelo etimológico del lobo rojo, el Otxogorrigain.

Allí abajo estaba el querido Izalzu, como un pequeño poblado de gnomos listo para embarcarse en el Anduña. Los montes fronteros nos clausuraban el oriente. Por el suroeste se derramaba el longo valle abierto por el río Salazar, entre montes cada vez más suaves, y una estampa cercana de prados, bosquetes y sernas sonreían con la luz de la mañana. El espaldón de Areta, con el hombro alzado del Baigura a nuestra derecha, nos devolvía a la realidad inmediata.

Había ya muchos coches y mucha gente mirando y paseando, o sentada en los bancos semicirculares y rectangulares en torno a mesas redondas de cemento. Otros preparaban la comida en torno a la barbacoa, buscaban agua en la fuente o se acercaban a la ermita. Esta fue declarada en julio de 1993, *bien de interés cultural*, en su categoría de monumento. A su puerta estaba la lista de las muchas romerías y fiestas durante el año, nueve en total más la novena de abril y mayo. Pero ninguna para los de Ochagavía como la del 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora.

Si nos descuidábamos, ya estaba saliendo la procesión de la ermita. Abría la comitiva la cruz basilical dorada entre ciriales. Seguía el mayordomo del patronato con la bandera blanca y en ella la efigie mariana, acompañado de mozas salacencas vestidas con largas sayas plisadas y corpiños de seda con collares. Venían detrás los danzantes haciendo sonar las castañuelas ante la Virgen, llevada en andas por cuatro cofrades, y luego los fieles, que se arracimaban a los lados durante todo el recorrido por todo el recinto cercado de la ermita, entre las acacias y los fresnos de la lonja o patio enyerbinado, y los ciruelos, olmos y pinos del monte inmediato. Las castañuelas hacían un buen conjunto musical con los retoques danzarines de la campanaza de la ermita. Después los portantes de la Imagen se paraban frente a la puerta románica del templo, de cara a la casa del ermitaño, y los danzantes bailaban algunas de las danzas más célebres del folklore navarro.

Eran ocho, vestidos con camisas, medias y calzones blancos, pañuelo también blanco ceñido a la cintura, cintas de colores cayendo sobre pechos y espaldas desde el cuello de la *etxarpa*, castañuelas en las manos y cascabeles sobre tiras de cuero adosados a las piernas, alpargatas blancas y cintas rojas, todo rematado por un gorrito cónico o *katxutxa* de varios colores. Los dirigía el Bobo, de traje arlequinado en rojo y verde, con chaquetilla y calzones, medias de lana roja y verde, cascabeles, alpargatas, gorrito y vara en mano, con matraca de lana en la punta de un cordel.

Todo agilidad y ritmo, los danzantes de Ochagavia solían bailar la danza *El Emperador*, un paloteado de resonancias bélicas; *La Katxutxa y La Danza*, otros dos paloteados, el primero más monocorde

y el segundo mucho más vivaz y bailarín. Solían cerrar el recital con La Jota, dedicada a la serora y su familia, bailada individualmente, un verdadero alarde de saltos y cascabeleos de los ocho danzantes y el Bobo, quien tras el salto final al unísono, daba un grito vibrante de *¡Viva la Virgen de Musquilda!*, al que contestaban los danzantes, con los brazos en alto, y la multitud con un ¡Viva! Seguían muchos aplausos.

Se celebraba después la misa con muchas gente, mucha dignidad y mucha y buena música popular y litúrgica.

Estaba la Virgen gótica (XIV-XV), de contenida sonrisa, vestida de túnica, velo y manto, sentada en su pequeño trono, sosteniendo con todos los dedos de su mano derecha la flor y apoyando su izquierda en el hombro del Niño, todo un hombrecito risueño y entunicado pero sentado a la vez sobre la rodilla izquierda de su madre, desde donde nos bendice con bendición digital trinitaria de su mano derecha y tiene cómodamente un libro en la otra.

Abierta la reja gótica rematada en flores de lis y florones, ramos de flores de todas clases daban un aire de hodiernidad, al retablo barroco del sangüesino Pedro de los Ríos. Restallaba después contra los arcos de cañón de las tres naves románicas el emotivo himno *Montañas de Salazar*, que se cantaba también en las romerías de Ezcároz y de Izalzu:

Montañas de Salazar,
campos de valor y fe,
dadme nuevas de mi Madre,
la Madre que siempre amé.

Terminada la misa de la Natividad de la Virgen en la iglesia, solíamos pasar a la casa-habitación o casa del ermitaño a tomar el aperitivo, que nos preparaba el patronato. Es una casa de tres plantas, con tres puertas y cinco ventanas, muros enlucidos, cadenas de sillar, dos farolitos y tejado rojo en pendiente. Por la parte meridional, se abren ocho ventanas y un balcón corrido con dos ventanales.

Me gustaba ir a hablar con los paisanos y bajar por el camino enlosado o Vía Sacra, ceñida de vegetación y de flores, que parte de la villa, escala el monte, se mete en el pasadizo de ruejos de la casa habitación y rinde viaje en la ermita, ante cuyo pórtico se redondea el empedrado y se dibuja una gran *M* (María) con piedrecitas blancas. Dos placas de madera en la fachada celebran a don Salvador Napal Barace, hijo y párroco de Ochagavía (+1969) y a don Angel Goicoa, capellán de Musquilda durante treinta años (+1974).

Por el mismo camino corre un vía-crucis pétreo y no lejos de la basílica está el Pilar, prisma de piedra con tejado rematado por una cruz, donde tras una ventana con rejas se guarda la imagen que se apareció al pastor de casa Assa. Lo hizo hacer, como dice la inscripción, la villa de Ochagavía el año 1654.

Alrededor campan unos grandes fresnos y unos robles venerables abrigados por hiedras y musgos. Desde allí se ve muy bien el chapitel o capirote de la torre, que sostiene una enorme campana, la cubierta hecha de tablillas oscuras de roble. La villa se ve desde allí, toda ojos de casas que, codo con codo, se miran unas a otras, mientras esperan, en las dos orillas, no sé qué que voz o merced del Anduña, que discurre imperturbable.

En la última romería que vivió el viajero, después de la misa el pueblo rindió gratitud y homenaje a dos conocidos y queridos alcaldes, Niceto Iribarren Sanz (1974-1982) y su sucesor hasta hace dos años, José Javier Ochoa Barace, presidentes también durante ese tiempo del patronato de Musquilda. Sobre éste escribió y presentó un precioso libro, al final del acto, el secretario de la villa y profesor, Carlos Hernández, a quien Ochagavía e Izalzu le deben tantos servicios y este viajero muchas delicadezas.

Musquilda es uno de los santuarios más bellos y vivos de Navarra. La hija de la serora suele enseñar y explicar muy donosamente, algunos

días por semana, a muchos visitantes la ermita, sus contornos, el camarín de la Virgen y el museo exterior e interior. Dicen todos los que la han escuchado que es un modelo de discreción y buen hacer.

En el libro de Carlos se transcribe un trozo del *Registro de limosnas,* del año 1988: algunos miembros del Patronato dan una cordera, un robo de trigo y un robo de avena. Otros, la cordera y el robo de avena, siempre más fácil aquí que el trigo. Restos, benévolos, de los antiguos diezmos.

Tierra de pastores trashumantes. A mi pueblo fue hace ya muchos años un pastor de Ochagavía y todo el mundo lo llamó *el roncalés.* Y su casa sigue llamándose *casa del roncalés.*

Pero en mi pueblo no sabían qué era Musquilda.

EL CASTELLAR DE JAVIER

Si uno toma al pie de la letra todas las indicaciones de los antiguos excavadores, y parte de la vertiente Oeste de la carretera Sangüesa-Yesa, a la altura del kilómetro 7, corre el riesgo de pasar un largo e inútil rato entre pinos de repoblación, carrascas, chaparros, ollagas, bojes, y, lo que es peor, zarzales, sin llegar a sitio alguno.

Pero, si toma un kilómetro más arriba, al comienzo de la cuesta, un sendero cómodo que parece llevar a alguna parte, le pasará probablemente lo mismo. La cumbre rocosa de El Castellar, tan clara en las viejas fotografías hechas desde la misma carretera, ya no se ve. Los pinos han cubierto la pieza circundante y los chaparros crecidos ocultan, excepto por el sur, el protohistórico murejón natural.

Mucho más importante que los castillos aislados eran las líneas defensivas de castillos, intercomunicados entre sí por caminos, valles o ríos, y por señales de espejos, banderas, fuegos y humos. Plinio atribuye a Sinón la invención, en la guerra de Troya, de los espejos como trasmisores de señales. Escipión el Africano decidió anunciar los ataques de los arévacos, cuando el sitio de Numancia, con un paño rojo sobre un asta durante el día y con fuego por la noche. Vegetio nos habló del humo como señal diurna, contrapuesta a la nocturna del fuego: *per noctem flammis, per diem fumo significari sociis.*

Parece que toda una serie de ligeras torres medievales tenían como función principal la trasmisión de signos visibles en tiempos prebélicos y bélicos, mientras otras más robustas servían, más bien, como posiciones de defensa o de avanzadilla conquistadora.

Castilla (*Castella*: los castillos) fue en un comienzo (s. IX) un reguero de piedras labradas y luminosas a orillas de los ríos Ebro y Duero -fosos naturales, a la vez que reservas de agua y vías de comunicación-, desde las Conchas de Haro hasta los valles de Sedano: castillos de Bilebios, Buradón, Cellórigo, Terminón, Santa Gadea del Cid.

También el río pirenaico Aragón fue vía, frontera y línea defensiva, desde el *Summus Portus* (Somport) hasta su desembocadura navarra.

El trayecto de la Canal de Berdún estaba asegurado por el castillo de este último nombre, la torronaza de Xavier-Martes, los castillos de Escó, del Puzo, Ruesta, Tiermas y de la Plana. El de Moncubel o Castillar, sobre las tres rocas de la Portillada, en la cima de la sierra de Errando (o de Leyre), señoreaba toda la vallonada del río aragonés-navarro y protegía el paso de la Cañada Real, de las Bardenas al Roncal, en complicidad de guiños con el castillo de Castillonuevo, plantado en el portillo de Ollast.

Allí abajo, la Torre de Valdetor -hoy convertida en topónimo- vigilaba el puente romano de Yesa, el molino y la reducida población de Centulifontes o Centrefontes, antiguo monasteriolo que el rey navarro entregó a la abadía de Leyre. El puente se llamó durante mucho tiempo La puent de Tor.

Sobre las riberas del Onsella, afluente del río pirenaico, cabalgaban cerros hirsutos el Castellón de Petilla y el castillo de Siberana, el castillo de Rueyta y el de Sos; y, más adentro, en la hondonada aragonesa, los de Lobera, Sotirana, Gordún, Ceñito y Navardún, y las

torres Aguilar y Oyarda, y las de Basaboz, Arbe, Fillera, Buzcalapueyo, Iso, Ull y el Real.

Cuando el Aragón, liberado de los fortines vigilantes de Rocaforte y Sangüesa, salía a padrear a sus anchas, camino de las tierras llanas del Sur, le salían al paso los señeros castillos de Peña, Cáseda y Gallipienzo.

Al norte, por la incierta muga navarro-aragonesa, en el valle del riachuelo Del Arco, se apostaban, desde Undués de Lerda, los castillos de La Torraza, el Castillón y la Torreta, que hacían juego con el de Javier.

José María Recondo, que los ha visto y estudiado, como quien ve y estudia una herencia familiar, sabrá si me dejo alguno, o si algún otro no se merece los honores de tal.

Todo había sido necesario para tener a raya a la caballería musulmana. Luego les vino bien a condes y reyes primerizos para asegurar tierras, conquistas y linajes. Después fueron brutalmente demolidos o los derruyó la incuria. Otros llegaron erectos hasta hoy y son una incomparable gloria turística.

Con la llamada Edad de Hierro -que en sus dos subedades abarca desde el año 1000 a. C. hasta la romanización- nacía una nueva época de organización, propia de gentes con hábitos sedentarios y aficiones agrícolas y ganaderas.

Nuevos poblados se levantaron en cerros de poca altura o sobre lomas pequeñas junto a ríos o fuentes, como El Castejón en Arguedas, El Castillo en Castejón; La Custodia en Viana; Alto de la Cruz en Cortes; El Dorre en Artajona; el Castillar en Los Arcos, Mendavia y Lodosa; Tuturmendi en Oteiza; Sansol en Muru-Astrain; Murundigain en Muruzábal (*muru*, como muro y muralla); Montemuru en Lizoain;

San Quiriaco y Santo Tomás en Echauri; La Peña del Saco en Fitero; Arrosia en Arróniz . . .

Son viviendas rectangulares y compartimentadas, construidas de piedra, adobe y madera, enlucidas e, incluso, a veces, decoradas, con suelos de tierra apisonada y techos de ramajes o cañizos. Están organizadas en manzanas y calles, frecuentemente protegidas por muros y otros sistemas de fortificaciones, como terraplenes, fosos y torres.

En las casas suele haber bancos, hogares, silos, hornos de pan, depósitos de agua y grano, pesas de telar, molinos de mano, morillos, asadores. . . Se encuentran también idolillos y muñecos de barro, broches de cinturón, cerámicas pintadas, botones de cobre o bronce, fíbulas, diademas, torques. . . A partir del siglo V aparece la cerámica de torno.

En este tiempo se incineran los cadáveres, aunque suelen inhumarse en muchos sitios los infantiles. Se recogen las cenizas en urnas, depositadas luego en cistas o bajo túmulos de tierra, o entre un amplio círculo de piedras (cromlech).

Cultivan estos pueblos trigo, cebada, colza, forrajes y plantas silvestres. Crian ganado vacuno y porcino. La caza y la pesca son su alimento cotidiano.

La palabra *castellar* es un topónimo genérico, empleado en gran parte de España para desginar fortalezas imprecisas, que en otros sitios se llaman castros, cerros naturalmente defendidos, donde se elevan recintos murados.

A duras penas logramos llegar a la pequeña cumbre de El Castellar de Javier, rodeado de coscojas de hasta dos metros por casi todas partes. Lo mejor es abordarlo por la parte sur, siguiendo la línea de demarcación de los términos de Javier y Sangüesa. Cuando se lle-

ga a él, su aspecto de tronco cónico delata al instante el clásico cerro preferido por los hombres protohistóricos.

Ovalado e irregular, según el croquis que nos dibujaron los profesores B. Taracena Aguirre y L. Vázquez de Parga, mide en los ejes máximos 66 y 52 m. , con una superficie menor del tercio de una hectárea.

El perímetro alcanza 182 m. y, por los lados norte, oeste y sur, está defendido por una muralla, que parece faltar en unos 60 m. de la parte oriental, la de mayor pendiente. En la parte sur son bien visibles grandes moles de rocas, sobre una de las cuales se construyó hace muchos años un buzón montañero, muy deteriorado hoy. La muralla se apoyaba sobre una visera rocosa que ha ido parcialmente desmoronándose. Tiene en los tramos visibles entre 2,50 2,70 m. de espesor, llegando a una altura de 2,60 m.

Fue el jesuita P. Escalada, precursor de investigaciones en el campo de Javier y alrededores, quien primero estudió el castro, y tras él vinieron los dos profesores universitarios.

En el costado norte y oeste se ven mejor las rectangulares habitaciones adosadas a la muralla, de 3 por 3 m., con materiales de igual tipo pero menores, asentados con barro o a canto seco. Debieron de tener solados terrizos y cubiertas de ramajes o lajas de piedra.

Escalada encontró, además de pequeñas hachas neolíticas, fragmentos de cerámica carbonosa, trozos de *terra sigillata*, puntas de flecha, un hacha y pasadores de bronce. . . y sus sucesores el tiesto de una tacita de barro negro modelado a mano, el borde de un bol de perfil galoromano, un trozo de boca de tinaja de técnica *ibérica*, otros de vaso de barro, probablemente medieval. . . Los investigadores piensan que, aparte los objetos de caza y lucha, neolíticos, hay aquí indicios de industrias de origen hallstático (1000-400 a. C.); de tiempos inmediatos a la conquista romana, de tiempo tardío romano, y acaso de la Edad Media. Tal vez mediaron siglos entre una ocupación y otra. Pero falta mucho por investigar en El Castellar de Javier.

Los profesores arqueólogos compararon, hace cincuenta años, el asentamiento de Javier con otros (muy similares) investigados por ellos en Castilla, Aragón, Navarra y Cataluña, y especialmente con el catalán de Anseresa, en El Vilaró de Olius. El nuestro parece corresponder a la cultura post-hallstática de Navarra, en una fecha imprecisa de los siglos V-IV antes de Jesucristo, habilitado después en diversos momentos.

Recondo publicó, hace años, preciosos testimonios del siglo XVI, en boca de pastores roncaleses trashumantes por el lugar, que hablan del *castilaz de chabier o ermita que dizen derrocada, del castillo viejo de xabierr, de la hermita o basilica de dicho castill, de la yglesia o ermita (. . .) cabe el castellaz viejo de xabierr, llamada sant felizes. . .*

A los testimonios de los pastores se añade el del procurador de Sangüesa, Miguel de Veramendi:

Ottrossi digo que Sta Cruz de xabier es una ermita derrocada cabo el cabeço e castellaz de xabierr donde antiguamente el Castillo o casa de xabierr solía ser edificada e despues fue derruydo aquel e mudado y reedificado donde agora esta.

El Castellar, con todas sus variantes, es el origen remoto de Javier. El Castellar -resume el sabio jesuita- *es la cuna de Xavier y Xavier es la "casa nueva" en contraposición a la casa antigua del Castellar.*

- Ha merecido la pena, -dice Ángel- arañarnos todo el cuerpo para encontrar por fin el Castellar.

Nos quedamos mirando, como si fuéramos esta tarde los alcaides

del castillaz, de los castillos, las torres, las sombras y los recuerdos de otros castellares o castillares en los valles del Aragón y el Onsella.

Y subidos a las viejas piedras, por encima de las coscojas -que aquí llaman coscojos-, les enviamos ahora la señal de nuestra presencia pacífica y peregrina. Y nos quedamos deseando que dentro de poco puedan verse, al menos, los muros del castro y se abra un sendero desde el próximo cortafuegos del pinar de repoblación.

LARGA HISTORIA DE LAS BARDENAS

La última vez que visité las Bardenas, todo me pareció nuevo. Era el mes de abril, tras un mes de lluvias intensas, y la Bardena parecía un jardín; un jardín rudo y agreste, pero jardín, verde y florido como sólo había visto en las fotos del hermoso libro de esos dos sabios navarros que son Carmen Ursúa y Jesús Elósegui.

Los herbazales, prietos. Las cogujadas y los pardillos, en plena fiesta. Los romerales, los ontinares, los sisallares, los espartales... en flor original. Lucía el lestonar la ofrenda virgen de los asfodelos, y el Barranco de Tudela era algo más que un nombre seco siempre sin agua.

- No me imaginaba las Bardenas así.

Voy al Museo de Navarra, a ver y a estudiar la espléndida exposición *sobre las Bardenas*, de la que es comisario (responsable-ordenador) el joven arqueólogo de Mélida, Jesús Sesma.

Un día hubo allí bosques de pinos y encinas, manchas arbóreas -tilo, aliso, avellano, abedul-, y vivos cursos de agua. Ciervos, linces jabalíes, gatos monteses, tejones... correteaban por sus claros y espesuras. Pero pastores, ganaderos, constructores, agricultores... fueron mucho más responsables de la desecación de estas tierras que los supuestos cambios climáticos.

Del cuarto y tercer milenio antes de Cristo tenemos los primeros datos sobre asentamientos temporales de reducidos grupos de pastores y cazadores. Sus pobres ajuares de silex, puntas de flechas, raspadores... evocan modos de vida primitivos, pegados a la tradición -trabajos en piedra y madera-, en los que la agri-cultura no se ha consolidado aún. Nada menos que ochenta y dos yacimientos de esas primitivas comunidades se han descubierto en las zonas llanas del Norte y Centro de las Bardenas.

Entre otros preciosos utensilios caseros que nos han aportado las excavaciones de estos años, podemos admirar cerámicas lisas, útiles pulimentados, hachas, perforadores, prisma de cristal de roca, coladores, dientes de hoz, queseras, figuritas de arcilla, figuras antropomorfas, colgantes, punzones, espátulas, agujas, peine y botones de hueso, puñales, microlitos, muescas...

Sus cabañas, de planta regular, estaban hechas con lajas de piedra, barro, arcilla, pino y cañas.

La Edad del Bronce (segundo milenio antes de Cristo) supuso el apogeo poblacional en las Bardenas Reales, a la vez que la pujanza de la ganadería y de la apicultura, y la aparición de la metalurgia. Ovejas, vacas, cerdos, bueyes, cabras, caballos... formaban la principal riqueza ganadera. Se cultivaba el trigo y se recogían los frutos silvestres: arañones, bellotas, piñones, uvas silvestres... La caza con arco, aunque nunca muy importante, contribuía a completar la dieta de los pobladores, que van asentándose permanentemente en el territorio. Algunos de estos asentamientos ocupan más de una hectárea. En torno a los poblados de Monte Aguilar y Pisquerra fueron estableciéndose los demás.

Entre los restos encontrados en 91 yacimientos excavados: hornos de cal y pez, crisoles, moldes de fundición, punzones, puntas de flecha, puñales, aperos, husos, fusayolas, pesas de telar, molinos, moledores, peines de hueso y metal, apliques, hebillas, esteras... son testigos mudos pero elocuentes de las diversas fases de nuestra civilización y de las convencionales edades de la protohistoria.

Algunos topónimos, como el Barranco del Horno de la Pez, cuya producción llegó hasta la Edad Media, se han conservado vivos hasta hoy.

El pujante progreso material lleva a la creación de relaciones con otras áreas peninsulares, entre las que Levante ejerce una relevante influencia. Objetos de *lujo*, como cerámicas decoradas a mano, cazuelas carenadas, jarras con dibujos, grandes recipientes ornamentados con motivos en relieve... han llegado hasta nosotros, además de los utensilios prácticos antes mencionados.

Hacia los siglos XIV y XIII antes de Cristo comienza un período oscuro de progresivo abandono de asentamientos y traslado de población hacia las orillas del Ebro. Sólo se han descubierto diez asentamientos en la zona sur de las Bardenas durante los cinco últimos siglos anteriores a nuestra era.

Estos núcleos recibieron pacíficamente una temprana romanización (siglo II antes de Cristo), que actuó como impulso revitalizador, ya que el territorio bardenero volvió a cubrirse de pequeños asentamientos de tipo granja o caserío. Puede rastrearse esa positiva relación en la tecnología, cerámica, comercio, etc. Los asentamientos encontrados ascienden en este tiempo a 45, y van adensándose en los siglos siguientes. Algunas de las actuales cañadas aprovechan vías romanas de segundo orden.

En el siglo II de nuestra era encontramos vajilla fina de mesa, importada de centros próximos; *terra sigillata* hispanica; ánforas para transportar aceite, vino, *carum* (una salsa de pescado muy apreciada por los romanos)... En la estantería aparecen varias muestras de todo ello: desde una olla de cocina hasta unas sandalias con clavos y un anillo.

Durante los siglos siguientes, tiempos del Bajo Imperio, inseguros y alborotados, los asentamientos conocidos son sólo 11, en posiciones estratégicas, fortificadas y contando con gente armada, como en el yacimiento de Cantalar I.

El vacío de los primeros siglos medievales se llena parcialmente en el siglo XIII, cuando el rey Sancho el Fuerte protege las Bardenas con pequeñas fortificaciones, dirigidas al control de las fronteras y a la persecución del bandidaje: Peñaflor, Mirapeix, La Estaca, Sancho Abarca, Monte Aguilar, Sanchico Rota, Puy Águila y Cabezo de los Ladrones, levantados sobre cerros testigos y espolones, fueron abandonados durante los siglos XV y XVI. La ermita de Santa Margarita (1204), con cofradía propia, sirvió para dar asistencia religiosa a los pastores bardeneros. Dos pequeñas granjas asentadas en llano, al abrigo de los castillos, con dedicación ganadera (de exiguo y pobre ajuar: apliques, tinajas, dedales, dardos de hierro...) es lo que se conoce del habitat rural de ese tiempo.

Llegamos con Jesús Sesma una tarde calurosa de junio por un camino que va hacia la Bardena tabular, cuando las cebadas ya están tostadas y las arvejas sin recoger. Aún están verdes las ontinas, los espartos y los trigos. Vuela una perdiz desde un barranco, y vamos espantando alondras, cogujadas y calandrias. Aún lleva algo de agua el Barranco de Tudela.

-Y este término ¿cómo se llama?

Nos asomamos al Rincón del Bu (Búho), y nos indica el amigo arqueólogo los lugares de algunos yacimientos. Lejos, La Estroza, Cornialto, y los Planos de Mélida y Carcastillo. Más acá, los grandes cabezos y la depresión de la Blanca. Y debajo de nosotros, el barranco de Valfondo, dentro de la Reserva Natural, que parte del Balcón de Pilatos.

Nos cuenta Jesús que a los 16 años le dejó un pastor de su pueblo junto al castillo de Peñaflor, y cómo allí hizo su primera detección. Desde entonces no paró. Su mejor colaboradora es ahora su mujer, María Luisa. Nos lleva luego con el *patrol* hacia el Sur, por caminos y senderos que él conoce bien, hasta llegar al pie de la loma Cabaña de la Pola, en el término llamado Tres Montes. Y allí, bajo *secreto semi-profesional*, nos revela uno de sus mayores descubrimientos, que aun no ha terminado de descubrir.

-Qué alegría¿no?

Cuando escribo esta página, el feliz y extraordinario hallazgo está ya completo, y hecho público por sus autores. Es nada menos que un sepulcro de corredor para 5 ó 6 personas, datado entre el 2.300 y el 2.100 antes de Cristo. Un pasillo-corredor de acceso, con siete grandes losas verticales y una cámara rectangular rehundida (3x4 m.), con techo de piedras y madera. Algunos restos humanos se han conservado bastante bien -personas mayores, jóvenes y niños-, sobre todo los de un varón que medía entre 1,70 y 1,75 m. En el ajuar encontrado, cerámica campaniforme del tipo llamado marítimo.

Alrededor se extiende el túmulo. Junto al borde de las lajas que sobresalen, un ejemplar de rinanto o gallocresta. Un poco más abajo, sisallas y jarillas.

Volvemos por la carretera de Sádaba, entre campos de alcachofas, y frente al verdor del regadío de Tudela. Salimos cerca de Murillo de las Limas, y, en ésas, que se nos destastarabilla el patrol, del que sólo su dueño sabe dar razón. Así que cada uno hace lo que buenamente puede. Carretera longuísima, y un regachillo en el borde con mucha vegetación.

- ¿Vamos a llamar por teléfono?

Merendamos en un bar de Arguedas.

Las Bardenas ya no serán para nosotros pura geografía, casi pura geografía geométrica.

Desde ahora las veremos con 24.000 años de historia en sus anchas e irregulares espaldas.

Títulos publicados

Tomo I	DE LEYRE A MAÑERU
Tomo II	DE BURLADA A SUMBILLA
Tomo III	DE ESTELLA A RONCESVALLES
Tomo IV	DE FITERO A LARRA
Tomo V	DE ABLITAS A LESACA
Tomo VI	DE PAMPLONA A AEZCOA
Tomo VII	DE BAZTÁN A TUDELA
Tomo VIII	DE VALCARLOS A TUDELA
Tomo IX	DE IZANOZ A PADERBORN
Tomo X	DE JAVIER AL SAHARA
Tomo XI	DE LIZOAIN A TAFALLA
Tomo XII	DE TORRALBA A LAS BARDENAS